

Juan José Saer
Palo y hueso
(1961)

Nota de Digitalización:

Texto extraído de la publicación efectuada Seix Barral Biblioteca Breve – 2001- ISBN 950-731-321-4
(Pags. 295/417)

Por la vuelta

A hala

Resulta en realidad difícil soportar el crepúsculo. El día empieza a descender con lentitud, con una minuciosa aplicación que exaspera. Yo no puedo resistir el encierro a una hora determinada, en especial cuando está próximo el verano. Así que salgo de mi casa. A mucha gente le sucede lo mismo: eso explica la presencia de la muchedumbre en las calles, en los bares, en las estaciones, entre las seis y las ocho de la tarde, todos los días, hasta que llega por fin la noche. Los domingos la cosa se vuelve horrible.

Estábamos con Barra en el centro, frente a la vidriera de una librería, un jueves, para noviembre del año pasado, un poco después de las siete. La calle estaba llena de gente. Barra la tenía con tocarse el bigote a cada momento, sin hablar, la nariz pegada al vidrio, mirando un cuaderno francés de reproducciones de Fra Angélico, en cuya portada se exhibía un detalle lleno de unos celestes quietos y plácidos y unos ásperos dorados. Yo miraba pasar la gente, una manera entretenida de matar el tiempo. En una de esas Barra se da vuelta y me dice:

– Pancho está de regreso en la ciudad, ¿no sabías?

– No sabía – le digo.

– Con muchísima plata en el bolsillo – me dice Barra –. Mucho más mejorado.

– Supongo que querrá salir una de estas noches – le digo.

Barra adopta de nuevo su aire distraído, vuelve a pegar la nariz al vidrio observando el cuaderno con las costosas y cálidas reproducciones de Fra Angélico, y me dice:

– Supongo que sí – como si él no tuviera nada que ver con la cosa.

Entonces se le ocurre algo de repente, porque se da vuelta y me dice:

– Podemos ir a buscarlo a su casa.

– ¿Estará? – digo yo.

Barra adopta entonces la expresión de quien se encuentra realizando cálculos mentales.

– Creo que sí – dice con cierta duda.

Pancho se había tomado una temporada de descanso a base de insulina, electroshocks y psicoanálisis en un sanatorio para enfermos nerviosos, en Buenos Aires. Había estado adentro cosa de cuatro meses. Reconozco que no me habría gustado en absoluto encontrarme en el lugar del médico. Pancho conoce Freud y familia bastante bien, de manera que está al tanto de todos los trucos de que se vale la psiquiatría para hacer tirar un par de meses más al enfermo y sacarle un poco de dinero antes de internarlo definitivamente en un manicomio. A mi modo de ver, internarse temporariamente es una especie de broma pesada que Pancho se hace a sí mismo, y ya lo ha hecho tres veces, una por año. Por lo menos desde un mes antes de que parta para el sanatorio, Tomatis, Barra y yo ya estamos al tanto de que

por un par de meses Pancho va a faltar de entre nosotros. Empieza por adquirir cualquier manía chocante. La última vez, por ejemplo, y entre otras cosas, se empeñaba en no ceder el paso en el tranvía a su compañero de asiento cuando éste se disponía a bajar. Se hacía pedir permiso tres o cuatro veces antes de correrse ligeramente hacia el pasillo, tan ligeramente que el pasajero tenía que pasar la mayoría de las veces por encima de sus rodillas. Otra de sus manías consistía en tomar un café, pagar con cien pesos, y dejar el vuelto de propina. Lo terrible del asunto era que ningún mozo se sentía capaz de aceptarle semejante propina, actitud que enfurecía a Pancho de un modo indecible. En esa época quería ser tomado a toda costa por un caballero. Sostenía que uno debía hacer un esfuerzo para no volver la cabeza cuando oía un chistido en la calle, porque esa indiferencia era propia de un caballero, y una vez que Barra comentó en forma distraída que un caballero de verdad no necesita hacer ningún esfuerzo para no darse vuelta porque un caballero de verdad no oye sencillamente el chistido, Pancho lo desmayó de un golpe en la cara. Esto nos llamó la atención a todos porque Pancho no es un tipo violento, sino todo lo contrario: fue siempre de modales tímidos y dulces, y hasta melancólicos. Cuando sus tratamientos le dejan algún tiempo libre, Pancho enseña literatura argentina en el Colegio Nacional.

—Aquí me tienen —nos dice después, otra vez en el centro, los tres, antes de cenar, sentados frente a rubios "Claritos" en el bar de la galería—. Han hecho de mi esquizofrenia una neurosis compulsiva. El médico me aplicaba todos los días inyecciones de objetivación axiológica.

—Estás mucho más gordo —digo yo.

—De veras —dice Pancho.

—Bueno —dice Barra—. Ahora antes de pegarme Tenés la obligación de considerar que por el peso no pertenecemos a la misma categoría.

—Lo tendré en cuenta —dice Pancho, tomando un trago de su "Clarito". Se quedó durante un momento pensativo, diciendo en seguida:— ¿Qué pasó al fin de cuentas con el contrabandista desaparecido?

—Pero eso es una historia vieja —dice Barra.

—Eso fue el verano pasado, Pancho —digo yo.

—¿El verano pasado? —dice Pancho—. ¿Tanto?

—Tanto, efectivamente —dice Barra—. Quien lo mató no se sabe; se sabe que la mujer lo quemó. Ella misma confesó. Después se suicidó.

Pancho me mira sonriendo, sin atender a Barra.

—Dios mío —dice—. ¡Cómo me voy a aburrir la semana que viene!

—La mujer era camarera en el "Copacabana" —digo yo—. Le echó nafta al cadáver y en seguida un fósforo. Dijo que para ocultarlo de la policía porque la habían amenazado. No dijo quién. Se cortó las venas en la correccional.

—¿Allá en el sur? —dice Pancho.

—Sí —digo yo—. Me parece que sí. Parece que fue para no batir.

—¿Y que tal estaba? —dice Pancho.

—Yo la vi un par de veces en el "Copacabana" —digo yo—. Tenía sus años.

—No me explico esa contradicción entre la lealtad y el suicidio.

Entonces Barra se pone de pie en ese momento. Se despereza, tocándose después los bigotes, y dice:

—Voy al baño.

Se alejó caminando lentamente entre las mesas.

—Me parece que está un poco resentido conmigo —me dice Pancho entonces, aproximándoseme a través de la mesa de hierro pintada de rojo.

—No, qué va a estar —le digo.

—Me parece que sí —dice Pancho—. Como si se sintiera molesto de andar con nosotros.

—Hace un par de meses que está así —le digo—. Tiene problemas con la mujer. No es un muchacho rencoroso.

—Sin embargo lo encuentro algo tenso —dice Pancho.

—Ideas tuyas —le digo—. Barra es un buen muchacho. Ese golpe tuyo fue un hecho inexplicable.

—Horacio —dice Pancho— ¿por qué no nos vamos a Córdoba una temporada?

Me parece que lo miré con alguna desconfianza.

—¿Quiénes? ¿Con qué elemento?

—Tengo más de veinte mil pesos guardados. Mi sueldo de cuatro meses —dice Pancho echándose sobre el respaldo de la silla y estirando las piernas por debajo de la mesa.

—Habría que pensarlo —le digo.

Ya habíamos hecho juntos un veraneo en Capilla del Monte, un par de años antes. Habíamos ido a quedarnos diez días, gastando a cuenta de una retroactividad que Pancho cobraría unos meses después. Llegamos un domingo a la noche. El lunes lo pasamos durmiendo hasta el mediodía. De tarde, después del almuerzo, dice Pancho: "Creo que no voy a soportar el aire de las sierras". "¿Podrías hacerme el favor de alcanzarme esas cañas de pescar?" —le digo yo. Pancho se tiró entonces en la cama murmurando: "Tengo ganas de estar en la ciudad. Me revienta el aire de las sierras". A los diez minutos roncaba. Yo me fui de pesca a un arroyo bellissimo, en las afueras de la ciudad. Cuando volví a la noche, bastante tarde, Pancho dormía todavía. Enciendo la luz de la habitación y él se despierta, mira con los ojos entrecerrados a su alrededor, se rasca la cabeza y me dice: "¿Todavía estamos en Capilla? ¿No nos van a fusilar de una vez por todas?" Entonces yo me desvestí y me eché de un salto en la cama. Estaba rendido, no le contesté una palabra. Él se incorporó, se levantó, fue al baño, regresó trayendo un vaso de agua y se sentó en el borde de la cama, con aire pensativo. Por ahí suspira y me dice: "Extraño la ciudad". "Sí, claro, sin duda", le digo yo. "¿Apago la luz?" Pancho no dijo una palabra: se tumbó de espaldas y al minuto roncaba fuertemente, emitiendo unos silbidos raros, rítmicos y largos. A la mañana siguiente sentí que me sacudían con suavidad: "Barco, Barco", me dice Pancho. Me desperté en seguida. Pancho estaba completamente vestido. Su valija cerrada se hallaba

sobre la cama.

– Me voy – dice – . Me vuelvo a la ciudad.

Debo haberlo mirado con una cara demasiado rara, porque Pancho agregó: "Sobre la mesa de luz hay mil pesos para que los gastes la semana que viene". Salté de la cama, me vestí, y me vine con él de regreso a la ciudad.

– Tengo exámenes la semana que viene – dice Pancho – . Tendría que ser antes de Navidad.

– Oh, Navidad, Navidad – digo yo.

Entonces Pancho se bebe otro sorbo de su "Clarito" y dice:

– ¿Y cómo se suicidó?

– Se cortó las venas – le digo.

– No es buen método – dice Pancho.

Hizo silencio.

– Lo mejor es un tiro en la sien, para eliminar inmediatamente el pensamiento – concluye diciendo con un suspiro.

– No es el pensamiento – digo yo, medio en broma, medio en serio – . Es el recuerdo.

– Ahora – dice entonces Pancho, quedándose un momento pensativo antes de continuar, tocándose repetidamente la frente con la yema de los dedos – lo que yo no entiendo es: ¿por qué se suicidó antes que denunciar a los asesinos de su propio marido?

– Qué sé yo – le digo – . Lo más probable es que haya querido negar el asesinato apropiándose del finado.

– ¿Era camarera en el "Copacabana"? – dice Pancho – . ¿Era una morocha, bajita, media viriloide?

– No – le digo – . Era rubia y alta. Tenía más de cuarenta años. En el "Copacabana" nunca hubo ninguna camarera bajita, ni morocha, ni viriloide, por lo menos que yo recuerde. Hay una ligeramente viriloide, pero es alta y pelirroja. Es la protectora de una cantante. Además no es camarera. Es adiconista.

– No – dice Pancho – . Yo no la conocía.

– Es probable que no – digo yo.

– Eso fue el verano pasado – dice Pancho – . ¿Qué hice yo el verano pasado?

Barra regresó, sorteando lentamente las mesas, con su aire distraído.

– Tengo hambre – dice entonces, y se sienta, las piernas abiertas, tocándose una y otra vez el duro bigote negro.

– ¿Qué diablos fue lo que hice yo el verano pasado? – dice Pancho.

– Nada posiblemente – dice Barra. A pesar de que ha hablado en sentido irónico, su rostro no pierde ni un momento su aire grave, pensativo y remoto.

– Seguramente anduviste de prostíbulo en prostíbulo – digo entonces yo, riéndome, dándole a Pancho unas suaves y tiernas palmadas en el hombro.

En eso aparece Tomatis por el pasillo de la galería. Habíamos convenido por teléfono encontrarnos allí a las nueve. Tomatis se detuvo en la entrada del patio, en medio de la muchedumbre raleada por la hora de comer, y desde allí saludó

seriamente, alzando la mano. Se aproximó con lentitud, mirando despaciosamente a uno y otro lado, como si buscara a alguien.

—Hola, inútiles —dijo, dejando caer la mano.

—Aquí está el hombre que se ha hecho solo —digo yo. Y mirando a Pancho y a Barra agrego—: Así también ha salido.

Tomatis estiró la mano con displicencia. Sonriendo con aire paternal tocó el hombro de Pancho. Este había alzado la cabeza y lo miraba, sonriendo.

—Pancho —dijo— ¿Esa neurosis? ¿Progresó?

Pancho sin embargo ya estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué hicimos el verano pasado? —le dice.

—¿A qué hora? —responde Tomatis, sin mirarlo, sentándose, paseando la mirada por el patio iluminado. Estaba recién bañado y afeitado, con su remera bordó, y sus pantalones blancos impecables. Tenía un aire irónico y plácido al mismo tiempo, al parecer producto de la higiene minuciosa.

—Hoy va a haber crisis —digo yo en voz baja, no tanto como para que él no me oiga.

Tomatis entonces enarcó las cejas mirándome afectadamente de soslayo.

—¿Cómo dice, doctor Barco? —me dice.

—No, nada —digo yo—. En serio que nada. Meditaba en voz alta. Palabra que no dije nada.

—Suficiente —dice Tomatis. Mira a Pancho; después a Barra y a mí. —¿Nadie le va decir a Pancho que *me pague a mí, o pague a mí o me pague*, un miserable "Clarito"?

Pancho hizo una seña al mozo con gran seriedad, mecánicamente, y le pidió cuatro cócteles. Nadie habló por un momento.

—¿Y qué hizo con el cadáver después de quemarlo? —dijo Pancho de pronto.

—Y —le digo—. Lo enterró en el fondo del patio. Un perro del barrio empezó a rondar el lugar, y los vecinos comenzaron a sentir olor a podrido. Hicieron la denuncia a la policía. El pesquisa llegó y le preguntó a boca de jarro: "Dónde está el finado, asesina", para ponerla nerviosa y hacerla caer en contradicción, y ella le respondió tranquilamente: "Ahí en el patio".

—Al diablo —dice Pancho—. ¿Y por qué lo quemó?

—Yo no sé qué habrá alegado —digo yo—. Cuando le preguntaron quién lo había matado, ella dijo que ella lo había quemado. Pero le encontraron cuatro balas en el cuerpo.

—Pero, y ¿por qué lo quemó? —dijo Pancho.

—No sé qué habrá dicho ella —digo yo—. Ni qué habrá pensado.

—Habrá querido purificarlo —salta Tomatis.

En eso regresa el mozo con los "Claritos". Los deposita cuidadosamente sobre la mesa; primero el mío, después el de Pancho, después el de Tomatis, y por último el de Barra.

—¿Y por qué se suicidó? —dice Pancho.

Me parece que entonces suspiré.

–Para no denunciar a la policía la gente que lo mató. ¿Por qué lo mató esa gente? No sé. Alcaloides, me parece.

–Pero eso es un pretexto –dice Pancho—. Miedo de que la mataran no puede ser, porque ella misma se mató. Si ella hubiera querido, podría haberlos denunciado y después matarse. No quería denunciarlos.

–Código del hampa –dice Barra.

–Qué código ni qué diablos –digo yo—. No sé por qué tiene que ser más moral el asesinato que la delación: si un código me permite dejar en libertad a los asesinos de mi marido, hay con toda seguridad algo en ese código que no funciona.

–"Libertad", "asesino", "marido" –dice Tomatis—. Esos términos también pertenecen a un código.

–Es cierto –digo yo—. Pero solamente pueden tener valor cuando hay circunstancias reales que los sustentan.

–Lo cual quiere decir que ese código que abarca los términos "libertad" "asesino" y "marido", es falso –dice Tomatis.

–Exactamente –digo yo—. Por lo menos en este momento.

–Perfecto –dice Barra—. Los invito a comer a mi casa.

–¿Tu mujer? –dice Pancho.

–Está en casa –dice Barra, tocándose con suavidad el bigote.

–Entonces no acepto –dice Pancho, poniéndose de pie—. Vuelvo en seguida.

Barra lo miró alejarse, sorteando las mesas con displicente lentitud. Pancho caminaba con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba vestido con un saco sport liviano, jaspeado, de un color verdoso, y unos pantalones de tropical gris. Debajo del saco llevaba una remera de un color marrón oscuro.

–¿Cómo lo encontrás? –dice Barra, y Tomatis alza en ese momento la cabeza para mirarlo con una distraída desconfianza.

–Bien –digo yo—. ¿Por?

–Lo encuentro algo maniático.

Tomatis sonríe.

–La pina que te dio antes de internarse –dice— desenfoca notablemente tu visión.

–No hombre, por favor –protesta Barra—. Esa cuestión está completamente olvidada.

–Mucho peor –dice Tomatis—. Has dejado de reflexionar sobre ella. Está incorporada a tu personalidad. Eso es gravísimo.

Barra se ríe. Le da a Tomatis unos golpecitos en el pecho con el dorso de la mano.

–Al carajo –le dice.

Tomatis, con las piernas estiradas a un costado de la mesa, hacia mi lado, las manos en los bolsillos del pantalón blanco inmaculado, ronronea riéndose, diciendo:

–Sí, sí, buena pina te dio Pancho.

Había menos gente en la galería a esa hora que un par de horas antes. Alrededor de las diez el patio de mosaicos borravino comenzaría a llenarse nuevamente. Con todo, nos hallábamos envueltos en el incesante murmullo monótono de la conversación y de la música de los altoparlantes. En general era casi toda gente joven la que se hallaba en el lugar, bebiendo cerveza, whisky o café, o comiendo casattas. Faltaba el grupo de la guitarra: un grupo de siete u ocho, varones y mujeres, que durante la primavera pasada se sabían sentar en uno de los rincones del patio y cantaban hasta la hora de cerrar, acompañándose con una guitarra. Pancho no los podía sufrir, pero a Tomatis y a mí nos gustaba escucharlos.

En ese momento Tomatis se palpa el bolsillo del pantalón, saca un paquete de "Saratoga" y convida, primero a mí, luego a Barra. Ninguno de los dos aceptó. Tomatis se coloca entonces cuidadosamente un cigarrillo entre los labios, se guarda el paquete, saca una caja de fósforos del bolsillo de su deslumbrante pantalón y enciende el cigarrillo. Echa una bocanada de humo y arroja la caja de fósforos sobre la mesa.

—Lo terrible del asunto —dice— es que tengo hambre.

—Mi mujer nos espera —dice Barra.

Pancho se aproximaba de regreso del baño, sorteando las mesas, alto y encorvado; los pantalones grises demasiado angostos, la remera oscura estirada sobre la barriga incipiente.

—¿El verano pasado estuvimos en las sierras de Córdoba? —me pregunta.

—No —le digo— Eso fue el anteaño.

Entonces Pancho rodea la mesa y va a dejarse caer distraídamente sobre su silla vacía.

—El verano pasado no nos movimos de la ciudad —le digo—. No había metálico.

—¿Estuvimos una semana en la isla? —dice Pancho.

—No —dice Barra— yo era virgen todavía en marzo.

—Eso era en noviembre —digo yo—. El verano pasado estuvimos yendo casi todos los días a la playa. El río tenía un altura adecuada. Me acuerdo perfectamente porque al final de febrero empezó a crecer y en una semana barrió la playa y nos desbarató completamente el veraneo.

—¿No se había formado un grupo grande —dice Pancho— con una gente de Derecho, unos tipos insoportables, que yo no los aguantaba, que se nos pegaron en la playa arruinándonos el veraneo?

—Exactamente —digo yo—. Estuvo Conde también.

—Bueno. Sí —dice Pancho—. Pero Conde** es un tipo excelente.

* Téngase presente que esta conversación tiene lugar en noviembre del año pasado. Conde se mató en febrero. Para esa época estaba viviendo en Rosario. Había nacido allí. Era psicólogo de carrera y hasta los veintiocho años había trabajado como asesor en una agencia de publicidad. Le interesaba bastante la política. Se suicidó el día en que cumplió treinta años: se encerró durante tres días en la quinta de su familia en el barrio residencial de Fisherton, tomándose el trabajo de amontonar todos los muebles de la casa en una de las habitaciones. El día de su cumpleaños, exactamente el 16 de febrero, una pareja que paseaba en automóvil por Fisherton lo vio vivo por última vez. Inmediatamente fue a hacer la denuncia a la policía, porque Conde se hallaba completamente desnudo paseándose por la pérgola del edificio. Eran las dos de la tarde. La pareja declaró que parecía melancólico o pensativo y que ni siquiera parecía darse cuenta

— Por supuesto — digo yo —. Conde estaba con nosotros.

— ¿Qué es de la vida de Conde? — dice Pancho.

— Hace dos meses vino aquí — digo yo —. Anda atrás de unas cátedras de psicología.

— ¿En el Colegio Nacional?

— No, hombre — digo yo —. ¿A quién se le va a ocurrir enseñar en el Colegio Nacional?

— A mí — dice Pancho golpeándose el pecho con la palma de la mano, sonriendo.

— Enseñar no se puede en ningún lado — salta Tomatis—. No hay nada que enseñar.

— ¿Qué hora es? — dice Pancho.

Barra se echa hacia atrás en la silla y mira hacia el bar, estirando el cuello.

— Las nueve y media pasadas — dice.

— Yo *podría* invitar a comer — dice Pancho—. Pero también *podría* no invitar.

Podría irme a comer solo.

— Vamos, Pancho — dice Tomatis—. No seas tacaño.

— ¿Así que me estás proponiéndome un mecenazgo? — dice Pancho.

— Exactamente — dice Tomatis. —

— ¿Escribirías una oda en mi alabanza? — dice Pancho.

— Por supuesto — dice Tomatis—. Todo hombre tiene su precio y yo no soy de los más caros.

— Siendo así — dice Pancho— vamos a comer una parrillada.

Así que nos levantamos y nos fuimos. Era una excelente noche de noviembre. Tomamos un taxi y fuimos a un restaurante que se encuentra ubicado al final de la avenida del puerto, cerca del puente colgante, frente al Club de Regatas. Desde el patio de la parrilla, más allá de la calle, por debajo de los vastos árboles, podía verse, pasando la explanada del viejo atracadero de la balsa, el río tocado por unos quebradizos reflejos lunares. El fresco olor a humedad de la costa llegaba hasta el patio de la parrilla. No debe haber habido en todo el mundo noches mejores, en octubre y noviembre, o en marzo y abril, que las que hemos pasado de muchachos caminando lentamente por la ciudad, hasta el alba, charlando como locos sobre mil cosas, sobre política, sobre literatura, sobre mujeres, sobre el viejo Borges, sobre Faulkner, sobre Dostoievski, sobre Sócrates, sobre Freud, sobre Carlos Marx. Puede decirse que todavía somos jóvenes. Excepción hecha de Pancho, que tiene veintiocho años, ni Tomatis ni Barra ni yo hemos alcanzado todavía los veintisiete años. Tomatis ni siquiera los veintiséis. Sin embargo, aquella época extraordinaria no se volverá a repetir: del sur al norte, del este al oeste, por plazas, por avenidas,

de que no llevaba una sola prenda encima. Cuando la policía llegó a la quinta encontró la puerta cerrada con llave y reforzada por dentro con un ropero y unas sillas amontonadas contra ella. Tuvieron que forzar una ventana lateral para entrar al edificio. Encontraron a Conde colgado de un alambre asegurado a un clavo clavado en la pared de uno de los dormitorios. Se hallaba completamente desnudo. Cuando recibí la noticia me resistí a creerlo, porque Conde había sido siempre un tipo muy sereno, muy objetivo y desplegaba una intensa actividad política. Por supuesto, no era ningún tonto, y una vez, durante esa temporada que pasamos en la playa, me había dicho: "Si un hombre no encuentra antes de los treinta años ninguna verdad por la cual no le importaría dejarse matar, tiene la obligación de levantarse la tapa de los sesos".

por bares, hemos ido y venido, desde los quince años, durante todas las horas del día, en especial las de la madrugada, charlando, como he dicho, de mil cosas, hurgueteando la ciudad, no diré felices, porque, excepción hecha de algún condenado especialmente por la suerte, nadie puede siquiera atisbar la felicidad, pero invadidos al menos por una pasión singular, una curiosidad por todas las cosas, suficiente para hacer la vida soportable. Recordamos a menudo esa época con Tomatis. Barra no entra mucho en el cuadro; siempre fue para nosotros un poco sapo de otro pozo. No hay duda de que le falta algo, y no me atrevería a echar de lado la posibilidad de que esa carencia sea sólo la consecuencia de una pretensión absurda de nuestra parte, una imperfección decretada exclusivamente por nosotros. El primer contacto con la gente nunca es intelectual, ni siquiera emocional o afectivo: es epidérmico, casi de respiración, y de su resultado depende toda la relación futura. Además la simpatía es algo que tiene su origen fuera de nosotros, existe como una secreta coincidencia, no expresada en los primeros momentos de una relación, que ofrece la tranquilidad y la certeza de que el otro no creará ninguna tensión tratando de lograr la supremacía de sus preferencias. De ahí que a lo primero que apela el individuo que se encuentra frente a un tipo antipático es a mirar con fastidio a su alrededor tratando de demostrar que hay algo en el ambiente, no en la persona, que no resulta de su agrado. Trata de lograr la supremacía de sus gustos simulando que han sido desmerecidos. Con Barra pasó desde el principio una cosa parecida. Lógicamente, si hemos andado juntos tanto tiempo quiere decir que esa sensación original desapareció, pero estoy seguro de que nosotros, digo Tomatis, Pancho y yo, no hicimos jamás el menor esfuerzo para que eso sucediera. Fue el mismo Barra el que optó por limar las asperezas. Esto puede comprenderse perfectamente si se tiene en cuenta que Barra está casado desde los veintidós años y ha andado siempre bastante escaso de amigos. Es un tipo afectivamente complicado. Me da la impresión de que ese modo de ser suyo, excesivamente consecuente y al mismo tiempo crítico, vago y remoto, es el resultado de su intuición de ese rechazo epidérmico, de esa antipatía original, y ahora está vinculado a nuestro círculo a través de una relación sellada por la culpa.

"Yo sé identificar esas caminatas con la idea del bien", sabe decirme Tomatis cuando recordamos las viejas épocas, en los días tranquilos del presente. A esos días Tomatis los llama "días del tabaco de Macedonio". Dice que le merecen un respeto especial los tipos que fuman si tienen tabaco y que si no lo tienen no hacen el menor esfuerzo para conseguirlo, olvidándose por completo de las ganas de fumar. Dice que el arquetipo de una mentalidad así era el viejo Macedonio Fernández. Tomatis admira a los tipos que, procediendo de una familia acomodada, eligen vivir modestamente. "Una clase acomodada es una clase dominante" —sabe decir—, "y... una clase dominante tiene necesariamente que armar un complot tácito contra el resto de la humanidad". Les tiene más confianza que a los intelectuales, dice, porque es raro que un intelectual avale con acciones su toma de posición teórica contra la clase dominante de la que procede. "En cambio,

esos tipos modestos" —sostiene Tomatis—, "que se alejan por repugnancia de su propia clase, avalan con su vida su aparente falta de radicalismo ideológico". No hace falta aclarar que considero a Tomatis un flor de muchacho, inclusive con talento para la literatura. (Por otra parte, para hacer una buena literatura no hace falta mucho talento: basta un poco de mala suerte). Entiendo perfectamente qué quiere decir cuando sostiene que nuestras caminatas nocturnas son identificables con la idea del bien: es que él es un hinchado rabioso de Sócrates". "El... viejo Sócrates es el hombre más grande y hermoso que ha producido la humanidad", dice Tomatis. Lo he visto conmovirse repitiendo las palabras de la "Apología": ¿Y si condenáis a Sócrates al destierro, creeríais que Sócrates se sentiría bien mal gastando su palabra con extraños? Para Tomatis el bien es una especie de pasión intelectual que en su concentración lleva implícita una aceptación básica de la vida. En un tiempo estuvo ligado a esta idea un poco compulsivamente, cuando andaba por los veinte años; se veía bien que la desesperación lo impulsaba a aferrarse a ella, hasta que por fin se lanzó a cometer toda clase de barbaridades, estoy seguro que por lo menos en gran parte conscientemente. Dos años después debe haber pensado, como yo por otra parte lo he sostenido siempre, que también el desenfreno y el desorden obran en nosotros por compulsión, y que entre dos conductas anormales conviene adoptar siempre aquella que es capaz de hacernos menos daño. Esa simulación de la pasión intelectual intensa durante un período en el que en realidad se sentía desesperado fue realmente cómica, porque se le dio por usar maneras de sabio y estuvo un año entero leyendo a los positivistas. Andaba con los libros de Aldous Huxley por todas partes.

La idea de la pasión intelectual intensa lo condujo a excesos por otro lado: lo indujo a aceptar indiscriminadamente todo lo que se relacionara con la pasión en general. Según su modo de pensar un avaro era un humanista radical, un optimista recalcitrante cuya codicia era la prueba más indiscutible de su aceptación del mundo. "Un amante de los caballos de carrera no tiene tiempo de cuestionar la validez de la vida", me dijo una vez. El tiempo lo ha hecho evolucionar en ese sentido, lo cual me alegra bastante, porque ahora está más próximo que nunca a mi manera de pensar, en especial cuando huelo en él una incurable desconfianza hacia todos aquellos tipos de los que intuye que jamás se les ha ocurrido sospechar, ni siquiera por un momento, que la vida no tiene ningún sentido.

Otra cosa que conviene aclarar acerca de Tomatis es eso de la "idea del bien". No tiene nada que ver con la felicidad. Es más bien lo contrario, porque esa idea del bien implica un conocimiento intenso de la realidad que predispone a impedir cualquier tipo de abandono que no tenga por objeto enriquecer ese conocimiento. Además dice que la felicidad es la aspiración de los desequilibrados y de los idiotas, y que el tipo inteligente que por casualidad llega a probar el sabor de la felicidad, no quiere volver a saber nada del asunto para toda su vida. "No quiere más guerra", dice Tomatis. "Tiene que ser muy cretino para tentarse nuevamente". "De acuerdo", le he dicho yo más de una vez, "pero si la felicidad no es posible, ¿para qué vivimos?" "Qué tonto es este muchacho, Dios mío" —ha salido diciendo

él, agarrándose la cabeza — "¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Si el hombre ha continuado viviendo hasta ahora quiere decir que la felicidad es algo de lo que puedo prescindir". "De acuerdo", le digo yo. "Pero ¿quién la inventó? ¿Dios?" Tomatis sonrío pensativo cuando oye la palabra: "Dios no existe" — dice con voz suave y serena —. El hombre. Pero no la inventó. Surge en él de un modo natural, como una condición permanente que la insuficiencia de su conciencia inmediata impone a la realidad". "Ahora bien" —le digo yo— ¿qué necesidad hay de ponerle condiciones a algo que no tiene sentido?". "Para dárselo" — dice Tomatis —, "y antes de que me lo digas, prefiero aclararlo por mi propia cuenta: aunque esa condición pretenda exigir como gratificación algo que no existe". También hablando de cosas parecidas hizo mención a lo que nosotros llamamos el grito de Dostoievski: "El viejo estaba completamente errado en ese punto. La existencia de Dios permitiría todo. Una de las cualidades de su perfecta perfección tiene que ser necesariamente la responsabilidad por todo lo creado, hasta las consecuencias del libre albedrío. Si Dios existiera la vida no sería más que una broma pesada. El peor de los crímenes del más perverso de los hombres pasaría a ser un simple juego de niños. Es justamente porque Dios no existe que no nos queda más remedio que reconocer que hay una serie de cosas que no pueden estar permitidas". Y así hasta el infinito. De estas chacharas hemos tenido a montones en estos diez años de atorrantear por la ciudad. En los últimos años han ido perdiendo frecuencia. Se requiere un clima especial para hablar como lo hacíamos, una atmósfera interior que no puede improvisarse. Las cosas van ahora bastante mal: ahí está el caso de Pancho o el de Conde como prueba.

Bueno, estábamos en que estábamos en el restaurante del final de la avenida del puerto, en el patio, frente al Club de Regatas. "Este es un país rico. *Vive la abundance*", dice Pancho, cuando el mozo deposita sobre la mesa la fuente llena de olorosa carne asada.

Empezamos a comer, masticando en silencio durante largo rato: Pancho excesivamente inclinado sobre su plato, dejando de vez en cuando los cubiertos sobre el borde del plato para cortar un trocito de pan con el que absorbe cuidadosamente el rico jugo de la carne, que brilla oscuramente en la superficie del plato. Barra corta primero la carne en muchos trozos, deja el cuchillo y después, con gran lentitud, uno a uno, va pinchando los pedazos, recogiénolos luego de una especie de dubitación, como si jugara al "oso fe—te" antes de cada bocado, sentado junto a Tomatis, frente a mí, con Pancho del otro lado. Tomatis se ha sentado vuelto ligeramente hacia la calle, hacia la explanada del viejo atracadero, visible entre los troncos de los árboles, y en esa posición mastica lentamente, alzando de vez en cuando la cabeza para observar las copas de los árboles tocadas por la luz del farol de la esquina, o bien el cielo espléndidamente estrellado. Hacia la mitad de la comida, dice Pancho:

- Y esa media viriloide, esa pelirroja, ¿está todavía en el "Copacabana"?
- Si — dice Barra —. Está todavía.
- Podríamos darnos una vueltita por allí esta noche — dice Pancho.

– No estaría mal – dice Tomatis, pensando en otra cosa.
– Es igual para mí – digo yo.
– De todas maneras, no sería el primer jueves que uno se acuesta temprano
– dice Tomatis –. Yo me acuerdo bien, que allá en mi infancia, una vez...
– No, no, pero vamos – dice Pancho.

Entonces Barra cruza los cubiertos sobre el plato, produciendo un rápido y leve tintineo, y dice:

– Yo no puedo. No quiero llegarle tarde a mi mujer. La cosa anda un poco tirante.

Pancho alza la cabeza y lo mira.

– ¿Cuándo vas a tirar a tu mujer a un tarro de basura, de una vez por todas?
– dice.

– En serio que no puedo – dice Barra, carraspeando. Retoma los cubiertos, dejando el cuchillo sobre el mantel, a un lado del plato, y después se inclina sobre la fuente, eligiendo un trozo de carne. Con excesiva atención da vuelta un trozo, lo mira, y lo recoge con el tenedor, llevandoselo para su plato. Agarra el cuchillo y comienza a cortar la carne en trozos pequeños.

Pancho deja de comer, los cubiertos en ristre, y lo mira.

– ¿Por qué no vas a ir? – le dice.

– Es que no puedo – dice Barra.

– ¿Cómo no vas a poder? – dice Pancho.

– Y – dice Barra –. No puedo.

– No jodas – dice Pancho, reiniciando su comida –. Vos venís con nosotros y listo. Si es por la plata te aviso que tengo tres mil quinientos pesos en el bolsillo.

– Al diablo – dice Tomatis, mirando a Pancho con los ojos muy abiertos. –
¿Acabas de asesinar a tu hermano?*

– No – dijo Pancho –. Le pedí un préstamo solamente.

Tomatis lo miró con curiosidad.

– ¿Existen hermanos que dan tanto? ¿Padres que dan tanto?

– Depende de como se pida – digo yo.

– Pancho debe pedir revólver en mano – dijo Tomatis.

Barra se echó a reír. Pancho alzó súbitamente la cabeza y lo miró, dejando de comer.

– ¿Vas a ir?

– Pancho – digo yo –, el verano pasado, en la playa, ¿estuvieron las chicas con nosotros?

* Pancho tiene un hermano mayor, casado, con bastante dinero. Tiene cuatro hermanos más, también mayores, que no viven en la ciudad. Pancho es el único de los hijos de la familia Expósito que continúa viviendo en la casa paterna. Su padre es un agente de seguros jubilado. Su hermano es ingeniero, o técnico, o algo así, y hace tres o cuatro años, antes de casarse, instaló una pequeña fundición que le viene dejando una buena renta. El hermano de Pancho es un buen muchacho: es el que le paga los tratamientos. Se preocupa bastante por él, aunque sospecho que ya debe sentirse algo cansado, porque unos días antes de que Pancho se internara por última vez, vino a verme a casa, para consultarme sobre lo que debía hacer. Se sentó frente a mí, y golpeándose la sien derecha con el dedo índice, exclamó: "¡Mucha lectura! Demasiada lectura". Inmediatamente me propuso un plan para distraerlo. "Llévelo al fútbol", me dijo. "No pueden salir con un par de chicas?" Me miró con aire lastimoso y agregó: "Me cuesta un dinerito". Y yo le respondí: "No vaya a echárselo en cara". Él me miró sorprendido: "¿Sería grave?", dijo. "Para usted", pensé yo, pero preferí callarme la boca, "para usted, porque si llega a decírselo Pancho es capaz de hacerse internar todos los meses, hasta mandarlo a la quiebra".

—¿Qué chicas? —pregunta Pancho sin dejar de mirar a Barra; y le dice: —¿En serio que no vas a ir?

—Pocha y Miri — digo yo.

—Podría ir un ratito —dice Barra, recogiendo un trozo de carne con el tenedor.

—Pero un ratito, nada más — agrega, mordiendo el trocito de carne.

Entonces Pancho continúa comiendo.

—Bravo — dice—. Así me gusta.

—Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo — salmodia Barra.

Pancho queda en silencio, masticando, inclinado sobre el plato. Tomatis lo mira con una atención pensativa y melancólica.

—¿Las chicas? — dice — ¿El verano pasado? Si hace dos años que no están en la ciudad.

—Pero el verano pasado estuvieron aquí una semana — dice Barra.

—De veras — dice Tomatis.

—Quisiera saber si fue en realidad el verano pasado — digo yo—. Este Pancho me ha hecho mezclar todas las cosas.

—Pancho viejo — dice Barra.

—Pancho — dice Tomatis; Pancho se vuelve y lo mira, sonriendo; Tomatis sonrío por lo que se halla a punto de decir, después lo dice: —¿Qué es eso de no dejar paso a la gente en los tranvías?

Entonces Pancho se echa a reír sacudiendo la cabeza, con la expresión del chico que ha sido pescado en una falta.

—¿Acaso los tranvías no pertenecen a la comunidad? — dice Tomatis.

Pancho me mira, riendo, deja el tenedor sobre el borde del plato, me toca el codo con la mano, y siempre riendo, cabecea hacia Tomatis, señalándolo, como diciendo: "Atiendan lo que dice."

—¿O es que no sabías que pertenecen a la comunidad? — dice Tomatis. Nos mira a Barra y a mí.

—Él con su neurosis, se da el tremendo gustazo de incomodar a la gran familia argentina.

—Ha tenido la diabólica sabiduría de encontrar el pretexto — digo yo.

Pancho alza su copa de vino y toma un trago. La deja. Se seca los labios con una servilleta. Me mira.

—¿Cómo es eso? — me dice — ¿Qué pretexto?

—El pretexto que le permite a uno hacer algo — fuera de lo común — digo yo. De las otras mesas casi todas ocupadas, nos miraban de vez en cuando con curiosidad y sorpresa. Hablábamos en voz un poco alta—. Permitimos que alguien cometa una barbaridad siempre que deje bien claro el motivo. Además nos permitimos hacerla atendiendo a las mismas condiciones.

—¿Qué es eso? — dice Pancho—. ¿Qué condiciones?

Tomatis me mira, sonriendo. Vuelve lentamente la cabeza y mira a Pancho.

—Me parece que, por ejemplo, si en tu manía de no dejar paso a la gente

como todo el mundo, no les ofrecieras la explicación paralela de la crisis neurótica, ellos se volverían locos de desconcierto y espanto – dice.

– Exactamente – digo yo.

– Y esa es la razón por la cual vas a internarte de vez en cuando a un sanatorio. Es para darle un *sentido* a tu conducta.

– Exacto – digo yo.

– Y al diablo – dice Tomatis.

– En definitiva ¿no soy más que un farsante? – dice Pancho – . Sí al diablo.

Hablamos media hora más sobre el asunto, hasta que terminamos de comer. "Lo peor que puede, sucedemos es que nos consideren extrahumanos. Queremos darle una explicación razonable a todos nuestros actos", dijo Tomatis. "Por supuesto", dijo Pancho. "Pero... ¡Un cuerno la vela! A qué hora es el primer varieté?" Tomatis miraba a Pancho sonriendo; creo que yo también. Barra no miraba a nadie ni sonreía: se hallaba invadido nuevamente por esa distracción triste o casi desesperada que lo hace levantar a menudo la cabeza, como si estuviera tratando de escuchar algún murmullo resonante y lejano, y tocarse muchas veces y con lentitud el bigote, con el pulgar y el índice como probando su consistencia. "Pensemos en el arte; en el arte sin ir más lejos", decía Tomatis. "Para justificarlo le adherimos la explicación de que es útil; pero en realidad no sabemos de qué se trata." "La literatura es lo peor que hay" dijo Pancho, como para sí mismo. "En especial la literatura argentina: está llena de viejos de la calaña de Guido y Spano."

Entonces dice Tomatis:

– No nos olvidemos de Leopoldo: ese pícaro tiene que encabezar la lista,

– Eso es – dice Pancho.

– Bueno – digo yo – . Acábenla.

Media hora más tarde, alrededor de las once y media, descendimos de un taxi frente a los pasillos iluminados de la galería. Recorrimos rápidamente una de las alas, entre los pequeños locales iluminados, envueltos en el sordo estruendo borroso de la música, y nos sentamos en una de las mesas del patio. Había muchísima gente; parloteaba y reía, diseminada en grupos de tres o cuatro alrededor de las mesas de hierro de todos colores. El grupo de la guitarra no estaba. Tomamos café.

– Sin embargo – dice Pancho –, ir a la playa no fue todo lo que hicimos el verano pasado.

– ¿Qué estás tratando de inventar? – le digo yo.

Pancho se toca la frente con aire confuso;

– No – dice – . En serio. Yo decía algo que no tiene nada que ver con la playa. Lo de la playa está bien; lo recuerdo perfectamente. Tengo prácticamente en blanco el otro período. Es bastante desagradable.

Ninguno de los tres dice nada; Pancho continúa tocándose la frente, y haciendo gestos de confusión. Habla como para sí mismo.

– Es bastante terrible – dice – . ¿Nunca les pasó? Deben ser los efectos del

shock insulínico.

–No, hombre – dice Barra– . Qué va a ser.

Pancho alza de golpe la cabeza: los ojos le brillan furiosos y terribles. La sangre afluye rápidamente a su rostro pálido y áspero.

–Con vos no es la cosa – dice, mirando fijamente a Barra, haciendo gestos con la mano– . Bueno. Con vos no es la cosa.

Tomatis hace un rápido ademán, dejando con estrépito el pocillo de café sobre el platito.

–Bueno – dice.

Pancho se echa sobre el respaldo de la silla; sus facciones se distienden y cuajan en una creciente sonrisa.

–Se me hace tarde. Me voy – dice Barra, poniéndose de pie.

Entonces Pancho lo mira nuevamente, de un modo súbito también, y la sonrisa desaparece de su rostro, que ha adquirido ahora una expresión como de temor y sorpresa.

–Hasta mañana – dice Barra, y comienza a alejarse sorteando las mesas. Tomatis golpea lentamente, manteniendo un ritmo regular, con expresión pensativa, la cucharita de café contra el pocillo. Barra desaparece por la ancha boca del pasillo iluminado.

Estuvimos varios minutos sin decir palabra. Yo escuchaba la música. No sé en qué estarían pensando los otros. Pancho se hallaba con las piernas estiradas debajo de la mesa, encogido sobre su silla, sosteniendo el mentón con la palma de la mano derecha, el codo derecho asentándose sobre la palma de la mano izquierda, el brazo izquierdo doblado a la altura de la barriga. Tomatis observaba la ruidosa gente que mataba el tiempo charlando en el patio. Nuestras miradas no se cruzaron ni siquiera una vez sola.

En eso Pancho se pone de pie rápidamente y nos dice:

–Vuelvo en seguida. No se vayan –y sale dando grandes trancos entre las mesas, desapareciendo por la boca del pasillo iluminado.

Todavía permanecemos un par de minutos sin decir nada.

–Bueno – dice por fin Tomatis, suspirando.

–Va a traerlo – digo yo.

Tomatis se pasa la mano por la frente en un gesto de cansancio.

–Mañana no trabajo – dice. Tomatis y Barra pertenecen al cuerpo de redacción del único diario de la ciudad. Barra hizo hace tiempo un par de años de estudios de Derecho en la Universidad Nacional; después abandonó la carrera. Tomatis está inscripto en la Facultad de Filosofía de Rosario y rinde alguna materia de cuando en cuando, muy de cuando en cuando. La facultad le sirve de pretexto para hacerse alguna escapada mensual a Rosario. El y Barra trabajan hace como cinco años en el diario, aunque en realidad a ninguno de los dos le interesa la profesión. Están en otra cosa: Barra, por ejemplo, se interesa por el cine, aunque creo que hasta él mismo sabe conscientemente que esa dudosa vocación le sirve en gran medida de pretexto para justificar el tiempo que pierde. A Tomatis lo único

que parece interesarle seriamente es la literatura. De todas maneras, a él no le queda más remedio que trabajar en el diario, porque a esta altura, y como van las cosas, en este país la literatura no es una profesión: es una changa.

—Pancho está echándose a perder con tanto psicoanálisis —le digo a Tomatis.—

—Sí —dice Tomatis—. Se va a arruinar la salud.

—Sin embargo, lo pensás seriamente. No querés decirlo por pura lealtad.

—Gracias por echármelo en cara —sonríe Tomatis con dulzura.

Entonces me inclino hacia él a través de la mesa. La música resuena sorridamente en el patio; la gente ríe y parlotea.

—¿Qué te parece si mañana temprano, a las seis, nos tomamos el ómnibus y nos vamos a pasar el fin de semana a Colastiné? La costa está estupenda, me han dicho.

Tomatis suspira.

—Estoy terriblemente fatigado —dice, tocándose la frente con la palma de la mano—. Estoy terriblemente fatigado.

Estuvimos allí hasta las doce y media. La gente empezó a irse y el ruido disminuyó. Pero nosotros no teníamos ganas de hablar. Daba lo mismo que hubiese o no silencio. En todo el tiempo cruzamos alguna que otra frase perdida. Nosotros podemos estar juntos en silencio, durante largo tiempo, y no sentirnos incómodos por eso.

Alrededor de las doce y media regresaron Pancho y Barra; venían conversando con gran animación.

—Estuvimos charlando con una ginebra de por medio —dice jovialmente Barra al detenerse junto a la mesa.

—Nos alegramos —dice Tomatis.

Pancho y Barra permanecen un momento de pie junto a la mesa, mirándonos sonrientes.

—¿Una ginebra? —dice Pancho; y sin consultar golpea las manos y rodea la mesa para sentarse, mientras el mozo se aproxima hacia nosotros—. Cuatro ginebras con hielo —dice Pancho, sentándose. El mozo se aleja hacia el bar. Barra se sienta; el silencio continúa, pero ahora se trata de un silencio incómodo.

En eso Pancho se remueve lenta y nerviosamente sobre la silla y, mirándome, pregunta:

—¿Decidiste lo de Córdoba?

—Todavía no —le digo.

—Dame la respuesta mañana. Estuve hablando con Barra. Tal vez me acompañe.

—Perfectamente —le digo—. Mañana te contesto.

Debo aclarar que fue con Barra, durante la semana de las fiestas. Ese viaje trajo bastante complicaciones. Estela, la mujer de Barra, quiso separarse de él a raíz del asunto. Como sus vacaciones no le correspondían hasta marzo, de acuerdo a los turnos distribuidos entre el personal, Barra pidió diez días de licencia sin goce

de sueldo. La mujer de Barra puso el grito en el cielo; tuvieron una pelea descomunal antes de que Pancho y Barra salieran para Córdoba. Estela le juró que se iba a matar si él se iba. Barra le contestó que le parecía una idea excelente. Estela no se mató: eligió un camino completamente diferente: sedujo a un pibe de unos dieciocho años, alumno de ella en el colegio secundario, donde dicta clases de psicología, y lo trajo a vivir con ella durante los diez días en que Barra estuvo afuera. Todo eso haciendo gran ostentación en el barrio, de tal manera que al tercer día ninguna respetable ama de casa de tres cuabras a la redonda le dirigía el saludo. Durante esos días en que Barra estuvo afuera, Estela se encontró con Tomatis en el centro y le pidió que la acompañara hasta la casa. Esto me lo contó el propio Tomatis. Dice que llegaron ("la noté rara desde el principio, me dijo; después me di cuenta de que estaba un poco borracha") y que ella llamó al pibe ("Ricardito, amor, bajá que hay visitas", dice que gritó melosamente asomándose a la escalera de la planta alta) y que lo sentó junto a ella en un diván, y que lo acariciaba y lo besaba, acomodándole el pelo y la ropa delante de Tomatis, dando muestras de gran cariño. Dice Tomatis que mientras él estuvo presente, Estela se tomó tres cuartos de botella de ginebra. "Yo, Carlitos", le decía, dice Tomatis, "siento compasión por toda la humanidad. No soy una cualquiera: soy una profesora de psicología, y siento compasión por toda la humanidad". Dice que el pibe la miraba con ojos muy abiertos, como aterrorizado, sin decir palabra. "Parece que si se quedó todo ese tiempo en la casa fue porque le tenía miedo", me dijo Tomatis. "Él anda diciendo por ahí que no tenemos hijos porque yo soy estéril", dice que le dijo Estela después. "Bueno. Te lo puedo decir: él es el estéril. Él es el que anduvo con putas. Él es el que no puede tener hijos". Después miró furiosamente al pibe: "Anda para arriba. Carlitos se queda a cenar conmigo. Tenemos que hablar. ¿No es cierto, Carlitos?" El pibe subió al piso alto y ahí se quedó el resto de la noche. "Yo tenía la impresión que estaba echado de panza en el piso del dormitorio", me dijo Tomatis, "con el oído pegado al suelo, tratando de oír lo que nosotros hablábamos, con el corazón en la boca". Estela insistió para que se quedara a comer. "No me dejes sola, Carlitos. Estoy tan aburrida, ¡qué barbaridad! A ese chico no lo aguanto". Después se aproximó a Tomatis y le habló en voz baja como si le contara un terrible secreto: "Estuve todo el año caliente con él. ¿Es un Adonis, no es cierto? Pero es terriblemente obtuso al mismo tiempo. Es incapaz de pronunciar correctamente la palabra *psiquis*. ¿Hace falta una técnica especial, no es cierto, Carlitos?" Entrecerraba los ojos, echando la cabeza hacia atrás, como en éxtasis, degustando y demorando las sílabas y los sonidos. "*Psiquis. Psiss... iquis*". "Bueno, pero ese no es el caso, Carlitos. ¿Un poquito más de ginebra? ¿Sí? Sí, hombre, un poquito". "Yo le dije (medio en broma, medio en serio, aunque después me arrepentí). "No termines proponiendo que nos acostemos", me dijo Tomatis. "Ella me miró sorprendida por un momento, con los ojos muy abiertos, y después se echó a reír: "Buena idea — me dijo—. Estoy hasta la coronilla de hacerlo tres veces por semana con mi marido. Y él también está hasta la coronilla". Después hizo silencio y me miró, dijo Tomatis. "Sos un vago de primera, vos, Tomatis", me

dijo. "¿Cómo marcha esa literatura? ¿Cuándo vas a dar con el gran tema para que Alfredo (Barra) lo ponga de una vez por todas en imágenes? En imágenes: es la jerga de mi marido". "Después pasamos a la cocina, dijo Tomatis. Ella hizo unos bifés y unos huevos fritos. Yo la miraba trabajar pensando que mil años antes, dos, tres, cinco mil años antes, Estela había estado también en una cocina, friendo unos huevos, paseando silenciosamente por un recinto sombrío de piedra gris, y ahora estaba todavía ahí, de donde salía accidentalmente tres horas semanales para hablar frente a treinta adolescentes distraídos, desinteresados, tratando de enseñarles a pronunciar con la debida corrección la palabra *psiquis*. Pero pensaba también (en ese momento, mientras freía los huevos, se hallaba sosegada, tranquila, se movía con una pericia singular en la cocina, entre las ollas y los platos, no hablaba casi, parecía haberse olvidado completamente de mí, de Adonis y de su marido) que había algo deliberado en esa monotonía, en esa repetición; algo de lo cual la propia Estela estaba al tanto: en la cocina ella parecía moverse con la mecánica placidez que sólo puede conferir el confort interior de una envolvente y voluptuosa concha marina. Bueno, después comimos, tomamos un litro de vino sobre la ginebra y seguimos con la ginebra después del café", dijo Tomatis. Después regresaron a la sala y se sentaron a escuchar Bach. "No es lo más apropiado", dice Tomatis que dijo Estela. Después alzó la cabeza, señalando la planta alta: "Es una hermosura el muchacho. Lo vi por primera vez en la playa, el verano pasado. Llevaba un short piel de leopardo divino. Te juro que no dormí esa noche pensando en él. Tenía la piel tostada divina. En marzo resultó siendo alumno mío. En seguida, apenas lo vi, me puse a pensar cosas". "No hagas tanta alharaca por nada, Estela – dice Tomatis que le dijo –. Estás tratando de que yo se lo cuente a tu marido". "Por mí puede morirse mi marido" – dijo Estela –. Estoy un poco borracha, ¿no es cierto? Es un espectáculo desagradable. ¿Me vuelvo pesada? No tengas escrúpulo en decírmelo. Si me vuelvo pesada vos me lo decís en seguida, y amigos como siempre. A una mujer no puede pasarle nada peor que ser tildada de pesada". Todo eso no era nada, dice Tomatis. Estaba un poco borracha; no era nada del otro mundo que hablara un poco de más. Después quiso que nos sentáramos en el diván. "Para nada, por sentarnos en el diván nada más". Y antes de que él le respondiera nada, dice Tomatis, ella agregó: "Y no me digas que se te hace tarde, porque eso te desenmascararía: se vería bien que estás adoptando una actitud de superioridad moral". Nos sentamos en el diván, dijo Tomatis. Y ella se echó sobre mí, tiernamente ("para nada; por estar echada sobre el hombro de alguien") y estuvimos así casi media hora. De vez en cuando ella se incorporaba por un momento, me miraba parpadeando preguntándome: "¿Estás cómodo?" "¿No me pongo pesada?", y volvía a echarse sobre mi hombro, fumando pensativa; mandándose un largo trago de ginebra de vez en cuando. Finalmente la sólida Suite Inglesa terminó; en la habitación no quedaron más que un par de frágiles personas humanas, dijo Tomatis. "¿Puedo aflojarte el nudo de la corbata?", me dijo. "Estoy terriblemente excitada". "Yo, en cambio –le contesté– estoy *terriblemente molesto*". "¿Estás tirándotelas de santo, ahora?", dijo ella. "Todo lo contrario", le

digo yo. "Bueno", me dice Estela. "Vamonos para arriba entonces". "¿Y Adonis?", le dije yo. "Adonis es el leitmotiv", dice Estela. "Para mí pasó esa época, Estela", le digo yo, me dice Tomatis. Dice que ella entonces le dijo, "Adonis no es ni siquiera capaz de pronunciar correctamente la palabra *psiques*: una puede utilizarlo como le plazca". "Es lo mismo", le dice Tomatis. "Quiero dormir en paz. Ni Estela, ni Adonis, ni nadie, por lo menos de esta manera. Terminaríamos haciéndonos señas por debajo de la mesa, en presencia de tu marido". "¿Tanto desprecias a mi marido como para no molestarte en traicionarlo?", dijo ella. A esta altura de su relato Tomatis se detuvo por un momento. Estábamos en casa. Era la hora de la siesta: hacía un calor pesado y gris y estaba lloviendo sin cesar desde la mañana. El estruendo del agua cayendo sobre los techos de la ciudad hacía más borroso el rumor de la conversación. Carlos se levantó y se aproximó a la ventana; se quedó mirando largamente la lluvia, con aire pensativo. Después regresó a sentarse, suspirando: "En tardes así, como esta – dijo – uno termina reconociendo que no sabe nada". Cambió de tono: "Le pegué" – dijo –. "Dos veces, en la cara. Después nos acostamos. Lo hicimos en el suelo, debajo de la mesa. Uno es capaz de hacerlo en cualquier parte. En eso el sexo es como la muerte: ineludible y momentáneo. Después me sentí culpable, aunque creo que fui demasiado injusto conmigo mismo, porque en realidad, durante esa situación absurda, yo me sentía tan mal como ella". Dice Tomatis que cuando se levantaron y continuaron tomando ginebra y charlando, y escuchando música de Bach, una Sonata para violín, dice Tomatis, ella lo miró y le dijo: "Yo no soy una cualquiera, soy una profesora de psicología y te lo puedo decir: siento compasión por toda la humanidad". Eso era casi a las dos de la mañana. "Mañana es Nochebuena", comentó Estela "Mañana voy a agarrarme una tranca de primera", le dije yo, dijo Tomatis. "No te vayas, Carlitos", dijo Estela. "Tengo que irme. Trabajo mañana". "No te vayas. Acostémonos. Vayámonos juntos a cualquier parte. Vámonos a vivir la vida". "¿Qué vida"?, dice Tomatis. "No te hagas el cínico, Tomatis: la vida es hermosa". Me acompañó hasta la puerta, dijo Tomatis cuando me lo contaba. "Anda. No te vayas. No me dejes sola con ese estúpido". "Tengo que irme, Estela". "¿Con quién vas a pasar Navidad?", me dice. "Con mi gente", le digo yo. "Tu gente es toda una familia. Hay que desintegrar la familia", dice Estela. "Es verdad", le digo yo. "Pero tengo que irme". "Yo estoy sola". "Hasta pronto, Estela. Feliz Navidad". Entonces ella me agarró del brazo, dijo Tomatis. "No te vayas", me dijo. "Tengo que irme", le digo. Ella me soltó y me miró con furia: "Hijo de puta. Porquería", murmuró. "Sí. Sí. Lógicamente", le dije. "Buena suerte, Estela. Hasta mañana". Salí a la calle y comencé a caminar bajo los quietos árboles. Era una noche espléndida. Ella salió detrás mío, se paró en medio de la vereda, y empezó a gritar: "¡Se lo voy a contar a mi marido! Y... Y... ¡Se lo voy a contar todo! ¡A mi marido!" No me di vuelta. Caminé una cuadra y al doblar la esquina Estela seguía gritando todavía.

Eso fue lo que me contó Tomatis. Cuando Barra regresó Adonis estaba todavía en la casa. Era la madrugada del seis de enero. Barra se lo contó a Pancho y Pancho, por supuesto, en seguida, me lo transmitió a mí. Barra entró, encendió la

luz del dormitorio, y ahí estaban los dos en la cama de matrimonio, uno junto al otro, durmiendo. Era pleno enero: una noche de calor pesado; las ventanas estaban abiertas. No hacen falta, en esas noches, ni frazadas, ni sábanas, ni nada. En esas noches el roce de una seda delicada lastima ásperamente la piel. Las noches de enero son lentas y ardientes, difíciles de soportar. "Bueno", dijo Barra al ver el cuadro; y golpeando las manos gritó: "¡Arriba todo el mundo!" Adonis fue el primero en despertar; abrió los ojos con gran asombro y espanto y se quedó sentado en la cama. "Póngase un pijama" le dijo Barra. "¿Quién es usted?", preguntó Adonis. "El marido", dijo Barra. "La ley me ampara. Puedo matarlo y salir inmediatamente en libertad". Estela roncaba. Comenzó a moverse incómoda en ese momento. El pibe dio un salto y quedó de pie junto a la cama: "Yo no tengo la culpa, diga. Fue ella la que me trajo — dijo —. Yo no sabía que era casada. Me dijo que era separada. Además estuvo aquí con otro tipo la semana pasada". Estela dejó de roncar y entreabrió los ojos. "Pongase un pijama le digo", dijo Barra. "No tengo pijama". El pibe estaba a punto de llorar. Tenía un susto terrible. "Yo no me las tiro de vivo, diga", murmuró. "Échalo a la calle, Alfredo", dijo Estela lentamente. "Es terriblemente ordinario. Estuvo conmigo toda la semana". "Yo no soy un vivo", dijo Adonis. Al fin se vistió y se fue. Estela, continuó durmiendo. Barra se desvistió y se acostó. A la mañana siguiente Estela preparó un desayuno ejemplar: jugo de naranja, leche fría, queso de cabra que el propio Barra había traído de Córdoba, uvas y melón frío. Se lo llevó a Barra a la cama: "Estoy segura de que sos incapaz de separarte de mí", le dijo. "Yo tampoco soy capaz de una cosa semejante. No te hagas más problemas sobre el asunto. Me has engañado muchísimas veces desde que estamos casados con mujeres que otros hombres no tocarían ni con una caña. Esta uva es moscatel. Es deliciosa. No dejes de probarla".

Así fue como me contaron las cosas Pancho y Carlos Tomatis. Pero eso sucedió casi dos meses después de la noche en que nos habíamos juntado porque Pancho acababa de regresar de Buenos Aires. Esa noche, después que nos tomamos un par de ginebras (cada uno, se entiende) nos levantamos por fin para ir a ver el varíete del "Copacabana". Tomamos un taxi frente a la entrada misma de la galería y descendimos bajo el resplandor rojo y verde del letrero luminoso del cabaret. Como el barrio es algo desierto y silencioso, si bien no está nada lejos del centro, la música del cabaret se oye siempre desde por lo menos una cuadra a la redonda. El "Copacabana" es un galpón largo, frío y rectangular. La pista rectangular está separada del espacio donde se hallan esparcidas las mesas por medio de una baranda de caños, pintados de todos colores, con cuatro aberturas, una por lado, destinadas al acceso de las parejas. Las mesas se hallan dispuestas junto a la baranda, en una o dos hileras. En uno de los extremos del salón se abre un escenario de tipo italiano, ocupado por un piano vertical y abarrotado de sillas y atriles. En la pared del fondo del escenario hay un terrible mural pintado al parecer por un pintor de brocha gorda que representa un morro, con un caserío en el fondo, una palmera, ingenuamente fálica, y la correspondiente pareja de negros bailando. El salón está iluminado por luces indirectas, rojas, verdes y azules, como

las del letrero luminoso de la fachada exterior. Ese tipo de iluminación crea una penumbra incómoda y por esta misma razón inquietante, en medio de la cual nada puede percibirse ni ocultarse completamente.

El techo del salón es altísimo, como el de un depósito o el de una iglesia. Tanto el lugar como los clientes, o como el personal o los números del varíete, son especiales para hacer que el tipo más o menos inteligente que va al "Copacabana" experimente de un modo constante la sensación de que está pasando una noche horrible.

A veces me río para mis adentros cuando oigo decir a alguien que se ha divertido en el cabaret. Ningún tipo con dos dedos de frente puede ir seriamente a buscar diversión a un cabaret. No hay lugar en la tierra más aburrido que el cabaret, además de ser un estilo de espectáculo completamente pasado de moda. Ir al cabaret entre nosotros (me estoy refiriendo a Tomatis, a Barra, a Pancho y a mí, o a cualquiera de los otros muchachos) significa ir a un lugar que permanece abierto después de media noche, cuando todos los otros lugares están cerrados, un local del que no pueden echarnos hasta después de las cinco de la mañana. El único encanto que puede tener un lugar como el "Copacabana" es la posibilidad que ofrece de escuchar algunos viejos tangos que debido al flujo y reflujo de la moda de la música popular no se tocan en otro lado.

Entramos. Estaba semidesierto, como de costumbre. La orquesta (un violín, un bandoneón, un piano) ejecutaba "Rosas de otoño". Al otro lado de la pista había tres mesas ocupadas; del lado que nos sentamos nosotros sólo una, aparte de la nuestra. Era un hombre solo, muy flaco, al parecer de más de cincuenta años, vestido con un traje claro, visible en la penumbra, y un sombrero con el ala doblada sobre la frente. Observaba silenciosamente a una pareja que recorría la pista girando sin cesar al compás del vals. En su mesa había una botella de vino, sumergida en un baldecito de hielo. Nos miró atentamente cuando entramos: su cabeza giró y mantuvo su rostro fijo hacia nosotros. Yo vine a quedar enfrente de él, de modo que pude observar cómo nos contemplaba de vez en cuando como si tuviera interés en decirnos algo.

Cuando vino la camarera le pedimos una botella de vino blanco. La mujer, una rubia gruesa de edad bastante imprecisa, nos miró con un aire maternal y desconfiado.

—¿Y la pelirroja? —dijo Pancho tocándose el brazo con la mano después que la camarera se alejó.

—No la veo —respondí.

—Me excitan las pelirrojas —dijo Pancho, volviendo a pasear indolentemente su mirada por la pista.

En eso veo que el tipo flaco de la mesa vecina le toca el hombro a Tomatis que le daba la espalda. Tomatis se dio vuelta y el tipo le dijo algo, señalándole un cigarrillo que sostenía en la mano derecha.

—¿Nadie tiene fuego? —dice Tomatis, entre el estruendo de la música—. Aquí el señor quiere fuego.

Le alcancé a través de la mesa mi encendedor. Tomatis se lo entregó. El tipo encendió y a la luz de la llama alcancé a ver su rostro: un rostro nervioso y chupado, pero ingenuo. Después que apagó la llama alzó un poco el encendedor, como para observarlo mejor a la escasa luz. Le dijo algo a Tomatis. Tomatis se encogió de hombros, recibiendo el encendedor de manos del tipo.

– Dice si es de oro – dijo Tomatis.

– No – le digo yo –. Es dorado nada más.

Tomatis le dijo algo y el tipo hizo un gesto desmesuradamente afirmativo y después continuó mirando a la pareja que giraba sin cesar al compás de "Rosas de otoño".

Después que la camarera rubia nos trajo la botella de vino, sumergida en un baldecito idéntico al de la mesa de al lado, y la cobró (trescientos pesos, los pagó Pancho, separando minuciosamente tres billetes de cien de un fajo bastante abultado, que la camarera alcanzó a distinguir, cambiando de golpe la actitud hacia nosotros). Desde ese momento empezó el desfile de chicas a la mesa. Vinieron cuatro, que regresaron por donde habían venido, una por vez, y cada vez que una de ellas se aproximaba el tipo de la mesa de al lado se volvía hacia nosotros y escuchaba el diálogo con una sonrisa de interés y expectativa. Se veía que tenía unas ganas bárbaras de sentarse con nosotros.

Después se encendieron las luces de la sala y dio comienzo el varieté.

– Ahora viene lo bueno – dijo entonces el tipo de al lado, moviéndose impaciente sobre la silla. Me miró y me guiñó el ojo, cabeceando hacia la pista.

Entonces pude verlo con mayor precisión: tenía el cuello de la camisa abrochado, pero no llevaba corbata; el rostro amarillo y tierno, unos labios finos, las mejillas ajadas y rasuradas y unos ojos pequeños y sumisos, inquisitivos.

– ¿No es cierto, muchachos? – repetía –. ¡Ahora viene lo bueno!

Y guiñaba el ojo, cabeceando con una expresión entendida y connivente hacia la pista; excepción hecha de mí, que me hallaba sentado frente a él, nadie le hacía caso. Yo trataba de responder en la mayor medida posible a su comunicatividad, pero confieso que no estaba con buena disposición de ánimo para eso. En cuanto a Pancho, Barra y Tomatis, ninguno decía nada: los tres parecían hallarse ensimismados y taciturnos y Tomatis tenía un aire soñoliento y melancólico.

El varieté contaba con cinco números. Un dúo vocal centroamericano: una mujer de unos cuarenta años, gruesa, que llevaba un vestido muy ajustado lleno de lentejuelas, de color rosa, y un hombre bajito, de aspecto raro, con una gran dentadura, como la de un caballo, que quedaba al descubierto apenas abría la boca: se hallaba vestido con unos zapatos combinados, bastante viejos, blancos y negros, un pantalón negro, y un smoking celeste de tela ordinaria. El hombre tocaba la guitarra y la mujer sacudía torpemente unas maracas; no daban con el tono de voz adecuado, se confundían al principio de cada estrofa, se olvidaban de la letra de las canciones, y en un momento dado, cuando quisieron cambiar de lugar, efectuando una especie de esbozo coreográfico, para quedar parado uno en el sitio en el que hasta entonces se había hallado el otro, el vestido de la mujer se enredó en el cable

del micrófono, desgarrándosele un penacho de gasa que llevaba en el ruedo y haciendo trastabillar ruidosamente el micrófono, todo de un modo tan lento y complicado que debieron interrumpir por un momento la canción que se hallaban cantando. Aproximadamente en la mitad de la primer canción, un poco después del incidente, Pancho y Barra comenzaron una chachara interminable, inclinándose uno hacia el otro, hablando en voz un poco más baja que lo normal y haciendo amplios gestos con la mano, de un modo tan descarado que el tipo de la guitarra comenzó a mirarlos nerviosamente de reojo, sin suspender su sonrisa profesional, que dejaba al descubierto sus grandes dientes amarillos de caballo, y la mujer clavó definitivamente su mirada en nuestra mesa, con una expresión de creciente cólera.

El segundo número del varíete era una bailarina española, Amparo de Sevilla, vestida, como es corriente, con un amplio vestido de cretona ordinaria, lleno de volados. Su indumentaria se complementaba con un rulito engominado sobre la frente, un gran clavel rojo entre los pechos, las castañuelas, etcétera, y a pesar del tremendo estruendo que creó su paso por el salón, no pudo lograr que Pancho y Barra interrumpieran su súbita y animada conversación, así como tampoco logró interrumpirla una bailarina tropical que era el tercer número del varíete, y que apareció dando unos pasitos cortos y arrastrados por la pista, llevando como única indumentaria un corpiño y una bombachita de un raso verde bastante desvaído, llenos de lentejuelas, y un tocado de plumas de todos colores en la cabeza: era, para decir la pura verdad, bastante vieja, y bailaba asimismo bastante mal, y como si no bastara con que su piel fuese repugnantemente blanca, tono completamente pasado de moda para la piel femenina, y algo ajada y flácida, no había tenido el cuidado de ocultar la cicatriz de una operación que dividía su vientre, cicatriz cuya presencia descomponía de un modo definitivo y total todo el espectáculo.

El cuarto número del varíete era un bailarín folklórico que zapateaba un malambo, y lo cómico del asunto, en lo que se refiere a Pancho y a Barra y a su dichosa conversación, fue que al finalizar el número, antes de que comenzara el próximo, me incliné hacia Pancho para preguntarle si él también había advertido que el bailarín tenía cierto parecido físico con Tomatis (algo cargado de hombros, una cabeza de forma rara, la nariz ganchuda, los ojos separados entre sí como los de una ballena), y entonces tuve la sensación de que Pancho y Barra no sólo habían estado conversando sin atender el espectáculo, sino que ni siquiera se habían dado cuenta de que el espectáculo había tenido lugar, porque cuando le hice la pregunta Pancho se volvió bruscamente hacia mí, me miró con los ojos muy abiertos, con expresión de sentirse realmente sorprendido, y me preguntó: "¿Qué bailarín folklórico?", mirándome sin parpadear durante un largo momento.

Solamente cuando se presentó el número central del varíete, Pancho y Barra se callaron la boca, cambiaron de posición sobre sus sillas y se dedicaron a mirar el espectáculo, una joven de unos veinticinco años, graciosa y bien formada, cuya especialidad era el *streak-tease*, que se presentó vestida de pies a cabeza con un traje de novia hecho de una tela transparente, con las manos juntas en actitud de quien

se encuentra rezando, y caminando con gran lentitud, entonando con unas modulaciones infantiles, buscadas deliberadamente, las estrofas de una canción picaresca que hablaba de una novia abandonada la noche misma de la boda, antes de que la cosa sucediera; la letra explicaba que la chica se ponía a disposición de quien quisiera realizar el trabajo, y después dejaba de cantar y comenzaba a despojarse de sus prendas con exasperante lentitud, amagando dos o tres veces con cada una antes de sacársela, hasta quedar con una estrella pequeñísima, dorada, sobre cada uno de los pezones, y otra de mayor tamaño en el pubis; a esa altura las luces se encendieron y se apagaron tres o cuatro veces, y el tambor redobló en el escenario para dar la sensación de climax, y entonces la chica se cubrió con una capa completamente transparente y dio una vuelta a la pista, en cuyo extremo se detuvo, y en medio de los compases de la "Marcha Nupcial", resonando pesada y paródicamente, se volvió hacia el público, arrojó un beso con la mano, estirando el brazo y haciendo una leve genuflexión, y salió al trocico para los camarines.

A todo esto el tipo de la mesa de al lado demostraba un entusiasmo singular: se movía nerviosamente sobre la silla, decía cosas que la música impedía escuchar, se volvía hacia mí guiñándome repetidas veces el ojo, cabeceando hacia la chica con expresión picara y connivente. Pancho y Barra miraban sonriendo el espectáculo. Tomatis dormitaba. Cuando la música cesó y las luces se apagaron, devolviendo la semipenumbra al local, Tomatis se despertó como sobresaltado.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —dijo.

Los músicos dejaron sus instrumentos en el escenario y bajaron al salón para descansar. Se hizo un momento de silencio en todo el salón que interrumpió la risa prolongada y áspera de una de las chicas. El tipo de la mesa de al lado se levantó, con la copa en la mano y se aproximó a la mesa; por la manera de caminar me di cuenta de que estaba un poco ebrio.

—Buenos noches, muchachos —dijo de un modo entusiasta, apoyando su mano sobre el hombro de Tomatis. Carlitos lo miró, dejando caer levemente la cabeza hacia un costado—. ¿Cómo marcha la cosa?

—Bien, nomás —dijo Tomatis.

—Gorosito, a sus órdenes —dijo el tipo.

—Mucho gusto —dijo Tomatis.

—¿Qué le pasa? —dijo Pancho, como emergiendo de una honda meditación, sin mirarlo, alzando más bien la cabeza hacia la pista.

—Pancho —dije yo— El señor Gorosito.

—Gorosito, a sus órdenes —dijo el tipo.

—Bueno, está bien —dijo Pancho.

El hombre oscilaba ligeramente, sosteniendo la copa con una mano, la otra apoyada sobre el hombro de Tomatis. Nadie decía nada.

—¿Andan de garufa, muchachos? —dijo tímidamente.

—Eso es —dijo Tomatis.

—No, claro —dijo el tipo; se inclinó más hacia mí, al advertir que yo era el

único que le prestaba cierta atención—. En mis tiempos era diferente, se lo puedo asegurar.

—¿Si? —le dije yo.

—Seguro —dijo él—. Era otra gente, viejo.

Entonces Pancho se inclina hacia mí, de costado me toca el brazo y dice:

—¿Quién es este tipo?

—Qué se yo —le digo.

—Me pone nervioso ahí parado —dice Pancho.

—Ya pasaron esos tiempos, mi amigo —dice el tipo.

—¿Qué tiempos? —dice Pancho, alzando la cabeza hacia él, invadido por un real y súbito interés.

—Ustedes ni siquiera habían nacido —dijo el tipo, y viendo el interés inesperado de Pancho se separó de Tomatis y vino hacia nosotros—. Aquello sí que era diversión.

Pancho hizo una especie de espiral en el aire, con el dedo, con lo cual señalaba el local.

—¿En el cabaret? —preguntó.

—En todos lados. Y antes de que yo naciera también, según sabía contarme mi finado padre —miró a su alrededor con gesto de repugnancia—. Antes el tango se bailaba de corazón —dijo—. ¿Me puedo sentar un ratito con ustedes, muchachos?

—Cómo no, don —dijo Pancho—. Déle. Siéntese nomás.

Su rostro adquirió una expresión de brillante satisfacción; dejó cuidadosamente su copa sobre la mesa, inclinándose en forma exagerada, y dijo:

—En seguida.

Fue hasta su mesa y arrastró de vuelta una silla, caminando ligeramente, dando saltitos. Colocó la silla con gran entusiasmo, entre Pancho y yo. Cuando estuvo sentado se dio unos golpecitos sobre la rodilla, con aire de satisfacción; después alzó su copa y tomó un trago. Los cuatro lo mirábamos. Cuando dejó de tomar, sosteniendo todavía la copa en la mano, la sonrisa desapareció de su rostro, pareció sentirse completamente confundido, y carraspeó tres o cuatro veces.

—Andamos con el ánimo por el suelo, don —dijo Tomatis, suspirando.

El tipo aprovechó la grieta para colarse.

—¿Problemas con las mujeres, muchachos? —dijo, mirándonos, buscando en especial conversación con Pancho debido al interés demostrado por éste un momento antes—. Por eso yo soy soltero. Me fui quedando, quedando, y aquí me tienen, sin problemas, solterito.

—Es una suerte —dije yo, al ver que nadie le respondía—. Esta gente es muy amarga —dije sonriendo, señalando a los muchachos.— Siempre son así.

—En mis tiempos era diferente, se lo puedo asegurar —dijo el tipo—. Y antes de que yo naciera, según sabía contarme mi finado padre, mucho mejor. Era gente de otra pasta.

—Antes el tango se bailaba de otra manera, ¿no es cierto? —le dije.

– Efectivamente – dijo el tipo – . Y la juventud era otra cosa.

– ¿Otra cosa? – le dije – . ¿Cómo otra cosa?

El hombre dudó; meditó, y creo que se puso un poco colorado.

– Y – dijo – . Otra cosa.

Está demás decir que Tomatis había recommenzado a dormitar y Barra observaba distraídamente el salón, acariciándose el duro bigote con los dedos. Pancho se puso de pie.

– Voy al baño – dijo. Al baño se va en el "Copacabana" por una pequeña puerta abierta junto al escenario; el alto y lento cuerpo de Pancho se dirigió al baño, y al pasar frente al escenario pálidamente iluminado resaltó como un escorzo sombrío. Pancho iba tocándose la cara con la mano, cargado de hombros, la cabeza caída, en una actitud como pensativa.

– ¿Qué hora es? – preguntó Barra. Al efectuar la pregunta volvió el rostro hacia nosotros, y en seguida, sin siquiera esperar la respuesta, continuó mirando el salón, tocándose el bigote, como si tratara de olerse los dedos. El tipo sacó trabajosamente su reloj de bolsillo, lo abrió, y echándose para atrás lo elevó acercándolo a su rostro, para tratar de ver la esfera en la atenuada penumbra. Con voz vacilante respondió que eran las dos pasadas.

– Yo vengo aquí casi todas las noches – dijo después, con aire raro.

– Cierto. Le encuentro cara conocida – le digo yo.

– Pero me aburro – dijo el tipo – . No es como antes, cuando yo era joven. Qué mujeres. Cómo bailaban, se lo puedo asegurar. Ahora, ¡qué! ahora no es nada en comparación con aquella época.

Se inclinó hacia mí haciendo gestos de complicidad:

– Yo no dormía nunca – dijo – . Había un patio con una glorieta, en el sur. Se bailaba las veinticuatro horas del día. Dos por tres el baile terminaba con

un finado. ¿Ahora? – dijo, con aire de superioridad – . Qué me van a venir a hablar de diversión. Hace por lo menos desde el año cuarenta que no me divierto en ninguna parte, se lo puedo asegurar.

Me tocó el brazo cabeceando hacia Tomatis. Carlitos dormía, apoyando el codo en la baranda y sosteniéndose la cabeza con la palma de la mano.

– Fíjese – dijo el tipo – . Eh, mi amigo – le gritó. Tomatis ni siquiera se movió – . Eh, oiga, oiga, diga – dijo el tipo. Como Tomatis seguía sin responderle el tipo se paró torpemente, y lo tocó inclinándose hacia él a través de la mesa.

– ¿Qué? – dijo Tomatis, despertándose.

– No se duerma, mi amigo – dijo el tipo.

Tomatis bostezó.

– No – dijo – . No dormía.

– Bueno – dijo el tipo, disponiéndose a sentarse. Tomatis apoyó nuevamente el codo sobre la baranda y la cabeza en la palma de la mano. El tipo se inclinó de nuevo hacia él – . No. No – le dijo, sacudiendo el índice delante de él, como reprendiéndolo.

– No, si no dormía – dijo Tomatis, con voz soñolienta.

–Che, Tomatis – digo yo– . Dice el señor que no te duermas.

–Apenas suba la orquesta típica –le prometió el tipo a Tomatis– voy a bailar un tango.

–Perfecto –dijo Tomatis– . Está en su casa.

–Pero como se bailaba en mis tiempos –dijo el tipo.

–Mejor todavía –dice entonces Tomatis– . Nos trasladaremos gracias a usted a los limbos de nuestra tradición.

En eso Barra da un golpe suave sobre la mesa y con la palma de la mano.

–Creo que me voy a ir –dice.

El tipo estaba por alzar su copa de vino de sobre la mesa en ese momento; se volvió rápidamente hacia Barra.

–¿Se va? Pero no mi amigo, quédese –dijo sacudiendo pesadamente su flaca mano ante el rostro de Barra. Ahora vamos a pasar un buen momento. Ahora va a ver cómo se baila el tango de puro corazón. Este punto –se golpeó el pecho suavemente con la palma de la mano– va a dar cátedra esta noche.

–Es que mi mujer me espera –dice entonces Barra.

–Ah, si se trata de eso –dijo el tipo con suma gravedad– yo no voy a retenerlo, viejo, se lo puedo asegurar.

–Pero no –salta Tomatis – si no tiene nada que ver la mujer con el asunto.

–Realmente –dice el tipo– . Si el hombre es casado y tiene sus obligaciones.

–Qué va a tener obligaciones –dice Tomatis– si es un atorrante. Dígale que se quede. –Se volvió hacia Barra– . Me extrañaría mucho de vos, Alfredo –dijo– hacer un desprecio al hombre justo cuando va a bailar el tango de puro corazón.

–Había un patio que le decían la "Glorieta" –dice el tipo– . Yo he estado bailando veinticuatro horas seguidas, sin parar, con la misma pareja. Empezamos a la tardecita de un sábado y terminamos el domingo a la noche.

–Una especie de fakirismo –dice Tomatis.

El tipo ni siquiera lo oyó; se inclinó trabajosamente hacia la mesa y alzó su copa; bebió un trago largo, minucioso, y se quedó con la copa en la mano.

–¿Actualmente? –dijo– . Por favor. Qué me van a decir a mí de diversión.

Quedó en silencio, como ofendido.

–Bueno –dijo Barra– . Me quedo. Siempre y cuando esta noche no trate de batir su propio record.

El tipo le dio una fuerte palmada en la espalda.

–Así me gusta –dijo.

Pancho apareció de golpe junto a la mesa.

–Habiendo cumplido con las exigencias impuestas por el más inevitable de los tiranos, el cuerpo –dijo, corriendo la silla con el fin de sentarse–Pancho regresa ahora para continuar solazándose en compañía de sus viejos camaradas.

El tipo terminó de beberse su vino y dejó la copa vacía sobre la mesa.

–Claro que sí –dijo– . Todos somos camaradas, muchachos.

Inmediatamente abrazó a Pancho. Este lo palmeó.

–Pancho tiene el placer de expresar su solidaridad con un representante de

la vieja generación – dijo.

– Ahora el señor Gorosito va a bailar con el objeto de demostrar qué hacían durante todo el tiempo nuestros gigantes padres mientras los ingleses desembarcaban en la Patagonia.

El tipo se puso de pie, tambaleándose, tocándose el sombrero.

– A ver – gritó hacia el escenario desierto – . Música, maestro.

Se oyó una risa de mujer en el fondo del salón, detrás mío. El tipo se volvió en esa dirección, miró un momento, alzó la mano con un gesto de ligera perplejidad, y en seguida se echó a reír.

– Un momento, muchachos – dijo. Avanzó hacia la mujer que continuaba riéndose, con tensas carcajadas de expectativa. Me di vuelta y observé en el fondo del salón un grupito de chicas y dos o tres tipos, distribuidos en dos mesas. El tipo se paró junto a la mesa de las chicas, se inclinó hacia ellas y comenzó a hablar en voz baja; su voz se oía como un pesado y trabajoso murmullo. Las chicas respondían con amplias carcajadas. Dejé de mirar.

– No hay ninguna pelirroja a la vista – dice Pancho entonces, apenas me doy vuelta.

– ¿Te fijaste en el bar? – le digo – . Es adicionista.

– No está; hay una vieja – dice Pancho.

– Tal vez esté franco hoy – le digo – . ¿Qué día es? ¿Jueves?

Barra y Tomatis conversaban en voz baja; Barra se hallaba inclinado hacia Tomatis, y escuchaba con la cabeza puesta de perfil hacia él. Tomatis hablaba sin moverse, como en medio de un plácido abandono. Yo alcanzaba a oír fragmentariamente algunas palabras: "...el viejo Borges", "...fantasía. ..", ".. .mayor oposición..."; en un momento dado desvié la cabeza hacia ellos, mirándolos un momento, y vi que Tomatis se acomodaba sobre la silla, como invadido por una súbita energía, y sacudiendo el índice en un ademán vagamente didáctico, dijo, con un tono casi despectivo: "...en su plenitud recoge mágicamente".

– Jueves, sí – dijo Pancho.

– Bueno, a lo mejor está franco hoy – le digo entonces. Y él me dice, paseando la vista por el salón largo y rectangular:

– Estas mujeres van de un lado a otro.

– No – le digo – . Pero la colorada es de aquí. La he visto muchísimas veces por la calle.

– ¿Es homosexual? – pregunta Pancho.

– Anda siempre con una cantante del "Bambú" – le digo – . Viven juntas. Y ella tiene un aire raro. Por supuesto que juraría que es lesbiana. Ya sabes cómo son las mujeres.

– Un exceso en la búsqueda de independencia social – dice Pancho.

– No seas tonto, hombre – le digo yo.

Pancho alza su copa de vino y bebe un trago. Busca al parecer cigarrillos en el bolsillo de su saco.

– ¿Tenés un cigarrillo? – me dice.

Saco el paquete y le doy uno; dejo el paquete sobre la mesa; enciendo el encendedor ante el rostro de Pancho. Este se inclina, con el cigarrillo sesgado en los labios y aproxima el extremo del cigarrillo a la llama. Al chupar la llama crece, y su rostro rasurada, a la luz viva, parece hecho de una áspera roca trabajada descuidadamente. Las cuencas de sus ojos se llenan de sombra. Su amplia frente, un poco húmeda, refleja resplandores recibidos de un modo indirecto. Se echa hacia atrás, lanzando humo por la boca; apago el encendedor y lo guardo en mi bolsillo.

—Nada de tonto —dice Pancho, fumando y mirando la brasa de su cigarrillo—. Es el resultado de su independencia social, y casi siempre...

—¡Muchachos! ¡Muchachos! —se oye la voz del tipo detrás mío, mezclada a las ásperas y prolongadas risas de las mujeres.

Pancho alza la cabeza hacia él, por encima de mi hombro.

—¿Eh? —dice—. Sí, hombre, sí. Ya va —y agrega por lo bajo, mirándome—: Este tipo ya me tiene hasta la coronilla. —Vuelve a mirarlo—. En seguida, don —dice en voz alta.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra —digo yo.

En ese momento los músicos comenzaron a subir lentamente al escenario.

—¡Muchachos! —gritó el tipo, detrás mío. Y en seguida comencé a oír sus pasos arrastrados aproximándose a la mesa. Inmediatamente estuvo parado entre Pancho y yo. Nos puso un brazo en el hombro a cada uno y comenzó a cabecear hacia la mesa de las chicas.

—Ahora voy a bailar con una morocha —dijo.

Fue hasta su propia mesa y trajo consigo el baldecito de hielo con la botella de vino adentro.

—Para tomarlo entre los amigos —dijo, guiñando repetidas veces los ojos, que brillaban en la penumbra como dos amarillas brasas húmedas, con vetas rojizas. Estaba de pie, oscilando ligeramente, con las piernas abiertas, agarrando el baldecito por el borde con una mano y sosteniéndolo por la base con la palma de la otra.

—Muchas gracias —digo yo—. Ya hemos tomado.

—No faltaba más —dijo el tipo—. Somos todos camaradas, muchachos. Lo que es de uno es de todos. —Se inclinó, un poco bruscamente, de modo que una gota de agua fría, del interior del baldecito me dio en pleno rostro—. Y ahora voy a bailar con una morochita, un kilo y medio la piba —dijo. El baldecito se halla peligrosamente inclinado hacia mí.

—Sin duda —dije, empujando el baldecito por el borde para enderezarlo. El tipo advirtió mi gesto, echándose ligeramente para atrás.

—Perdonen, muchachos —dijo—. No quise ofender. No faltaba más. Estoy un poco, ¿eh?, ya me entienden.

Decidió palmearme, con el objeto de mostrarme su gran afecto, de modo que separó la mano que sostenía el baldecito por la base y me dio dos golpes —citos cariñosos en el hombro, resultando que el baldecito, agarrado con una sola mano

por el borde, se inclinó nuevamente hacia mí, en un ángulo peligroso. Cerré los ojos. Cuando sentí que retiraba la mano del hombro volví a abrirlos comprobando que colocaba nuevamente la mano bajo el baldecito.

Ahora los músicos revisaban lentamente sus instrumentos, recogéndolos del suelo; el pianista se hallaba ya sentado frente al viejo piano vertical y tocaba distraídamente unas notas. El tipo volvió rápidamente la cabeza hacia el escenario.

– "La cumparsita", maestro – gritó.

Nadie le hizo caso.

– Eh – repitió – "La cumparsita".

Las chicas rieron detrás mío. El pianista miró hacia el salón pero al parecer no vio a nadie y continuó probando su piano.

– Eh, maestro – dijo el tipo encaminándose hacia el escenario, con el baldecito en las manos –, A pedido: "La cumparsita".

Cuando se alejó unos metros oímos el ruido de un chorro de agua chocando contra el suelo. El tipo se detuvo.

– "La cumparsita" – gritó tímidamente desde donde estaba. Por el tono de su voz se advertía de que tenía conciencia de haber metido la pata, e insistía para arreglar un poco las cosas. La camarera rubia se aproximó rápidamente a él y le dijo algo en voz baja.

– No – respondió el tipo con su voz pesada –. Yo quería que tocaran "La cumparsita".

– De acuerdo, señor. Perfectamente. Pero vaya y siéntese – oí decir a la camarera.

Todos los presentes mirábamos hacia el tipo y la camarera.

– Sí – dijo el tipo con voz tímida y apagada –. Pero yo quería...

– Comprendo – dijo la camarera – Pero ahora va y se sienta.

El tipo volvió, con el baldecito en la mano, y al pasar frente a su mesa lo dejó sobre ella, al parecer olvidando por completo la invitación que nos había hecho un momento antes. Después se aproximó a Pancho y cabeceando hacia el lado del escenario le dijo:

– Son unos hijos de puta.

– Sin duda alguna – convino Pancho.

El tipo siguió viaje hasta la mesa de las chicas, ubicada en el fondo del salón, detrás mío. En el escenario los músicos, el violín, el bandoneón y el piano, terminaron por fin de acomodarse, quedando inmóviles por un momento: el primero se hallaba de pie en el extremo opuesto del escenario en que estaba el piano, el bandoneonista sentado entre los dos. No alcancé a distinguir cuál, dio dos golpes con su zapato en el piso de madera, y en seguida comenzaron a ejecutar "La cumparsita".

Sin embargo el tipo no bailó: apenas el tango comenzó a escucharse regresó a su mesa, se sentó y se quedó inmóvil durante un momento. En seguida se levantó, aproximándose a nuestra mesa; pidió permiso y retiró su copa vacía llevándosela con él. Regresó a sentarse en su propia mesa, quedando completamente inmóvil y

en silencio, moviéndose solamente de vez en cuando para llenar su copa y bebérsela de a cortos tragos.

Nos quedamos en el "Copacabana" hasta cerca de las tres. Cuando estaba a punto de comenzar la segunda sección del variete nos levantamos y nos fuimos. A esa hora se habían ocupado un par de mesas más. El tipo de la mesa de al lado nos corrió hasta la puerta cuando advirtió que salíamos.

– Eh, eh, oigan, diga – nos gritó. Nos detuvimos.

Quedó parado a un metro de distancia del grupo cerca de la puerta de salida, junto al guardarropa.

– ¿Ya se van? – dijo.

– Y, sí – dijo Tomatis –. Ya nos vamos.

– ¿No quieren tomar una botellita de vino? – dijo el tipo.

– No – respondió Tomatis vacilantemente –. Es un poco tarde para nosotros, don. – Y agregó entre dientes –: Mañana tenemos que madrugar para continuar construyendo el sólido edificio de nuestra literatura.

– Al carajo la literatura – dijo Pancho.

– ¿En serio que se van? – dijo el tipo –. Bueno. Buenas noches, muchachos. Y perdonen, muchachos.

– Es una lástima – digo yo –. Nos hubiera gustado verlo bailar el tango como se bailaba en las viejas épocas.

El tipo vaciló antes de responder.

– Fue la morocha la que no quiso saber nada, se lo puedo asegurar – dijo.

– No importa – le digo –. Otra vez será, de todas maneras.

– Claro que sí, muchachos – dijo, dándonos la mano a todos –. Y no se olviden, ¿eh?

No sé en realidad qué era lo que quería que recordáramos. Finalmente, haciendo una especie de reverencia, dijo:

– Gorosito, a sus órdenes.

En seguida salimos. La calle estaba desierta, excepción hecha de un camión y un automóvil estacionados junto a la vereda de enfrente. Comenzamos a caminar hacia el centro, Tomatis, Barra y yo sobre la vereda, Pancho en la calle, haciendo a veces equilibrio sobre el cordón, como un chico.

– Que noche espléndida – dijo Tomatis.

En efecto, era una noche singular, cálida y liviana. En cada esquina maravillosamente iluminada por los faroles del alumbrado público, el empedrado relucía a consecuencias de la humedad. No soplabla brisa. En la lejanía resonaba sordamente el motor de un coche.

– Tengo una idea vaga de un día del mes de enero, a la tardecita – dice entonces Pancho.

– ¿El año pasado? – digo yo.

– Sí – dice Pancho – el año pasado creo.

– ¿Dónde? – le digo yo.

– No sé – dice Pancho –. Sé que era en el mes de enero, a la tardecita, pero

no sé dónde. Han hecho conmigo una limpieza poco efectiva. A propósito, ¿qué es de la vida del gran Conde?

– Estuvo en la ciudad – digo yo.

– Durmió en casa – dice Tomatis.

– Andaba a la pesca de unas cátedras de Psicología – digo yo—. Trabaja un poco por hacer algo, nada más. La familia de Conde está bastante bien; el gran problema son las diferencias políticas. Claro que siempre hay algún otro mar de fondo. Pero son una caterva de reaccionarios. De no ser así, Conde tendría la vida asegurada.

– ¿Qué hacemos mañana? – dice Pancho.

(Debo aclarar que a la noche siguiente volvimos al cabaret, y, a propósito de esto, conviene decir que he notado en todos nosotros una tendencia malsana a repetir nuestras visitas a un lugar determinado. He tratado de explicarme esta singularidad, y he llegado a la conclusión de que se trata de una elección simbólica del pasado, por lo que éste tiene de seguro y voluptuosamente acogedor para nuestra existencia. Enriqueciendo este sentimiento, he podido descubrir que el hábito es la expresión de esa misma tendencia, manifestada crónicamente.)

A la noche siguiente, sin embargo, la cosa fue mucho más divertida, ya que se produjeron cambios importantes en el varieté y comenzó, a raíz de esos cambios, un período nuevo en la vida de Carlitos Tomatis, un período que todavía dura. Tal vez sea conveniente, por esa misma razón, pasar por alto el asunto. Sin ir más lejos, hoy charlamos de la cuestión con Tomatis. Pasé a buscarlo por la redacción. Tomatis se hallaba a punto de terminar y salir. Esperé que redactara los últimos párrafos de una crónica (la redacción es una sala larga, con siete u ocho escritorios de madera, cada uno con su correspondiente máquina de escribir, en actividad desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde), sentado frente a él, del otro lado de la máquina de escribir. Carlitos meditaba cada frase, golpeando nerviosamente el borde del escritorio con los nudillos del índice y el medio, y después castigaba las teclas de su Remington con una especie de descuidada pericia. Cuando terminó la crónica sacó la hoja del rodillo de la máquina de escribir y la leyó, retocándola con una lapicera fuente. Después llevó la crónica al despacho del jefe de redacción y regresó sonriendo: "Esto es lo que se llama la opinión periodística: un asalariado que copia con objetividad, dando una forma sencilla y accesible a la mayoría, los detalles más salientes de una asamblea de la Bolsa de Comercio. Por supuesto, no hay que olvidar el acompañamiento musical de los gritos de los colegas, de las diez máquinas de escribir resonando simultáneamente y de los campanillazos del teléfono que ha sido inventado por un tal Graham Bell con el objeto de que fuese distribuido en todas las redacciones del mundo, para que a cada minuto un señor con voz grave y cordial pregunte: «¿Podría informarme si mañana saldrá el sol?» o «¿Cómo formó el equipo de San Lorenzo de Almagro durante el campeonato del año treinta y ocho?». Lamento confesar que el periodista es una especie de parásito: es una especie de testaferrero de la mentira." "El mundo está mal hecho, etcétera", le digo yo. "De acuerdo" – me

dice Tomatis— "pero no hay que olvidar que los seres humanos somos los únicos responsables." Dicho esto se calzó su saco sport liviano, de color claro, y se ajustó el nudo de la corbata. Comenzamos a bajar las escaleras hacia la calle. "Carlos...", comienzo a decir yo, exactamente cuando trasponemos la puerta de calle.

"Un octubre casi otoñal el de este año", dice Tomatis, apenas ponemos el pie en la vereda. Es cierto que estos días no parecen de primavera sino de otoño: las noches son frescas y no sopla viento, ese viento amarillo y pesado, cargado de polen, característico de la primavera en la ciudad. La luz del sol no es áspera y cruda, color madera, sino de un amarillo fino y pálido, como la de marzo y abril. Pero por supuesto, ese no es el asunto: "¿Qué es de la vida de Vera?", le digo. "Es que ha llovido mucho", dice Tomatis.

"Ha llovido muchísimo este año." "En efecto" —le digo, pacientemente—, "ha llovido todo lo que ha querido." "¿Vera" —dice Tomatis—. Está bien. Perfectamente." "Pongamos que sí" —digo yo—. "¿La viste?" "Pongamos que sí", dice Tomatis. "A ver —le digo yo—. En forma sencilla y accesible para la mayoría: ¿qué es lo que pasa?" "Nada", dice Tomatis. "¿Qué papel juega Ivonne en todo esto?", digo yo. Tomatis se echa a reír: "El papel del marido", dice. "¿Pancho no ha podido hacer nada?", le digo yo. "Absolutamente" —dice Tomatis—. "A propósito; Pancho sale el lunes para Buenos Aires." "Ya sabía" —digo yo—. "He recibido la visita del hermano." "La cosa es mucho más grave ahora", dice Tomatis. "Pancho llora y se ríe, llora y se ríe, continuamente. Ha hecho una fogata con todos los libros del viejo Borges." "¿El viejo Borges?" —digo yo—. "Eso no lo sabía. Sabía que había quemado una serie de libros pero no sabía que eran los del viejo Borges." "No tiene ninguna importancia", dice Tomatis. "Sí que la tiene", digo yo. Estábamos en pleno centro en ese momento: eran un poco más de las cinco de la tarde. El sol comenzaba a dorar las cornisas de los edificios, el día comenzaba a declinar: uno empieza a sentir la proximidad de la hora terrible. "¿Vamos a echar un vistazo a la librería?", digo yo. "Vamos", dice Tomatis, y después, en el largo salón abarrotado de libros, acomodados en altos estantes que tocan el cielorraso, libros que hablan de libros que a su vez hablan de otros libros (y lo que puede servir a cada hombre, en medio de esa interminable charlatanería, muchas veces no pasa de ser una simple página, un párrafo, una frase, una línea, una palabra), mientras nos paseábamos entre las mesas de ofertas y novedades, entre los tomos de literatura, crítica, poesía, filosofía, o, Dios nos libre a todos, psicología, Tomatis se da vuelta y con voz seria y preocupada me dice: "Ivonne quiere conocerte." "Estoy volviéndome cada día más popular", digo yo. "Un cuerno la vela", dice Tomatis. "Me parece que es para que la ayudes a disuadirme." "Las pelirrojas son singularmente astutas", digo yo. "Puedo asegurarte que estás equivocado", dice Tomatis mientras hojea una edición compendiada (en forma sencilla y accesible a la mayoría, supongo) de "La Guerra y la Paz." "¿En qué sentido?", digo yo. "Ivonne está completamente desesperada. Ahora simula aprobar nuestras relaciones. Y afirma que quiere conocerte para completar el cuarteto. Creo que inconscientemente sabe una cosa: así como su presencia neutraliza e inhibe a Vera,

la tuya puede producir el mismo efecto sobre mí." "No veo ninguna razón", le digo. "Andamos a la pesca de traiciones que exalten nuestra inocencia", dice Tomatis. "Los que nos quieren lo saben y, si tienen un grado elevado de conciencia, las evitan. Si carecen de la conciencia necesaria las evitan por otra razón: para establecer la culpa en el otro. Es la clave del sacrificio." "Excelente", digo yo. "Elemental, mi querido Watson", responde Tomatis sonriendo. Deja la edición compendiada de "La Guerra y la Paz" y comenzamos a caminar hacia la calle. Miro a Tomatis de reojo; él no lo advierte: camina con la cabeza gacha, como si buscara algo en el suelo. "Carlos" –le digo yo– "¿y si yo indujera a Ivonne a la normalidad?" Tomatis me mira, sorprendido, parpadeando: "No seas pedante, Horacio", me dice. "No, en serio", le digo. "¿Si la trajera a la normalidad?" Tomatis vuelve a mirarme. Ni siquiera sabe que estoy bromeando; claro, no es totalmente una broma, como se –puede comprender. "Eso es imposible", dice Tomatis en forma terminante. "Nadie podría resistirlo." "Es verdad", le digo yo de un modo pensativo, mirándolo. "El mundo no sería mundo. Pero entonces, ¿para qué tanto análisis? Al carajo con el análisis. ¿Coincidimos, eh, Carlitos? ¿Para qué tanto análisis". Tomatis me miró parpadeando durante un momento; después comenzó a sonreír: "No te hagas el estúpido, Barco", me dijo.

Decidimos salir esta noche con Vera e Ivonne.

– ¿Mañana? – dice Tomatis –. Nadie es profeta aquí para decirlo.

Llegamos a la primera esquina. Nos detuvimos.

– Aquí me separo – dice Barra, que vive en el norte de la ciudad.

Hay un momento de silencio. Tomatis bosteza.

– Bueno, perfecto. Hasta mañana – dice Pancho.

– Hasta mañana, Alfredo – digo yo –. Mañana te llamo por teléfono si se produce algo.

– Sí, sí. De acuerdo. Exactamente – dice Barra, tocándose el duro bigote con los dedos.

Así que entonces nos separamos. Barra dobló en la esquina, nosotros cruzamos la bocacalle y continuamos en la misma dirección, a través de la angosta calle cuyo empedrado reluce en las esquinas a consecuencia de la humedad; una calle sin árboles, de casas de una o dos plantas, dormidas debajo del amplio cielo.

– Barra está verdaderamente mal – dice Pancho, haciendo equilibrio sobre el cordón de la vereda.

– No ha sido una noche feliz para él – digo yo –. Tiene problemas con Estela.

– No es un tipo para el matrimonio – dice Pancho.

– No es eso – digo yo.

Tomatis alza súbitamente el brazo, señalando el cielo estrellado con la mano, en un ademán displicente.

– Allá, en el cielo – dice –. No. Ya pasó.

Continuamos caminando en silencio. En una de esas Pancho se lleva la mano a la frente y murmura:

—¿Qué diablos fue lo que hice? ¿Qué hice yo el verano pasado? ¿Qué fue lo que hice?

Al fin llegamos a la puerta de la casa de Pancho, una casa de una sola planta, con una alta puerta trabajada y barnizada, abierta en medio de dos balcones bajos con balaustradas de bronce y celosías de hierro pintado de un color verde oscuro.

—Bueno — dice Pancho.

Tomatis le estrecha la mano, le da unas palmaditas en el brazo.

—No olvidar los consejos del médico — le dice—. Higiene mental sobre todo. Nada de malos pensamientos. Fe en el porvenir de la humanidad. La bomba atómica es solamente un solipsismo radical, ¿entendido?, un solipsismo radical. Contracción al trabajo. Para el matrimonio, una chica de buena familia, con certificado de virginidad. Viejos maestros italianos a discreción. Frecuentes contactos con la naturaleza, no tan intensos como para que lleguen a producir algún tipo de misticismo histérico, desde todo punto de vista deleznable.

Pancho se ríe.

—No, Carlitos, en serio — dice—. No es para broma.

—Claro que no — dice Tomatis, con alguna dulzura—. ¿Nos vemos mañana?

—Por supuesto — dice Pancho—. Al medio día, en la galería.

—De acuerdo — digo yo.

Pancho se halla junto a la puerta, pero no hace ademán de sacar la llave del bolsillo; está parado, mirándonos, sin decir nada, y de pronto mueve la cabeza y mira el suelo.

—Bueno — digo yo, después de un momento de silencio.

—Es el pasillo — dice Pancho de pronto, ahora con los ojos fijos en la punta de sus zapatos, tartamudeando levemente—. Es el pasillo, o el living, o la cama. No sé bien.

Tomatis saca un cigarrillo de su paquete y se guarda el paquete sin convidar.

—Dame fuego — dice. Le alcanzo el encendedor dorado. Pancho continúa inmóvil.

—No sé bien — dice, tartamudeando levemente. Su voz resuena arrastrada y pesada. No hace ademán de moverse.

Tomatis enciende el cigarrillo. Su rostro se ilumina a la oleosa y brillante luz de la llama; su rostro alerta y absorto al mismo tiempo.

—Bueno, hasta mañana, Pancho — dice con voz decidida, alcanzándome el encendedor. Pancho no responde: permanece inmóvil, mirándose la punta de los zapatos.

—¿Mañana en la galería entonces, Pancho? — digo yo.

Pancho continúa sin responder. Miro entonces a Tomatis: éste se halla abstraído, mirando con minuciosa atención la brasa de su cigarrillo.

—Bueno, está bien, es lo mismo — digo, con voz tranquila.

Pancho alza la cabeza y mira el cielo, y permanece con la cabeza alzada, como probando la calidad del aire. En la claridad de la noche los rasgos de su rostro resaltan obstinados, como hechos de un áspero granito de un tono verde, y sus ojos

brillan vivaces.

– Vamos – dice Tomatis, después de un breve silencio.

Comenzamos a caminar. Antes de doblar la esquina me volví: la confusa figura de Pancho continuaba encogida e inmóvil junto a la puerta de su casa. Tomatis recitó gravemente dos estrofas del "Cántico Espiritual". Al hacerlo extendió hacia adelante el brazo con un gesto delicado, y señalaba lentamente a su alrededor. Su voz, aunque suave y lenta, bien modulada, tratando de ser natural, dejaba entrever una especie de temblor, un sedimento de amargura.

– Imposible ir al campo este fin de semana – dijo después.

– De todos modos – respondí – nos vemos mañana en la galería.

– Estoy terriblemente fatigado – dijo Tomatis –. Estoy cansado, viejo.

Nos detuvimos en la esquina de mi casa. Le di unas palmaditas en el hombro.

– Nos vemos mañana en la galería – sonreí.

– Hasta mañana – dijo Tomatis. Siguió su camino y yo empecé a andar hacia mi casa. Tomatis comenzó a silbar fuertemente, mientras se alejaba. Me detuve, me volví: su lenta figura se alejaba en la penumbra de la calle, su blanco pantalón era un manchón relumbrante en la tenue oscuridad.

– Carlitos – le grité. Él se detuvo.

– ¿Qué pasa? – preguntó.

– ¿Vas a tu casa? – le dije.

– Sí – respondió –. Sí, claro. ¿Por?

– No – dije yo –. Por nada. Anda a tu casa.

– Sí, hombre – respondió Tomatis, riéndose –. No hay otro remedio. Claro que sí. Hasta mañana.

Respondí en voz muy baja; él no me oyó. Puse la llave en la cerradura y abrí la puerta de mi casa. Es que de pronto, súbitamente, de un modo obscuro y malsano, yo había pensado que... Pero, al diablo, son las diez y media de la noche. Carlos me espera con Vera e Ivonne para ir a tomar juntos una copa. Veremos qué pasa. El futuro es tramposo como una vampiresa: deja entrever siempre mucho más de lo que está dispuesto a dar. Eso es lo que lo hace tentador en tan gran medida. No, no; no alarmarse. No diré una palabra más. Yo también he pensado que ya es hora de cerrar por esta vez el cuaderno.

1961

Palo y hueso

Esto fue contado en un pueblo de la costa. Estábamos de paso, sentados alrededor de una mesa en la vereda del hotel, y era el final del crepúsculo: era el verano pesado y lento, junto al río hinchándose para reventar en marzo y anegar el incesante y cambiante litoral desde Misiones hasta el Plata. Los dos de la ciudad, enloquecidos por los mosquitos, tomábamos vermouth, comiendo queso y salame, y el dueño del hotel que era también el dueño del cine y de la tienda más importante del pueblo, y el principal acopiador de pieles de la zona, que había invitado, un hombre muy alto de ojos saltones y húmedos, un gigantón algo flácido y crédulo de treinta y cinco años, habló largamente hasta que fue la noche y pasamos al comedor, y él se olvidó del asunto para dedicarse a hablar de la cosecha del arroz y del aumento de las mercaderías. Así que, mientras los mosquitos zumbaban, y todo el crepúsculo espeso y gradual zumbaba entre los árboles increíbles, entre la grave y cargada vegetación y la arena cambiante y pesada, y los gritos, quejidos y silencios prenocturnos, comenzados a oír poco a poco después de ese momento de la tarde inmóvil en que no hay luz, ni oscuridad, ni gritos, ni nada, ni se ve ni se oye nada, supimos cómo el viejo Arce compró en doscientos pesos a Rosita Rolan al propio padre de ella, Cándido Rolan, unos años atrás, en la vereda misma del hotel, llevándosela después para su casa. Supimos, asimismo, que el viejo Arce tenía en ese entonces sesenta y siete años, Rosita quince, y el menor de los hijos del viejo, Domingo, que era el último de los diez que había tenido el viejo con dos mujeres que se habían ido del pueblo o muerto, y era el único que quedaba con él en el rancho, tenía diecinueve años. Así que trasmitimos tanto lo escuchado como lo supuesto y lo dedicamos a Milton Roberts.

Echado en el catre (era de noche), Domingo oía la voz incesante del viejo Arce aproximándose al rancho. Estaba en la penumbra. Acababa de anoecer. A unos cincuenta metros de allí el agua del San Javier venía a morir en la costa, al parecer con un murmullo rítmico y largo.

Por la voz, Domingo supo que el viejo había estado tomando en el hotel y ahora venía con alguien, ya que hablaba sin cesar explicándole alguna cosa a la otra persona que parecía seguirlo en silencio. También por las vacilaciones y los cambios de voz, Domingo adivinaba con exactitud en qué punto cercano a la casa se hallaba su padre, si tropezaba o se tambaleaba, o si se volvía para mirar a la otra persona, imaginando la encogida figura del viejo Arce, con el sombrero de paja, los pantalones y la camisa rotos, descoloridos y sucios, caminando delante de su silencioso acompañante. No entendía las palabras; oía sólo la voz rápida, exasperada y chillona, dificultosa a veces y entonces Domingo pensaba *viendo* "ahora salta el zanjón," "ahora cruza el alambrado," "ahora se ríe de lo que acaba de decir y mira al de atrás por un momento"; echado en el camastro, en la penumbra del cuarto en el que se colaba por el ventanuco rectangular abierto sobre la pared de adobe un complicado motivo blanco y negro que la claridad ultralunar proyectaba a través de la fronda de los árboles y que iba a reproducirse inmóvil, como dibujado, como una muestra de tejido arcaico con un marco oblongo expuesto sobre la cortina negra de un museo, un poco más allá del camastro, sobre el piso.

Había estado trabajando en la arrocera hasta las seis, regresando y echándose en su camastro permaneciendo despierto y pensando hasta entonces, y eran como las nueve. Domingo se quedaba distraído muchas veces, donde estuviera, sin que nadie pudiese saber en qué pensaba. El sí. El estaba al tanto de que pensaba en la ciudad, en tomar el gran ómnibus amarillo y rojo de las seis de la mañana frente al hotel y viajar de una vez por todas a la ciudad para instalarse allí con un trabajo fijo y cambiar de vida. Comenzó a oír los pasos: las descoloridas y rotas alpargatas del viejo Arce resonando opacamente sobre el sendero de arena, o quebrando la maleza polvorienta que crecía en las inmediaciones del rancho. Después llegaron y el viejo dejó de hablar. Domingo oyó los golpes de las alpargatas contra el piso de tierra frente a la puerta del rancho y la voz de su padre, próxima y nítida por un momento.

—Pera —dijo la voz a la persona que lo acompañaba.

"Es algún pielero", pensó Domingo, "o a lo mejor es Cándido Rolón; han estado tomando en el hotel", pensó. Se incorporó sobre la cama, sosteniéndose por los codos, en el mismo momento en que la silueta de su padre, le pequeña y oscilante figura, apareció en la puerta, resaltando sobre la grisácea claridad lunar del exterior.

—Domingo —dijo el viejo.

—Acá estoy —respondió, él.

—Bueno —dijo el viejo desde la puerta, con voz ensimismada, habiendo confirmado la presencia de Domingo; y mientras se volvía al exterior:

—Prendé el farol —dijo.

—Pera que prenda —oyó Domingo que el viejo decía a la otra persona; y él se palpó el bolsillo de la camisa, sacó la caja de fósforos y fue a descolgar el farol que pendía del travesaño. Lo trajo consigo hasta la mesa, encendiéndolo; primero se trató de una llamita tenue, más intensa en seguida; después volvió a mermar un poco echando un humo negro pringoso y por último se convirtió en una incandescente lengua blanca de luz inmóvil, que expandía una exigua claridad de un tinte ligeramente verdoso.

El viejo entró sin esperar que él lo llamara, apenas la luz estuvo encendida.

—Pasa Rosa —dijo volviéndose para hablar a la persona que lo acompañaba—. Es la Rosita del Cándido. Es mujer mía ahora —dijo el viejo.

El viejo Arce estaba tomado. Él lo supo apenas escuchó su voz, pero ahora con el sombrero echado hacia atrás dejando ver sobre la frente un mechón de pelo entrecano y como húmedo, viéndole los ojos, chicos y brillantes e inmóviles, como pintados y laqueados sobre su exigua cara color tierra, la certidumbre de Domingo se fortificaba. Cuando tomaba, el viejo Arce se ponía desconfiado y miedoso. No miraba a nadie. A veces le daban accesos de furia y se la agarraba con Domingo.

Rosa emergió en la habitación saliendo de detrás del viejo, como colándose sin que él la viera.

—¿Qué decís, Rosa? —dijo Domingo—. Pasa y sentate.

—Háganos un poco de comer, chica —dijo el viejo. Por debajo del ala de su sombrero de paja se tironeaba el mechón de húmedo pelo gris, como pensativamente, mirando el suelo.

—Sí, don Arce —dijo la chica, quedándose inmóvil, mirando a Domingo.

Domingo la miraba.

El viejo fue y se sentó en una desvencijada silla de paja junto a la tosca mesa apoyando un pie sobre el travesaño de la silla. Encogido como estaba, su pequeño cuerpo parecía mucho más pequeño de lo que era.

—¿Qué hay de la arrocería? —dijo como hablando para sí mismo—. Bueno —agregó rápidamente.

Rosita se hallaba de pie, una mano estrujando un pañuelo, el dorso en la palma de la otra a la altura del vientre, de modo tal que los antebrazos se apoyaban en las caderas. Tenía un vestido de algodón estampado con flores azules, abrochado en la parte delantera, apenas ceñido a la cintura. Calzaba unas zapatillas rojas de goma, nuevas. Viéndola Domingo recordó el baile en la pista del club, el último sábado. Recordó la salida del baile, a la madrugada, y lo que él y Rosita habían hecho en el pasto, echados cerca de la costa.

—Ahí hay carne —dijo Domingo señalando el travesaño con la cabeza.

—Haga un asadito si le viene bien —dijo el viejo Arce.

Rosita fue hasta el travesaño y descolgó una tira de carne oreada que dejó sobre la mesa.

—Indíquele la cocina —dijo el viejo a Domingo, tironeándose el mechón de pelo, los ojos clavados en el piso de tierra—. Después vení, Domingo, así te vas al almacén a tráir vino.

La cocina estaba en el exterior, una chocita unida transversalmente a la pared del rancho. Desde hacía por lo menos cinco años el viejo decía que iba a construir una galería para protegerse en los días de lluvia en el trayecto de la cocina al rancho.

Domingo iba adelante; sentía detrás suyo a Rosita.

En la cocina, mientras trataba de encender el farol, dijo en voz baja, en la oscuridad

—¿Qué decís, Rosita?

—Y, nada —dijo Rosa.

La sintió sonreír tímidamente en la oscuridad. La llama vaciló antes de cuajar, se movía, y después fue una moneda blanca e inmóvil, dura. La cara oscura de Rosa emitía reflejos oliváceos; su nariz mocha brillaba.

Al hacerse la claridad, Domingo observó que ella lo miraba seriamente, con una curiosidad atenta y expectante.

—Bueno —dijo Domingo, señalando unos trastos—. Ahí Tenés todo. Afuera hay leña y el braserito lo vas a encontrar atrás.

Ella lo miraba. Tenía la tira de carne en una mano.

—Dice la Juana que vos le dijiste que se viniera para acá —dijo—. ¿De veras?

Domingo se volvió para irse.

—Por lo que precisés llámame —dijo.

Regresó al rancho. El viejo estaba encogido sobre la silla.

—Fíjate que esta chica era un peso para el Cándido —dijo al entrar él, sin mirar hacia la puerta, como si hubiera estado esperándolo—. El andaba pensando en casarla. "¿No conoce un hombre bueno, don Arce, para la Rosa?", me dijo.

Parecía haber estado reflexionando sobre lo que iba a decir. Se había echado tan atrás el sombrero que media cabeza, con su desordenado pelo gris, quedaba en descubierto, y la parte posterior del ala del roto pajizo le rozaba la espalda.

—"¿Bueno cómo?" le digo yo —continuó diciendo el viejo—. "Usted sabe, don Arce, un hombre bueno", dice. Ya sabes que yo siempre he sido como un padre para Cándido. "Yo que querés que te diga", le contesté. "Uno sabe como es uno, pero de los demás, quién sabe. Quién dice que no te aconseje y después tengas un sinvergüenza en tu casa". —Miró a Domingo—. Estuvo bien dicho, ¿no te parece?

Domingo miró al viejo pero éste se hallaba con los ojos clavados en el piso.

—Seguro que sí —dijo con algún énfasis.

—Bueno —dijo el viejo—. "Eso no sería culpa suya", dice el Cándido. Entonces yo le dije que para casar a la chica tenía que buscar un hombre asentado, con experiencia, y que él conociera bien: que lo buscara de por aquí, sin ir tan lejos. "¿Usted no sabe quién puede ser, don Arce?", me dice el Cándido. "Y, yo no sé", le digo. "Hombres buenos no abundan en estos tiempos"; miró a Domingo. "¿No te parece que dije bien?", dijo.

Domingo movió rápidamente la cabeza tratando de no encontrarse con la mirada de su padre. Más bien dejó deslizar su mirada por todo el rancho, semejante al interior de una cueva: cerca de la mesa la luz era más intensa que en los rincones, y todo el rancho estaba lleno de cosas, camastros, travesaños, cueros, y también de sombras, y si por casualidad el viejo tocaba con el codo o la pierna la tosca mesa haciendo temblar el farol, todas las sombras y al parecer también todas las cosas se movían en el interior del rancho por un momento.

—Seguro —dijo Domingo sin mirar a su padre.

—"Si usted me aconseja", dijo Cándido, "yo voy a seguir su consejo al pie de la letra" —siguió diciendo el viejo—. "Pero que consejo te puede dar un hombre viejo como yo. Veinte años atrás, todavía. Ahora corren otros tiempos". "Bien dicho, don Arce —me dice—. Usted es un hombre con experiencia: hombres así no abundan en estos tiempos". "Y así como ves, Cándido," le digo, "vivo solo, sin mujer, teniendo que hacerme la comida y lavándome yo solo la ropa. Si no fuera por el Domingo, que de vez en cuando me cocina, me habría muerto de hambre hace rato". "¿Y cómo, don Arce?", dice el Cándido, "usted, un hombre tan bueno, viviendo en esas condiciones". "Bueno", le digo, "la verdad es que yo estaba pensando en conseguirme una compañera, pero sin apuro, ¿sabes Cándido? Primero quiero hacer una galería que cubra la puerta del rancho y de la cocina, para que la pobre no trabaje a la intemperie". El viejo hizo silencio por un momento, como reflexionando. En eso el Cándido me mira fijo —continuó— y dice "¿No quiere tomar un vino, don Arce?" "Cómo no iba a ir. Habíamos estado hablando en la plaza, donde nos hallamos de cruce, y nos fuimos para el hotel. El Cándido no dijo una palabra hasta que llegamos, más, miento, hasta después que tomamos el vino y volvimos a salir, y empezamos a cruzar de vuelta la plaza. Dice: "Don Arce, estuve pensando, ¿sabe? Yo sé quién es el hombre que le conviene a la Rosa". "Ah", digo yo, "¿y puedo saber quién es?" "Pero cómo no", dice el Cándido, y después, dándome un golpecito en el hombro, me mira muy serio y dice: "Usted, don Arce". Me llevó hasta el rancho, la hizo cambiar a la Rosita y le dijo que se viniera conmigo. Y así fue como me la traje.

—Sí —dijo Domingo—. Déme para el vino.

Estaba de pie frente al viejo, la camisa y los pantalones descoloridos, los brazos separados del cuerpo. Era bajo como su padre, pero mucho más macizo y tenía la piel oscura y brillante. El viejo buscó un momento en sus bolsillos, de sentado, con gran dificultad, y después se puso de pie para continuar buscando; después de dar vuelta los bolsillos delanteros del pantalón de uno de las cuales cayó un paquete de "Colmena" que Domingo vio dar contra el suelo sin moverse para recogerlo, sin hacer siquiera un gesto, con la vista clavada en el viejo, su padre empezó a registrarse los bolsillos traseros haciendo un gesto con la cabeza que al parecer quería decir que no se explicaba dónde diablos había ido a parar el dinero.

—Pero yo no sé —dijo dejando de buscar. Después empezó a acomodarse el forro de los bolsillos y se agachó para recoger el paquete de cigarrillos. Sacó uno y se guardó el paquete—. Bueno —dijo al fin— Cómpralo de tu plata que después yo

te doy.

Domingo salió al patio, a la noche. Por la abertura de la cocina veía la gran sombra de Rosa moviéndose en medio de la tenue claridad verdosa que expandía el farol. La noche estaba límpida, llena de estrellas inmóviles brillando sobre la superficie tensa y lisa del cielo. Todo el lugar estaba iluminado por la claridad lunar, y más allá, visible entre los árboles que formaban un angosto bosquecito anterior a la costa, el río era una plácida planicie atravesada por cambiantes reflejos. Domingo se encaminó a la cocina; Rosa estaba salando la carne sobre una mesita. Junto a ella se hallaba el farol.

– Busca leña – dijo Rosa.

– Voy al almacén – dijo él.

Rosa dejó de salar. Echaba sal con la mano sobre la carne y después pasaba la mano para desparramarla. Dejó de salar.

– ¿Es cierto lo de la Juana? – dijo, mirando a Domingo. Éste metió los dedos en la bolsa de sal y después empezó a chupárselos. No dijo nada. Volvió a meter los dedos en la bolsita y volvió a chupárselos, y Rosa todavía lo miraba.

– ¿Cierto? – volvió a decir Rosa.

– Voy al almacén – dijo Domingo, dándose vuelta y saliendo de la cocina.

Los perros se le aproximaron y comenzaron a saltar y a ladrar a su alrededor. Domingo atravesó el espacio abierto frente a la casa y tomó el sendero paralelo al bosquecito, internándose entre la maleza que crecía a los costados de la angosta cinta de tierra arenosa. Los perros llegaron con él hasta el alambrado; él lo cruzó, saltó el profundo zanjón y al retomar el paso normal oyó detrás suyo a los perros, cuyos ladridos comenzaban a alejarse en dirección a la casa.

Regresó con dos botellas de vino, una en cada mano. Cerca de la casa comenzó a sentir el aroma de la carne asándose. Cuando llegó vio a Rosa en el patio, detrás de la cocina, inclinada sobre el brasero del que se elevaba una columna de humo oblicua y lenta. El viejo la contemplaba apoyado en el marco de la puerta del rancho, su figura nítidamente recortada contra la claridad verdosa del interior.

Rosita se incorporó cuando él llegó:

– Eh, Domingo – dijo, pasándose el dorso de la mano por los ojos.

– Domingo – dijo el viejo –. Saca afuera la mesa para comer al fresco. Deja por ahí las botellas.

Domingo dejó las botellas en el suelo y fue hasta el interior del rancho. El viejo le dio paso en la puerta, saliendo al exterior, tambaleando.

Domingo retiró el farol de la mesa y lo colgó del travesaño; al hacerlo todas las sombras se movieron, y como el farol quedó oscilando levemente pendiendo del travesaño, mientras Domingo alzaba la mesa con las dos manos y la llevaba al patio, todas las sombras en el interior del rancho estuvieron moviéndose lentamente; cada vez más lentamente hasta que el farol colgado quedó inmóvil y las sombras se detuvieron.

Domingo depositó la mesa en el patio. Rosa se hallaba inclinada cerca del

brasero. El aroma de la carne asándose se mezclaba con el de la humedad, el de los árboles y el de la noche. Detrás de Domingo, contra la claridad rectangular de la abertura, el viejo Arce encendía un "Colmena" y sacudía después el fósforo arrojándolo lejos de sí, hacia la noche. Los perros se hallaban lejos de la casa, moviéndose y ladrando sin cesar, y de pronto, amarillos o verdes, duros como piedras preciosas, sus ojos brillaban.

—Chichos, chichos —les gritó el viejo distraídamente, sibilamente, avanzando unos pasos para recoger una botella de vino del suelo—. Tráí una sillas, Domingo —dijo mirando la botella.

—¿Quiere que la destape, don Arce? —dijo Rosa viniendo hacia él— Domingo, tráí un tirabuzón.

—Está en la cocina —dijo Domingo, yéndose para el rancho. Había dos sillas de paja completamente desvencijadas y un cajón precario. Domingo juntó las sillas por los respaldares, las levantó por los travesaños y con la otra mano alzó el cajón, regresando. En la puerta se puso de costado; sacó las sillas primero, y después el cuerpo, y detrás el cajón. Al salir vio la gran sombra de Rosita en el interior de la cocina. El viejo estaba con la botella en la mano, aguardando junto a la mesa. Domingo distribuyó las sillas y el cajón alrededor de la mesa. El viejo se sentó en una de las sillas.

—Dame el tirabuzón —dijo en voz alta hacia Rosa, en la cocina.

—No lo encuentro, don Arce —dijo la voz de Rosa desde la cocina.

—Vaya enséñele, Domingo —dijo el viejo.

Domingo fue a la cocina. Antes de entrar vio la sombra inmóvil de Rosa proyectada contra la pared y el bajo techo de la choza. Al entrar vio a Rosa con el tirabuzón en la mano, sonriendo malévolamente. Domingo se detuvo.

—¿Es cierto? —dijo Rosa, en voz muy baja—, ¿eh? ¿Es cierto?

—Dame el tirabuzón —dijo Domingo en voz baja, aproximándose a Rosa. Ella no se movió—. Dámelo te digo —dijo Domingo, tratando de quitárselo. Ella no lo soltaba y se reía.

—¿Es cierto? ¿Es cierto? —dijo en voz muy baja. Soltó el tirabuzón. Domingo regresó al patio y le entregó el tirabuzón a su padre. Éste se dispuso a sacar el corcho a la botella.

—Rosita —gritó hacia la cocina—. Tráí unos vasos.

—Ya va, don Arce —dijo la voz de Rosa desde la cocina.

Domingo se sentó en el cajón, de modo que tenía enfrente el bosquecito y más allá el río. Los perros se movían en el espacio abierto frente a la casa, saltando y corriendo, perfectamente visibles en la claridad nocturna. Ahora toda una franja dorada, la luz de la luna, se había asentado sobre el río, y Domingo podía verla. Sólo el bosquecito permanecía envuelto en una penumbra más densa.

Domingo encendió un cigarrillo. Echó una primera bocanada de humo y después sopló el fósforo. Rosa vino con los vasos: un alto vaso de vidrio verde, un vaso pequeño y panzón y un jarro abollado. El viejo Arce sostuvo la botella con los muslos y de un tirón sacó el corcho. Echó vino en el vaso verde, hasta el borde, y

dejó la botella sobre la mesa. Domingo sacó el tirabuzón del corcho, distraídamente y tapó la botella. Los mosquitos zumbaban alrededor de la mesa y el viejo los espantaba con manotazos cortos y negligentes. Mientras tanto alzó el vaso y de un solo trago se bebió tres cuartas partes del contenido.

— Esta semana vamos a hacer la galería — dijo dejando el vaso sobre la mesa, pasándose después la lengua por los labios.

— Sí — dijo Domingo, pensando en otra cosa.

— ¿Y, de ahí? — dijo el viejo a Rosita.

— Ya va, don Arce — dijo Rosita. Fue hasta el brasero y se inclinó para mirar la carne, regresando. Después dijo:

— ¿De veras, don Arce que Domingo está por juntarse con la Juana de lo Baucedo?

El viejo se rió.

— Yo no sé — dijo —. Primero va a hacer la milicia, ¿no es cierto, Domingo? Con el traje de militar va poder elegir mejor. ¿Cuál de las Baucedo decís vos? Si tiene como una docena.

Domingo habló con un tono vagamente rencoroso.

— ¿Ahora por una vez que la vi — dijo — voy a tener que juntarme con ella? Por favor.

A Rosa no le gustó eso.

— ¡Por favor! — repitió.

Comieron. El viejo se durmió antes de terminar la comida. Domingo encendió un cigarrillo y se levantó de la mesa. El viejo tenía las piernas estiradas bajo la mesa, y había entrecruzado las manos sobre el vientre apoyando la cabeza contra el travesaño superior del respaldo de la silla. Continuaba con el sombrero puesto, a punto de caérsele para atrás. La parte visible de su pelo gris estaba revuelta y como húmeda; parecía pegada al cráneo como una peluca. De vez en cuando el viejo se movía, cabeceaba, gruñía, o roncaba.

— Voy a ver si sale algo — dijo Domingo. Rosa no le contestó. Él fue al interior del rancho y dirigiéndose hacia uno de los rincones se agachó donde había una cantidad considerable de redes, líneas y cañas para pescar; había también un mediomundo con sus tiros y su palo. Domingo hurgó un momento entre el revoltijo de elementos de pesca, deteniéndose de vez en cuando con alguna línea para observar sus anzuelos. Por fin eligió una. Con el cigarrillo pendiendo de sus labios, el humo ascendiendo en una lenta columna gris contra su cara, Domingo trabajó cuidadosamente con la línea verificando el estado de los anzuelos y desenredándola. Después se la puso bajo el brazo, enrollada, descolgó el farol del travesaño, entre las sombras moviéndose, y se encaminó afuera, con el farol en alto, dejando tras de sí, en el interior del rancho, toda la sombra.

Rosa limpiaba la mesa. A la luz del farol aproximándose, su rostro fue tocado por un destello malévolos. Domingo dejó el farol y la línea sobre la mesa, pasó junto a Rosa encaminándose al brasero, sacó un pedazo de carne y regresó con él hasta la mesa, mientras Rosa se dirigía a la cocina con los platos y los vasos. El viejo

dormía. El sombrero se le había caído por fin. Respiraba profunda y rítmicamente balanceando la cabeza desnuda. Domingo cortó en pequeños trozos la carne y después, llevando la carne en la palma de la mano, alzó el farol y la línea dirigiéndose al río. Al caminar movía el farol, que llevaba en alto aunque la noche era clara y todas las sombras y las cosas se movían rápidamente alrededor suyo. Los perros saltaban y corrían a su alrededor, en silencio.

La costa era una estrecha franja de arena blanca, hecha también como de materia lunar, y matas de pasto ralo. A un metro de la costa, el río se volvía considerablemente profundo. Domingo colgó el farol en la rama de un sauce caído sobre la corriente; el árbol tenía mucha raíz afuera y su tenue fronda era atravesada por la claridad cálida de la luna. Sobre el río flotaba un reflejo fluctuante, quebradizo. Domingo dejó la carne en el suelo y comenzó a desenredar lentamente la línea. Bajo la claridad verdosa del farol su figura se movía inclinándose, dando pasos en una u otra dirección, moviendo las manos que hacían correr diestramente el piolín. Después dejó la línea lista en el suelo, buscó los trozos de carne y encarnó uno por uno los anzuelos. Ató el extremo de la línea a una de las raíces del sauce y después, alejándose unos pasos de la orilla revoleó por sobre su cabeza la línea, arrojándola. Al caer sobre el agua, los anzuelos y las plomadas produjeron un "floop" prolongado desintegrando por un momento el reflejo lunar, y convirtiéndolo en un rápido torbellino de esquiras doradas.

Se sentó sobre la arena y encendió un cigarrillo, arrojando el fósforo al agua. De vez en cuando se inclinaba sobre la raíz del sauce para probar la tensión de la línea. Los perros habían desaparecido. Domingo trató de escuchar, hacia la casa, en medio del profundo silencio. Le pareció oír la voz de su padre diciendo "Rosa", y a Rosa responderle.

Despertó estirado sobre la arena, y debían ser más de las cuatro. Un silencio impresionante lo rodeaba. Se hallaba todavía semidormido, de modo que le costó un poco recordar que había tirado la línea, se había sentado a esperar y que al parecer se había quedado dormido. Se puso de pie, sacudiéndose la arena de la ropa, y después buscó un cigarrillo en el bolsillo de la camisa, pensando: "Otra vez hoy a la arrocera" y ayer, al crepúsculo, desde la seis hasta las nueve había estado echado en el camastro fumando cigarrillo tras cigarrillo y pensando en la ciudad.

Encendió un cigarrillo. El farol se había apagado. En la oscuridad, ahora un poco mas densa que unas horas antes, la llama del fósforo fue una forma súbita, brillante, que después cruzó el aire en semicírculo apagándose antes de llegar al agua. La incandescencia del cigarrillo era un punto débil de resplandor rojizo en la oscuridad.

"Otra vez hoy a la arrocera", pensó. Era peón. Trabajaba ocho horas aca-reando bolsas o bien barría el patio, o hacía mandados a los empleados de la administración, pero él había ido a la escuela hasta cuarto grado y no se conformaba con eso.

Ahora se sentía cansado. Pensó regresar a la casa, y recordó a Rosa y al viejo. Se sentó nuevamente en la arena, con lentitud, como dejándose caer, viendo, al

hacerlo, el sábado anterior, a la salida del baile: Rosa lo había escuchado atenta y pensativamente cuando él le habló, con cierta cautela y de un modo muy vago, de su proyecto de irse a la ciudad. Ahora ella se había venido con el viejo. "Justo Rosa tuvo que ser", pensó.

"Otra vez al patio de la arrocera", pensó recostándose sobre la arena. Se adormecía en aquella penumbra quieta, estirado de espaldas, con un brazo encogido sobre el pecho, sosteniendo en la mano el cigarrillo consumiéndose. Le dio una última pitada (el resplandor mínimo de la brasa se hizo más intenso) y arrojó el cigarrillo hacia el agua. La brasa fue desintegrándose en el aire, llenándolo de chispas rojas y fugaces, y al caer sobre el agua se apagó súbitamente. Después Domingo se durmió.

2

Con el sol muy alto ya detrás suyo, Domingo caminaba precedido por su larga sombra tenue que serpeaba sobre los pastos y el terreno. Detrás quedaba el río (la luz del sol, blanca y quebradiza, temblaba sobre la superficie) y ahora Domingo atravesaba el bosquecito. El sol se colaba por entre la fronda de los árboles y sus rayos caían oblicuamente en el pasto húmedo, al pie de los troncos. Se oía un rico y enloquecido canto de pájaros. Domingo caminaba lentamente, llevando el farol y la línea, y veía ya, al tiempo que hundía sus alpargatas en el terreno compuesto de algo que era tierra y arena al mismo tiempo, al viejo Arce sentado junto a la puerta del rancho chupando el mate que Rosa acababa de entregarle. El viejo siempre se levantaba temprano. Todos los días, al despertar, la primera certeza de Domingo era que el viejo se hallaba junto a la puerta del rancho, en el verano, o en el interior de la choza lateral, llamada la cocina, en el invierno, mateando desde mucho antes que él hubiera comenzado a despertar. El viejo tenía una botella de caña junto a la cama: despertaba, se vestía, iba a orinar largamente en la letrina que se hallaba a diez metros de la casa, detrás, en dirección contraria al río, y después, antes de lavarse la cara, si es que se la lavaba, o poner agua al fuego, tomaba un trago de caña, se hacía una especie de buche o gárgara con él y después se lo tragaba.

Si bien, y como desde que tenía uso de razón Domingo lo había observado, el viejo se levantaba todas las mañanas muy temprano, antes de la salida del sol, hubiera dado lo mismo que lo hiciera al mediodía o a cualquier otra hora. Se quedaba sentado dos o tres horas mateando y fumando, corriendo la silla a medida que el sol avanzaba de modo de quedar siempre a la sombra. Después se iba al pueblo y no regresaba hasta muy tarde la noche, salvo algunas veces en que volvía al mediodía para poner una tira de carne a la parrilla y aguardar que estuviera a punto para mandársela con un poco de galleta y un litro de vino. Si se quedaba en el pueblo siempre se las ingeniaba para que alguno lo invitara con un poco de mortadela o queso, o con una lata de sardinas y unos vasos de vino en el almacén o

en el bar del hotel. Si había estado recolectando conchilla o pescando y había vendido el producto de su actividad o tenía en el bolsillo unos pesos que Domingo le había dado para los vicios, era él el que invitaba entonces a algún otro, o bien juntaban el dinero de cada uno y formaban un solo capital que era indefectiblemente comido y bebido.

Así que daba lo mismo que el viejo se levantara a las cuatro de la mañana o al mediodía, y ahora estaba sentado junto a la puerta del rancho, tal vez desde las cinco o las seis, fumando o sorbiendo pensativamente el mate que Rosa, de pie junto a él, con el vestido floreado de la noche anterior, acababa de entregarle. El viejo estaba con el sombrero puesto, las piernas separadas, y un poco encogido sobre la silla. Rosa se hallaba mirándolo, cruzada de brazos, vio Domingo saliendo del bosquecito, entre los perros que habían salido disparando desde detrás de la casa y ahora lo rodeaban saltando y ladrando a su alrededor. Él los ahuyentaba tirándole suaves golpes con el pie y el farol.

Rosa ni siquiera lo miró cuando él llegó junto a la silla baja en que se hallaba sentado su padre. Tomó el mate que el viejo le devolvía y fue caminando indolentemente hacia la cocina.

—¿Salió algo? —dijo el viejo.

—No —dijo Domingo, pasando junto al viejo y penetrando en el rancho. El camastro del viejo se hallaba desordenado. En el suelo, junto a él, había un espiral consumido: sólo quedaba un trocito incrustado en la base de la lata, y el resto era un montoncito de ceniza intacta en el piso. Domingo colgó el farol en el travesaño y dejó la línea en el lugar donde se hallaban los otros elementos de pesca. Quedó un momento de pie, como pensativo, y se encaminó nuevamente al exterior.

—Esta noche podemos comenzar la galería —dijo el viejo. Ya lo había dicho por lo menos mil veces en los últimos tres años. Hacía referencia al asunto tres o cuatro veces por día.

—Sí —dijo Domingo, mirando hacia el bosquecito.

Rosa regresó con el mate desde la cocina, dándoselo. Domingo lo agarró y comenzó a sorberlo. Miró a Rosa: estaba recién lavada, el rostro todavía un poco hinchado por el sueño, el pelo estirado hacia atrás sobre las sienes, todo mojado. De un borbotón de pelo oscuro sobre la frente, había comenzado a deslizarse una gotita de agua que dejaba sobre la oscura superficie lisa de la frente una estela brillante. La gota se detuvo en el entrecejo. Domingo recordó el último sábado, a la salida del baile, él y Rosa echados sobre el pasto, cerca del agua.

—Ando con ganas de cruzar a la isla —dijo el viejo, como hablando para sí mismo— y probar con la nutria. Lástima que no tenga escopeta. El Cándido tiene dos. Dice que una anda queriendo venderla: dice que con darle cincuenta pesos en el acto y ciento cincuenta más cuando se vaya pudiendo, la entrega. Dice que no hay más que engrasarla para que ande lo más bien.

Domingo terminó de sorber el mate y se lo devolvió a Rosa. Ésta regresó a la cocina. Domingo la miraba alejarse: el vestido floreado producía un tumulto indolente y tembloroso al ser sacudido por las nalgas.

—La conchilla no da para nada —decía mientras tanto el viejo—. Hay muchos juntadores y en el depósito te dan lo que quieren. La nutria sería un buen negocio, ¿no te parece?

Rosita desapareció por la puerta de la cocina, el negligente tumulto floreado, y Domingo se volvió hacia su padre. Éste miraba pensativamente el bosquecito y, más allá, el río.

—Y —dijo Domingo— seguro.

—Ahora claro —dijo el viejo en seguida—. Harían falta esos cincuenta pesos para la entrega. El Cándido vende el arma porque necesita. —Alzó la cabeza y miró a su hijo por un momento; su frente se llenó de arrugas inquisitivas. Rápidamente volvió a dirigir la mirada hacia el bosquecito, aunque no parecía mirar nada en especial, sino reflexionar lenta y vivamente sobre algo—. ¿No podrías pedir un adelanto en la arrocera? —dijo por fin.

Domingo lo miró.

—A los peones no dan —dijo—. Pagan por día.

—Ya sé —dijo el viejo— ya sé.

Quedó pensativo un momento. Domingo lo miraba. El viejo se movió sobre la silla, volvió la cabeza y sus miradas se encontraron.

—No —dijo el viejo— yo decía cobrar un poco del mes que viene, por ejemplo.

Domingo habló con voz muy suave.

—A los peones no dan —dijo.

Rosa regresó de la cocina, secando con el dedo el borde del mate.

—¿Dónde dormiste? —dijo a Domingo.

—En la costa —dijo él.

Rosa se echó a reír.

—¿Seguro? —dijo.

Él la miró. Ella lo miraba.

—Seguro —dijo Domingo mirándola. Sus ojos emitieron un leve destello, y también los de Rosa brillaron sonrientes por un momento. El viejo miraba el bosquecito con aire reflexivo, sosteniendo el mate con la palma de la mano, sin sorber. Uno de los perros salió a la carrera de detrás de la casa y cruzando velozmente el patio se internó en el bosquecito.

—Va a hacer mucho calor hoy —dijo el viejo, sorbiendo el mate. Domingo y Rosa dejaron de mirarse.

—Sí— dijo Domingo.

El viejo devolvió el mate a Rosa. Ella se dirigió a la cocina y Domingo la sentía alejarse detrás suyo, las suaves zapatillas rojas tocando el piso de tierra, y "vio" el tumulto floreado, las nalgas prietas y duras debajo, el último sábado.

—No —dijo el viejo lentamente—. Yo decía que si se pudiera conseguir ese adelanto, con la escopeta ya las cosas mejorarían mucho. En todo lo demás se pagaría con la misma nutria. ¿No te parece que digo bien?

—Sí —dijo Domingo. Y después, pensándolo—: ¿Y por qué no junta un poco

de conchilla para la entrega?

—También —dijo el viejo, accediendo, en una impostación connivente y prolongada, moviendo pausadamente la cabeza en señal de acuerdo—. ¿Pero no te parece que va a llevar muchos días? Hoy no puedo ir a juntar porque tengo que ir al pueblo por unos asuntos.

—¿Qué asuntos? —preguntó Domingo rápidamente. El viejo no lo miró. Estuvo como distraído por un momento, como si no lo hubiera oído, y después dijo:

—Unos asuntos.

—Bueno —dijo Domingo— me voy. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo el viejo.

Rosita salió de la cocina con el mate.

—Pera Domingo —dijo—. Toma el último.

Domingo se detuvo, agarró el mate que Rosa le entregaba y comenzó a sorberlo. Ahora su padre, desde la silla, lo miraba pensativo, como si no lo viera. Domingo estaba casi de espaldas a él; lo percibía de soslayo. Sentía que su padre estaba mirándolo. Empezó a enrojecer.

—Hace la prueba —dijo el viejo, sin embargo—. Habla con alguno de la administración. A lo mejor te adelanta cincuenta pesos. Con la nutria, y con un poco de conchilla, y tu trabajo en la arrocera, vamos a terminar mejorando un poco. ¿No te parece que está bien pensado?

3

Domingo regresó al rancho al mediodía. Rosa se hallaba en el bosque—cito. Domingo tenía la cara sucia de tierra y llena de pequeñas estelas oscuras dejadas por las gotas de sudor al deslizarse sobre la dura piel. El bosque—cito era un lugar fresco en medio del intenso calor, tanto por la sombra de los árboles como por hallarse más cerca del agua que la casa. El río, sobre el que esplendía la luz cenital, estaba quieto y casi transparente, o exangüe, de una turbulencia marrón, como equívoca.

Rosa había llevado una silla y la mesa al bosquecito y leía una revista. No advirtió su llegada. Los perros corrieron hasta el zanjón y cuando él lo saltó y cruzó el alambrado, emitieron unos rápidos ladridos y comenzaron a dar saltos y a correr alrededor suyo. Él les hacía señas para que se callaran.

Uno se escurrió bajo el alambrado, saltó el zanjón y desapareció husmeando entre la maleza. El otro se sentó sobre sus cuartos traseros y se quedó mirando a Domingo. Este se inclinó hacia él, sonriendo, y le hizo un gesto indicándole que se callara. El perro lo miraba atentamente, los ojos amarillos muy húmedos y brillantes, la lengua rosada temblando a un costado del hocico negro, las orejas caídas, con un aire de desconfianza y perplejidad. Domingo se inclinó más hacia él,

cada vez más, mirándolo, hasta que se vio reflejado en los ojos amarillos del perro. Estuvieron contemplándose por un momento. Domingo sonreía y el perro parecía tratar de comprender, moviendo las orejas, todos los músculos de su cuerpo temblando en una expectante tensión bajo la pelambre grisácea.

–Fuera, chicho –dijo Domingo, con voz suave, muy baja, y el perro jadeaba. Su larga lengua rosada temblaba más vivamente que su cuerpo.

Domingo se enderezó y comenzó a caminar lentamente hacia Rosa. El perro continuó mirándolo con extrañeza. Tres o cuatro pasos adelante Domingo se volvió, mirando al animal. Éste le echó una breve mirada, se escurrió bajo el alambrado y dando un salto hacia el otro lado del zanjón, desapareció entre la maleza.

El silencio total del mediodía fue interrumpido, muy lejos, por la voz de un niño. Domingo caminaba muy lentamente aproximándose a Rosa para sorprenderla. Llegó casi junto a ella; sonreía mirándola, y trataba de contener la respiración para no delatarse. Una torcaz, en algún sitio entre los árboles, volvió a romper el silencio por un momento. Su arrullo fueron dos notas breves y una prolongada. Después hubo silencio de nuevo. Rosa estaba leyendo su revista de historietas con mucha atención. Domingo la veía girar concentradamente la cabeza, con una grave expresión, y volver la página en un solo gesto rápido. Leyó un momento la página y a cierta altura se detuvo y volvió nuevamente a la página anterior como para verificar algo ya leído, retomando después la lectura de la otra página. De pronto se volvió hacia Domingo con cara de sorpresa y sobresalto.

–¡Oh! –dijo.

Domingo se echó a reír y avanzó tranquilamente hacia ella. Al llegar a su lado había dejado de reírse.

–¿Y el viejo? –dijo.

–No vino –dijo Rosa.

Domingo la miró. Estaba muy cerca de ella. La cara de Rosa era oscura, brillante y prieta. Tenía los labios gruesos y estriados. Sus ojos eran oscuros.

–Ya sé –dijo Domingo—. Está en el hotel ahora.

–Chupando, seguro –dijo Rosa—. Tanto que hizo para comer el asado anoche, y al final se durmió en la mesa –dijo riendo.

Domingo se rió.

–También. Si no veía del pedo –dijo.

Hicieron silencio. De nuevo se oyó el canto cálido de la torcaz; dos notas prolongadas ahora.

–El viejo es bueno –dijo Domingo, en tono reflexivo—. Está muy viejo, eso es lo que pasa.

Rosa lo miraba y sonreía. Era por lo que se hallaba a punto de decir y se rió más todavía cuando lo dijo:

–Quién iba a decir que yo iba a terminar de madre tuya –dijo.

Domingo miró el río, sonriendo. La luz solar esplendía sobre la superficie del agua. La arena estaba como más blanca, y, aunque opaca, parecía incandescente.

— Ahora que estás con el viejo voy a ver si me voy a la ciudad — dijo.

— Anda al diablo — dijo Rosa, hojeando distraídamente la revista—. ¿Qué tengo que ver yo con don Arce?

— Estás con él — dijo Domingo.

La miró.

— ¿No vas a comer nada? — dijo Rosa. Se puso de pie, acomodándose el vestido en la cadera. No lo miraba—. Vení — le dijo.

Domingo permaneció inmóvil.

Ella lo tironeó de la camisa. "Vení", repitió, encaminándose hacia el rancho.

Domingo la siguió lentamente. Ella caminaba con seguridad y displicencia. El veía el silencioso tumulto floreado en las nalgas, la ancha espalda sobre la que la tela floreada se ceñía. Las zapatillas rojas relumbraban sobre el sendero de tierra arenosa, dejando huellas profundas.

Ella entró en el rancho, no en la cocina. El interior del rancho estaba barrido y recién regado, envuelto en una fresca penumbra. Rosa se detuvo junto al camastro del viejo y se volvió. Domingo se detuvo.

— Vení, Domingo — dijo ella.

Domingo permaneció inmóvil. El silencio era total. Debido a la caminata que había hecho desde el pueblo, Domingo sentía la cabeza y el cuerpo calientes y húmedos; caminaba con frecuencia bajo el sol.

— Me voy a la ciudad, Rosa — dijo lenta y roncamente.

— Anda al diablo — dijo Rosa, y avanzó algo.

4

.. .Y hay huesos enterrados en otro tiempo, y si uno escucha, oye las voces a medida que el suelo cambia. Un buen día los huesos están afuera, sobre la arena. Tienen exactamente el color de la luna. Hay que estar solo, haber mirado largamente las estrellas y oír el primer quejido sin proponérselo, porque las voces se dan a quien ellas quieren, y no a quién las busca, y no dicen palabras sino momentos y noches; se oye como un batir de llamas, y un crepitar de leña, y pasos sobre la tierra.

Junto al raigón, bajo la luz de la luna, Domingo descabezó el pescado dándole de filo tres o cuatro veces con el cuchillo; después lo abrió por el vientre, le sacó los órganos con la mano y los arrojó al agua. El sauce estaba como encalado por la luz lunar. Domingo se puso en cuclillas junto al agua, lavó el gran cuchillo y después se lavó las manos secándose con el pantalón. Mientras recogía las líneas, los pescados y el cuchillo, oyó la voz furiosa del viejo en el rancho. Se incorporó y miró a través del bosquecito el verde resplandor que emergía de la puerta del rancho, tratando de escuchar. No oyó nada más. Comenzó a caminar hacia la casa. Los músculos de su rostro apretado estaban tensos, él lo sentía, y sentía también la misma tensión en todo el cuerpo. Recordó la tarde pasada: su rodilla entre las

piernas de Rosa, ella echándose hacia atrás, el cuerpo tirante, y después los dos cayendo sobre el camastro del viejo. Atravesaba el bosquecito. La luna espléndida tendía como pequeños velos claros en la fronda y en el pasto. A veces una porción de arena blanca parecía también un fragmento de materia lunar. No había brisa. Los mosquitos zumbaban en la oscuridad. A medida que avanzaba hacia la casa el aire iba haciéndose más cálido y pesado.

El viejo estaba parado en la puerta del rancho. Los perros merodeaban silenciosos, husmeando la tierra, sus dóciles cuerpos maleables serpeando en la penumbra, el pequeño espacio abierto frente al rancho. Domingo saludó.

El viejo no dijo nada. Estaba apoyado contra el marco de la abertura; no se movía, oscilaba involuntariamente, y no se movió cuando él pasó hacia el interior, mirándolo solamente; lo miraba pasar, los ojos rientes y escrutadores, y Domingo (no lo miraba) tocándolo al pasar de modo que el cuerpo del viejo osciló un poco más, dejándose oscilar levemente un poco más; al rozarlo Domingo atravesando el espacio exiguo de la abertura hacia la claridad verdosa expandida en el interior del rancho, pensó "me está mirando" y de nuevo vio la rodilla entre las piernas, la resistente y tirante anuencia doblándose hacia atrás y el tumulto floreado y jadeante cayendo sobre la cama.

Dejó los pescados sobre la mesa, la carne húmeda y casi palpitante todavía, amarilla y rojiza, y el cuchillo. La gran hoja, cuyo mango era negro, con dos pequeños círculos de cobre, era gris y veteada, de un solo filo.

Regresó.

El viejo no se había movido. Él debió pasar de costado tocándolo, y el viejo oscilaba contra la puerta, la mirada riente, el sombrero echado hacia atrás. Fue hasta el espacio abierto, caminando con lentitud, y quedó ahí, de pie, en medio de la penumbra cálida; encendió un cigarrillo. Primero se palpó el bolsillo de la camisa (los ruidos resonaban en el aire inmóvil), sacó el paquete y los fósforos, se colocó cuidadosamente un cigarrillo entre los labios, guardó el paquete y encendió un fósforo. La llama ascendió hasta el extremo del cigarrillo y al aspirar él, creció un poco. Él la arrojó hacia adelante y la llama cayó al suelo permaneciendo encendida. Domingo miró hacia un costado, hacia la cocina. Había luz, la difumada claridad verde, y la gran sombra de Rosa moviéndose o permaneciendo inmóvil por un momento.

La llama del fósforo se apagó. En el espacio abierto frente a la casa los perros erraban silenciosamente. Se arrimaban a Domingo husmeando sus alpargatas, y después se alejaban de él y él los veía evolucionar, los contornos como vetas grandes o nudos inquietos de la misma penumbra.

— Rosa — dijo el viejo.

Rosa no respondió.

El viejo pareció moverse molesto detrás suyo.

— Rosa — repitió.

Uno de los perros se detuvo. Alzó la cabeza mirando hacia el rancho, con una de las patas delanteras doblada en el aire, el paso interrumpido.

Rosa emergió en la puerta de la cocina. Trataba de acomodarse un mechón de pelo caído sobre su sien, con el dorso de la mano. Al parecer tenía grasa en las manos, o las tenía mojadas, o algo así. Tenía una expresión de enojo en el rostro, como si hubiera pasado algo entre ella y el viejo un momento antes.

—¿Qué pasa? —dijo de mala manera.

Domingo estaba vuelto ligeramente hacia ella, el viejo detrás suyo. El viejo se dio tiempo, quedando un momento sin hablar, como para que el silencio dejara perfectamente demostrado que él había llamado a Rosa y que ahora Rosa estaba ahí.

—¿Tengo un hijo o un perro rabioso? —dijo el viejo.

—No sé —dijo Rosa.

Domingo alzó levemente la cabeza. Una gran sombra marrón comenzó a cubrir la luna.

—No. Un hijo no. Un perro rabioso —dijo el viejo.

Avanzó al parecer. Domingo se volvió. El viejo lo miraba.

La nube cubrió toda la luna. No era en realidad una nube; era el extremo de una tormenta que ascendía. El bosquecito desapareció casi; quedó sólo un comienzo de murmullo de brisa, y un tumulto indiscernible de contornos confusos. El río también había desaparecido y los perros eran unas cosas veloces y sólo presentibles moviéndose en la masa negra del patio. En el cielo, hacia el sur, no se veía nada; hacia el norte eran visibles algunas estrellas cuyo brillo había disminuido. Eran unas verdosas piedras opacas incrustadas en un cielo ahora negro.

El viejo Arce y sus ojos sonrientes frente a Domingo, mirándolo.

—¿No te dije que pidieras un adelanto? —dijo.

Domingo no respondió. Avanzó, fumando, hacia el viejo, pasó junto a él, rozándolo de nuevo, el viejo quedó bamboleándose detrás, y Domingo penetró en el rancho. Sorteó la mesa y fue a echarse de espaldas en el camastro. Por el ventanuco, hacia el sur, vio que relampagueaba. Oyó la voz del viejo.

—Para qué los cría uno —decía en un tono salmódico y pesado—. Rosa. —Al parecer Rosa se hallaba nuevamente en el interior de la cocina, ya que oyó un "Eh", remoto y distraído por toda respuesta—. Rosa —repitió el viejo—. Vení para acá. Vení te digo.

—Lávese la cara, don Arce —oyó Domingo echado en el camastro que respondía Rosa—. Vaya, lávese la cara.

No oyó nada más por un momento. Estaba echado con el antebrazo bajo la nuca, la cabeza vuelta hacia el ventanuco, viendo el cielo negro en el sur, entre los árboles, el sur donde relampagueaba. Oyó los pasos del viejo. Retumbaban sordamente. "Ahora va a hacer algo" pensó viendo "Ahora está yendo para la cocina".

—Si yo te digo que vengas vos vení —oyó decir a la voz pesada del viejo Arce.

Domingo dejó de respirar por un momento.

—¿No? —dijo la voz del viejo, furiosamente reprobatoria. Y después de un breve silencio.

—Bueno. Ahora vení.

—Lávese la cara, don Arce —respondió la voz de Rosa—. Vaya, lávese la cara. "Ahora está parado en la puerta de la cocina", vio Domingo pensando "Va hacer algo".

—Bueno —oyó decir a la voz del viejo—. Bueno.

Oyó ruidos.

—No, don Arce —comenzó a decir rápidamente la voz de Rosa—. No, don Arce. Le digo que no.

—Deja, Rosa. Deja te digo —decía la voz del viejo.

Domingo saltó de la cama. Tiró el cigarrillo, lo pisó rápidamente, y al sortear la mesa golpeó el vértice con la cadera de modo que el farol tembló, tambaleándose, y todas las sombras se movieron. Él salió al exterior, al aire pesado, las sombras moviéndose detrás suyo por última vez y deteniéndose, y el viejo y Rosa forcejeaban en la puerta de la cocina. El viejo la tenía agarrada de la muñeca, y Rosa le daba golpes cortos y rápidos en el hombro. El viejo estaba afirmado contra el marco de la abertura, con las piernas abiertas, y parecía cómodo en esa posición. Domingo avanzaba rápidamente hacia ellos.

—Pero, pero... —dijo Rosa.

—Deja Rosa —dijo el viejo. Le dio un empujón, soltándola hacia Domingo. Rosa venía como volando hacia él. Domingo la sostuvo, doblándose él también por la violencia del golpe. Los tres quedaron inmóviles, mirándose al resplandor magro de la luz de la cocina. El viejo se enderezó, irguiéndose. Al hacerlo se le cayó por detrás el sombrero. Domingo y Rosa lo miraban. El viejo se agachó recogiendo el sombrero. Lo limpió con el codo y volvió a colocárselo tomándolo con dos dedos por la punta de la copa y ayudándose a calarlo por detrás con la otra mano. Después se acomodó la camisa rotosa y el pantalón. Ellos lo miraban. El viejo avanzó lentamente, pasó junto a ellos y penetró en el rancho. Cada relámpago iluminaba con destellos azules el patio y el bosquecito. Era no como si el bosquecito estuviera ahí, sino como si emergiera de algo y no completamente, cada vez que era iluminado. Parecía uno de esos barcos que en las noches de tempestad sumergen rítmicamente el contorno borroso de la proa en la profundidad del mar negro. Domingo soltó a Rosa y caminó hacia el espacio abierto, donde los perros vagaban inciertos, sus húmedos ojos emitiendo de vez en cuando pétreos reflejos amarillos. "Ahora va a venir, va hacer algo", pensó Domingo. "Está junto a la mesa, inclinado, esperando, decidiendo". Encendió otro cigarrillo. El primer fósforo se apagó debido a la brisa creciente. Encendió otro resguardándolo con las manos. Las manos le temblaban levemente. Por un momento, su piel fue translúcida, casi como el coral. El fósforo se apagó. Quedó la punta incandescente del cigarrillo, una vaguedad rojiza en la oscuridad. Se volvió, de golpe. El viejo estaba en la puerta, mirándolo. Rosa entraba en la cocina, desapareciendo por la puerta. El viejo estaba con una mano apoyada en el marco, el cuerpo inclinado y oscilante. No sonreía.

Los ojos sí: sonreían. A pesar de su cuerpo menudo el viejo parecía más macizo, más sólido. Salvo los resplandores de luz verdosa emergiendo de las aberturas de la cocina y del rancho, todo se hallaba a oscuras. La luz de los faroles era absorbida casi inmediatamente por la densa oscuridad del contorno. Domingo se hallaba en el límite impreciso de la claridad.

—¿Yo no te había dicho que pidieras el adelanto? —dijo el viejo, y como si hubiera estado aguardando detrás, escondida, esperando el parlamento, Rosa reapareció en la puerta de la cocina, y quedó allí, inmóvil. Tenía el dorso de una mano apoyado en la palma de la otra, a la altura del vientre.

Domingo dio un paso.

—No podía —dijo calmosamente. Y después, como si suspirara—: ¿Qué pasa?

El viejo también avanzó un poco. Ahora nada en él sonreía. —¿Qué me pasa? ¿Qué te importa a vos qué me pasa?

Domingo fumó largamente, echó el humo, y después, como si ayudara al viejo a sacar una conclusión:

—Yo sé lo que le pasa —dijo—. Cándido le reclamó la plata de la Rosa.

El viejo se aproximó y le pegó en la cara. Domingo no se movió. Uno de los perros salió velozmente de la oscuridad y se paró junto al viejo, mirándolo. Domingo arrojó el cigarrillo lejos de sí, con mucha calma.

—Para eso busque la plata en otro lado —dijo.

El viejo volvió a pegarle en la cara.

—Domingo —dijo Rosa desde la puerta de la cocina—. No lo dejes.

—Entra a la cocina —dijo Domingo.

El viejo le pegó por tercera vez. La nariz comenzó a sangrarle.

—Don Arce —dijo Rosa—. Hoy me hizo. Hoy a la siesta yo me dejé hacer. Yo me dejé hacer. Yo misma lo traje para la cama.

—Entra a la cocina —dijo Domingo. El labio superior le temblaba. Él lo sentía. La sangre le corría tibia y abundante por la boca y el mentón.

El perro salió disparado y se perdió nuevamente en la oscuridad.

Entonces el viejo alzó los brazos, con los puños cerrados y empezó a golpearlo en los hombros y en el pecho. Domingo no se defendió. No eran golpes tan violentos. "Basta con dejarme caer", pensó. "Me dejo caer y listo". "Después se va a tranquilizar". Se dejó caer. Cayó arrodillado. El viejo le dio una patada, jadeando, murmurando. Lo tumbó. Desde el suelo vio a Rosa correr hacia el viejo y las piernas del viejo volverse hacia Rosa. Se puso trabajosamente de pie. El viejo no le pegaba a Rosa, la sacudía solamente. La había agarrado por los brazos y la sacudía violentamente, sin pegarle. Por encima del hombro del viejo, Rosa lo miraba casi con sorpresa, a pesar de la violencia de los sacudones.

—Putá —dijo el viejo—. Putá.

Domingo sacudía la cabeza como para despejarse. Se dirigió al rancho, limpiándose torpemente la ropa con las manos, sintiendo detrás suyo a Rosa y al viejo. "No va a pegarle", pensó. Entró en el rancho. Se detuvo junto a la mesa. "No

va a..." Vio el cuchillo.

–Putá –oyó que el viejo decía a Rosa. Oyó un golpe. Rosa comenzó a lloriquear.

–Domingo. Me mata. Me mata. Domingo –gimoteó.

Domingo manoteó el cuchillo y regresó corriendo al exterior. Rosita estaba en el suelo protegiéndose la cabeza con los brazos, y el viejo le daba patadas con los dos pies. Domingo agarró al viejo de un hombro, lo elevó y lo dio vuelta. El viejo se encogió. Alzó la vista y vio el cuchillo sesgado en el aire a punto de caer. No dijo nada. Lo miraba con los ojos muy abiertos solamente.

–Oiga. Oiga –dijo Domingo. Movía la cabeza, los ojos semicerrados por la furia. El viejo apenas tocaba el suelo con la punta de los pies. Parecía un muñeco de trapo. Parecía consistir solamente en la cabeza y la ropa. Los pantalones le colgaban como vacíos.

–¡Escúcheme! ¡Escúcheme! –dijo Domingo. El cuchillo estaba alzado en el aire a punto de caer y el viejo lo miraba. Domingo comenzó a sacudir violentamente a su padre. Rosa se incorporó con lentitud y retrocedió mirándolos. Había como una expresión de terror incrédulo en su rostro y se tocaba la mejilla con una mano. Violentamente sacudido, el viejo intentaba abrir la boca como para decir algo. Miraba el cuchillo.

–¡Escúcheme! ¡Escúcheme! –dijo Domingo, y arrojó al viejo lejos suyo.

El viejo parecía volar hacia atrás, arqueado. Cayó en el patio quejándose. Quedó tendido inmóvil. Uno de los perros se separó de la sombra súbitamente y empezó a husmear al viejo.

–Entra a la cocina –dijo Domingo. Todo su cuerpo temblaba furiosamente. Rosa quedó de pie en la puerta y Domingo se volvió hacia ella mirándola.

–Bueno –dijo—. Entonces vámonos.

Un relámpago azul iluminó por un momento el bosquecito. Fugazmente se percibieron los troncos grises inclinados, inmóviles e intactos.

–Sí –dijo Rosa.

Domingo entró en el rancho. De un baúl sacó una campera vieja de lana, toda descolorida y un saco muy viejo también. Los dejó sobre su camastro. La nariz había dejado de sangrarle. La roja mancha sobre el mentón y la boca, distribuida como una pequeña mata de barba, se secaba y oscurecía. Salió nuevamente al exterior. El viejo estaba sentado en el suelo, donde había caído, calándose cuidadosamente el sombrero. Domingo fue a la cocina, pasando junto a Rosa, trajo un balde con agua y comenzó a echarse agua en una mano para lavarse la cara. Rosa fue, le quitó el balde y comenzó a echarle agua en las manos. El se lavó refregándose bien la parte manchada de sangre, secándose después con las mangas de la camisa.

El viejo se puso de pie sacudiéndose la ropa. Los miró sin decir nada y fue para el rancho. Domingo se detuvo un momento mientras se secaba viéndolo atravesar la puerta y desaparecer en el interior del rancho. Quedó un momento pensativo. Después continuó secándose.

—¿Dónde vamos a ir? —dijo Rosa. El labio inferior había comenzado a hinchársele. Lo tenía partido pero no sangraba: solamente era una estría roja, una raya vertical y profunda que dividía la carnosa protuberancia oscura en dos mitades. Rosa sostenía el balde por la manija, conteniéndolo por la base con la otra, como a punto de echar agua. Domingo la miró. Sacó un poco de agua del balde y aplicó suavemente la mano mojada sobre el labio de Rosa. Ella lo dejó hacer entrecerrando levemente los ojos. Domingo retiró la mano y se la secó en el pantalón.

—A la ciudad —dijo.

Rosa abrió desmesuradamente los ojos, en un gesto que parecía mezclar asombro y alegría.

Domingo se alejó hacia el interior del rancho. Cuando entró vio al viejo bebiendo un trago de caña de la botella que sabía guardar junto a la cama. Al entrar él, el viejo dejó de beber y lo miró sin tragar la bebida, haciendo un furioso y lento buche con ella. El fue hasta el camastro, retiró de encima el saco y la campera y regresó al exterior. El viejo lo miraba pasar, la botella en la mano, haciendo su interminable buche con el trago de caña.

Rosa estaba afuera en actitud de aguardar. Ahora tenía en la mano, enrollada, la revista de historietas del mediodía. Con la base del angosto cilindro de papel impreso y roto se golpeaba distraídamente la mano libre. Mientras salía, Domingo oyó toser al viejo.

—Vamos —dijo a Rosa.

Le dio la campera.

Comenzaron a caminar. Los relámpagos eran más frecuentes y prolongados ahora y su resplandor azul había adquirido un tinte verde, siniestramente amarillento. Lejos, muy lejos, se oían truenos. Domingo avanzaba adelante, con pasos rápidos, oyendo detrás suyo el leve tumulto de los pasos y los jadeos de Rosa. En medio de la cerrada oscuridad del espacio abierto frente a la casa, Domingo se detuvo dándose vuelta. Rosa siguió caminando, pasando junto a él. Domingo miró por última vez al viejo. Estaba de pie en la puerta contra la verde y difumada claridad que emergía del interior del rancho. Encogido y pequeño, su cuerpo oscilaba involuntariamente. Uno de los perros, sentado sobre los cuartos traseros, el hocico alzado hacia el viejo, se hallaba junto a él. Domingo se volvió y continuó caminando tan rápidamente que en seguida Rosa quedó atrás. Tomaron el sendero paralelo al bosquecito.

Fue en el momento en que llegaron a la esquina del hotel cuando empezó a llover: primero se trató de unas gotas grandes y lentas como lágrimas. En seguida fueron más rápidas, más finas y más tumultuosas. Después empezó el viento y, contra la luz del farol de la esquina, que se sacudía locamente como si colgara de una jardinera, el agua parecía descender en masas, en períodos, con todas las formas posibles y en todas las direcciones. Bajo la luz de la esquina la tierra arenosa brillaba y en seguida comenzaron a formarse pequeños charcos que reflejaban fragmentada y fugazmente la luz del foco. Ellos se guarecieron bajo el

angosto portal del hotel. Rosa se echó la campera sobre los hombros primero, después se la calzó, y más tarde se abrochó los dos últimos botones que le quedaban y se alzó el cuello. Aún cuando el viento cambiaba adoptando por un momento una sola dirección, y los remolinos de agua fina descendían rápida y oblicuamente más allá del portal del hotel, ellos, apretados contra la puerta cerrada, sentían sobre el rostro y el cuerpo las salpicaduras del agua constante e incansable. "No va a salir el ómnibus", pensó Domingo.

En efecto, no salió. El alba llegó lentamente; continuaba lloviendo. La atmósfera negra fue tornándose azul, después verde y finalmente adoptó una tonalidad grisácea que no desaparecería hasta la noche. Mientras aclaraba no dejó de llover ni un momento. "No va a salir", pensó Domingo. El alba verdosa parecía originarse en el centro de la plaza. Cuando no dormitaba de pie bajo el angosto portal, Rosa miraba hacia allí con los ojos muy abiertos, con una expresión entre asombrada y pensativa. El alba mostró los árboles lavados, lavándose.

Alrededor de las seis y media vieron por fin al viejo Arce cruzando la plaza en diagonal hacia ellos. Se había puesto sobre el sombrero una arpillera que lo protegía malamente del agua. La arpillera le caía sobre la espalda a modo de capa. Venía caminando ni rápida ni lentamente, sorteando los charcos, sin mirar hacia el portal del hotel, fijándose más bien con una rápida pericia donde ponía el pie, para no resbalar y caer. Por fin llegó a la esquina de la plaza y comenzó a cruzar la calle. Pisaba con la punta de las alpargatas rotas, los brazos separados del cuerpo para mantener mejor el equilibrio, mirando hacia cualquier parte menos hacia el portal del hotel. Llegó a la vereda. Se detuvo a un metro de distancia del portal. Detrás suyo estaban la calle y la plaza, los altos árboles increíbles, lavados, la lluvia derramándose incansable y sombría.

Domingo cerró los ojos, como fatigado, y en seguida volvió a abrirlos.

— ¿Qué pasa? — dijo.

El viejo carraspeó. No lo miraba.

— Bueno — dijo, carraspeando —. No es para tanto, me parece.

Hizo silencio. Domingo no le respondió. El viejo cambió de posición.

— Me estoy mojando — dijo —. ¿No me hacen un lugarcito en la puerta?

Domingo se corrió hacia Rosa. El viejo se acomodó junto a él y empezó a dar saltitos, como si tuviera frío, frotándose las manos y mirando hacia la plaza. Después quedó inmóvil.

— Estoy muy viejo ya — dijo —. Si vos y la Rosa se van, me voy a morir de hambre. ¿Quién me va a cuidar? ¿Quién me va a hacer la comida? La Rosa con nosotros no deja de ser un adelanto.

Domingo lo miró. Estaba furioso.

— Usted no vuelve a levantar la mano. ¿Estamos? — dijo.

El viejo lo miró por un momento. Después miró a Rosa.

— A tu padre no, Domingo — dijo —. A un padre se le debe respeto. No puedes decirme una cosa así.

Domingo no dijo nada.

– Tiene razón – dijo Rosa, muy seria, tironeándolo del saco – . Es tu padre.
Domingo suspiró.

– Vamos – dijo el viejo.

Comenzaron a caminar. Cruzaron la calle. El viejo iba delante, dando pequeños saltos para evitar los charcos. Detrás iba Rosa. Estaba completamente mojada. Llevaba en la mano la revista de historietas, mojada y hecha pedazos. Domingo iba a un metro de distancia de los dos, caminando lentamente bajo los árboles cargados de agua. En mitad de la plaza el viejo se detuvo. Miró a Domingo por encima de Rosa.

– Apenitas pare de llover y haga buen tiempo – dijo – vamos a hacer la galería.

1961

I

Amparo despertó alrededor de las cinco de la tarde. La ventana de la habitación del hotel que daba a la calle se hallaba cerrada, pero a través de la claraboya sobre la puerta, del otro lado de la habitación, frente a la cama, penetraba una luz gris, sin destellos, que producía en la habitación una claridad relativa. La puerta daba a la galería del primer piso. Del cuarto vecino llegaba el apagado rumor de un ventilador. Primero Amparo abrió los ojos (estaba echada de espaldas sobre la cama, un brazo cruzado blandamente sobre el pecho), vio el cielorraso, en esa porción de su superficie que se mostraba agrietada y manchada por la humedad y volvió a cerrarlos durante un lapso incalculable, sin saber si se hallaba despierta o dormida. Cuando tuvo conciencia nuevamente y se consideró completamente despierta, oyó el zumbido del ventilador en la pieza vecina, supo de qué se trataba, y abrió los ojos otra vez, sintiendo de inmediato la espalda y los brazos húmedos por la transpiración, la nuca caliente y pesada y ese gusto entre amargo y áspero, y algo seco y maloliente, que sienten en la boca cuando despiertan las personas que trasnochan demasiado. No se movió cuando estuvo despierta. Solamente sus ojos, unos ojos grandes, cálidos y oscuros, de los que Amparo solía decir con un orgullo un poco irónico que jamás se los había pintado, vagaban lentamente por el cielorraso, desde la porción de su superficie agrietada y manchada por la humedad hasta la trabajada y amarillenta moldura central de la que pendía el negro cable pringoso de la luz eléctrica, y de allí hasta las pequeñas rosetas de las esquinas de una de las cuales se había desprendido un fragmento en otro tiempo dejando como rastro visible de su paso una porción más áspera y más blanca, muy pequeña, que contrastaba con aquella lisa y amarillenta superficie. El resto de su cuerpo permanecía quieto. En seguida oyó también, viniendo desde el exterior, las bocinas de los automóviles y el súbito y metálico campanillazo de los tranvías. Hacía mucho calor. Era pleno enero. Pero Amparo, observando la calidad de la luz que penetraba en la habitación a través de la claraboya de la puerta que daba a la galería del piso alto, dedujo que se estaba formando una tormenta, una de esas pesadas, rápidas y sombrías tormentas de verano que impregnan la atmósfera de un peligroso tinte verde, y cuya amenazante preparación excede en gran medida a las consecuencias reales que produce.

Estaba vestida con una combinación sobre las prendas más íntimas, y uno de los breteles se había deslizado hacia el brazo desde su reluciente hombro moreno. El chico dormía a su lado: salvo una bombachita blanca, se hallaba completamente desnudo, uno de los pequeños brazos doblado cerca de la cara, la mano cerrada. Dormía al parecer con una gran placidez. Amparo desvió la cabeza y lo miró. La expresión de su rostro no se modificó al dirigir la mirada a su hijito. Más bien

adquirió una ligera dureza que cuajó en sus facciones durante un momento, arisándolas, haciéndolas como más filosas, hasta que fluyeron nuevamente, dando paso a una expresión que si en un principio pareció sombría fue volviéndose, poco a poco, como nostálgica o como melancólica.

Estuvo alrededor de quince minutos recostada, inmóvil, pensando. Después se levantó, dio unos pasos sin finalidad por la habitación, descalza, y en seguida se vistió con un batón sencillo, floreado y algo viejo, que abrochaba en la parte delantera mediante una hilera de grandes botones blancos. Fue y abrió la ventana: la verdosa claridad exterior, una luz profunda y penetrante, de tormenta, iluminó de inmediato la habitación. Asomándose al balcón espizó el cielo: unas pesadas y grandes nubes de un azul metálico lo cubrían totalmente, cernidas sobre la ciudad, inmóviles e implacables como un sólido monumento. Entre los ásperos e informes nubarrones destellaban ya unos débiles relámpagos. Permaneció un momento apoyada sobre la balaustrada de concreto, mirando el cielo y la ciudad de casas grises o blancas, de uno o dos pisos. Aquí y allá se destacaban con unos colores más fulgurantes y vivos en medio de la atmósfera húmeda, los edificios más altos: monoblocs de ocho o diez pisos, de fachadas de un blanco deslumbrante, verdes persianas, y unos toldos de lona anaranjada sobre los balcones idénticos. El aire estaba quieto, pero con una quietud que olía a provisoriedad, a preparación, como uno puede decir que una granada está quieta por dentro antes de estallar. La calle era toda gris ocho metros más abajo; y entonces Amparo contempló durante un momento el paso de la gente, de los automóviles y de los ruidosos tranvías, apoyada con aire pensativo sobre la balaustrada de concreto, hasta que recordó que ni siquiera se había lavado la cara al levantarse, y que su escotado batón floreado no era la prenda más adecuada para asomarse a la calle a las cinco de la tarde. Entró nuevamente a la habitación, se lavó la cara en la pequeña pileta (rajada también, sostenida por un caño que se hundía en el piso de madera) y después se detuvo un momento a arreglarse frente al espejo del ropero. Comenzó a peinarse con una rápida pericia, no con un peine común sino con un cepillo de plástico de duros dientes que chasqueaban al deslizarse con dificultad sobre su áspero cabello oscuro. Al mirarse con mayor atención en el espejo, Amparo fue moviendo la mano con una lentitud cada vez más marcada, hasta que, aproximándose un poco más a la lisa superficie en que estaba reflejándose, la expresión de extrañeza y atención hacia su propia figura aumentó en su rostro, y detuvo el movimiento de la mano por completo. Hacía tiempo que no se contemplaba: ahí estaba su rostro: los grandes ojos cálidos, el óvalo moreno de su cara rodeado por el áspero pelo corto, aquella nariz recta y dura, un poco fría, que contrastaba con los ojos y creaba el equilibrio necesario dando como resultado una expresión de gravedad, una gravedad y una tensión discreta ocultando, según Amparo pensaba de sí misma, un corazón apasionado. Pero no eran esos rasgos, tan familiares y extraños al mismo tiempo, los que llamaron la atención a Amparo, sino una expresión de su boca, una expresión que ella no conocía, o no había visto antes, consistente en una leve torción del labio inferior, en el lado derecho, junto a la comisura, viniendo a

cambiar de un modo completo la atmósfera de su cara. Sus labios eran, aunque un poco anchos, agradables: eran el otro tono cálido de su cara. Pero esa torción, no advertida anteriormente, los había vuelto rígidos, tensos y duros. Continuó peinándose. "Los años pasan", pensó Amparo. Y recordó cómo, cuando joven, sabía sostener que una bailarina debe retirarse de su profesión a los treinta años cuando mucho, recordando asimismo que ella iba ya por los treinta y cuatro y continuaba bailando cada noche en clubes nocturnos de baja categoría, en toda la república. Terminó de peinarse, dejó el cepillo sobre la mesa de luz y miró a su hijo. El chico abrió los ojos, le devolvió una demorada mirada de entresueño placentero y abúlico y volvió a cerrarlos. "Comer y dormir", pensó Amparo, "lo mismo que su padre". El padre del chico era un músico en desgracia que había vivido con ella un tiempo, en Buenos Aires. Cuando Amparo quedó embarazada (el médico le había advertido un tiempo antes que otro aborto sería sumamente peligroso para su vida) el músico, que había estado viviendo a costillas de Amparo todo el tiempo que estuvieron juntos, desapareció del hotel sin dejar rastro. El chico era rubio, de piel muy blanca y sonrosada, como el padre. Era además muy parecido físicamente a él. Al ver a su hijo, Amparo lo asociaba de un modo mecánico a la persona de su antiguo amor, y eso la inducía involuntariamente a tratar a la criatura de un modo no se diría frío o duro, sino algo áspero, como suelen tratar esas mujeres demasiado independientes a los hombres que dominan.

Amparo sacudió levemente al chico.

—Vamos, vamos —dijo.

El chico abrió los ojos y sonrió. Quedó acostado con los ojos abiertos, mirándola, y en seguida dejó de sonreír para hacer un gesto de pereza, indiferencia y desgano.

—Vamos, que hay que bañarse —dijo Amparo.

El chico no respondió. Amparo se separó de la cama, abrió el ropero, y sacó unas prendas del niño y una toalla de baño.

—Vamos, vamos, haragán —dijo Amparo, con aire pensativo, de un modo mecánico, mientras cerraba el ropero. Alzó al niño, que se apoyó sobre su hombro cerrando los ojos, y abriendo la puerta salió al pasillo del primer piso: era un largo pasillo con un amplio ventanal que daba al pleno cielo. En sus extremos se hallaba recogida una cortina de lona anaranjada con lunares blancos. El cielo visible desde allí era todo un enorme nubarrón oscuro, de un azul humo, pesado e inmóvil. Amparo fue hasta el baño, una puerta más pequeña que las pertenecientes a las habitaciones, y entró con el niño. El baño carecía de ventanas y claraboyas, de modo que debió encender la luz. Había un olor pesado y caliente en el interior, una mezcla de vapor húmedo y excremento. Bañó al niño, que al entrar en contacto con el agua se reanimó por completo, lo secó allí mismo, y después, envuelto en la amplia toalla de un color amarillo pálido, lo llevó de regreso a la habitación y lo dejó sobre la cama, desnudo y sonriente, y el chico aguardó en una cómoda y tranquila actitud, las rubias piernitas cruzadas, los brazos extendidos, que su madre lo vistiera. Amparo lo secó nuevamente, le espolvoreó con talco el culito y

las entropiernas, y lo vistió con un ajustado pantalón rojo, una remera blanca, y unas zapatillas livianas de suela de goma. Mientras su madre lo vestía, el chico se tocaba la nariz con el dedo, mirando con una relativa curiosidad a uno y otro lado, o hacía alguna pregunta, por ejemplo: "¿Cómo se llama esta ciudad?", o bien, "¿dónde vamos a ir, mami?", o tranquilamente, mirándola con sus pequeños ojos azules (los ojos de su padre): "¿Por qué nos quedamos aquí, mami?"

Después Amparo llevó al chico al balcón y lo dejó allí. El balcón era una pequeña balaustrada de material, sostenida por unas bajas columnas panzonas; había un espacio regular entre una y otra. El chico se acomodaba entre dos balaustres y miraba desde allí la calle. Amparo aprovechó para espiar ella también un rato más, antes de ir a cambiarse. Primero fue nuevamente a la habitación, encendió un cigarrillo, y al pasar frente al espejo volvió a detenerse. Ese rictus en el extremo del labio inferior continuaba. "Una no conoce ni siquiera su propia cara", pensó Amparo. Y en seguida: "Estoy poniéndome vieja, y eso empieza a verse en la cara. Dios mío", pensaba, pasándose la mano con suavidad y extrañeza por la mejilla. "No tengo nada ahorrado; y estoy sola, y para colmo volviéndome vieja. No hay hombre que me caiga simpático; no hay hombre para mí por el momento. ¿Qué pensarán de mí los que me ven en la pista, a mi edad (y no bailo bien, nunca bailé del todo bien), una madre de familia de treinta y cuatro años, bailando con un clavel rojo entre los pechos?" Dio una larga pitada al cigarrillo y devolvió una densa nube de humo que chocó contra el espejo expandiéndose sobre la lisa superficie.

Amparo regresó a la ventana, apoyándose en el marco de la celosía, y contempló el cielo. Los relámpagos eran ahora más intensos, y la atmósfera, oliendo a humedad y a polvo chamuscado, se había vuelto marcadamente más oscura. El chico estaba inmóvil, con la cabeza metida entre dos balaustres, dándole la espalda. "Su padre, igual que él, salía al balcón del hotel a la tardecita", recordó Amparo, echando pensativamente el humo del cigarrillo. En la lejanía, en los confines del cielo, resonó nuevamente un trueno prolongado: parecía una pesada piedra irregular rodando sobre una superficie de tablones.

La ciudad se hallaba envuelta en ese hondo silencio que precede a las tormentas. Cada sonido que llegaba hasta el balcón lo hacía envuelto en una especie de halo de silencio que lo transformaba en un separado y sólido cuerpo, único y abarcable. Amparo salió al balcón, dando dos fáciles y lentos pasos y alzó al niño que comenzó a patear sin alegría ni enojo, mirando la vidriera de una casa de música en la vereda de enfrente. La vidriera estaba llena de afiches y de cubiertas de discos de todos colores: en su interior había una pequeña luz verde encendida. Amparo depositó al niño sobre la balaustrada, de pie, apoyándolo sobre su hombro, y mirando la calle, abajo, lo sostuvo durante un largo rato. El niño miraba todo lo que sucedía abajo, el paso de los tranvías y de los automóviles, la gente que de vez en cuando señalaba en el cielo la inminencia de la tormenta, las carteleras de un cine unos metros más adelante, hacia la esquina, sobre la vereda de enfrente. "Y esta noche otra vez al cabaret", pensó Amparo, suspirando. Y más

en el fondo: "Estoy sola". Miró al niño: "Él no sabe nada; come y duerme, como su padre", pensó. Miró la calle. Ahora estaba desierta. Sólo un tranvía, avanzando con lentitud una cuadra y media más abajo, un amarillo y viejo tranvía, haciendo sonar con insistencia su dura campanilla. Una leve brisa comenzó a soplar. Amparo miraba avanzar el tranvía como subyugada, inmóvil, sosteniendo al niño de pie sobre el borde de la angosta balaustrada, y el ruidoso tranvía, en la calle desierta, hacía sonar la campanilla urgentemente, de un modo cada vez más intenso y rápido, llenando aquel impresionante, pesado, y oscuro silencio. Así hasta que, acercándose cada vez más, Amparo creyó que aquella campanilla resonaba no en la calle, sino dentro de su cabeza. Por fin pasó bajo el balcón, Amparo vio su techo gris y la roldana del trolley deslizándose rápidamente sobre el cable bajo el balcón, casi al alcance de la mano, y después se alejó con lentitud y estrépito calle arriba.

Amparo dejó al niño en el suelo, en el balcón, y entró nuevamente en la pieza, echándose sobre la cama. Fumaba pensativa. "Por mí pueden morirse todos", se dijo a sí misma. Miró el cielorraso manchado y agrietado por la humedad. "Por mí puede reventar toda la humanidad", pensó Amparo, apagando el cigarrillo en el cenicero de la mesa de luz.

Oyó las primeras gotas suaves cayendo sobre el techo. Llamó al niño, pero el chico no respondió. "¿No se habrá...?", pensó Amparo, afinando el oído, dejando de respirar por un momento. No oyó nada, salvo las grandes gotas de agua cayendo con alguna intermitencia, sobre el alto techo, el balcón, la calle. La atmósfera se había oscurecido aún más. Amparo saltó de la cama y fue con rapidez hasta el balcón: el niño se hallaba inmóvil, entre dos balaustres, mirando la calle con sus límpidos ojos azules.

– Vení para acá – dijo Amparo, con furia.

Lo alzó violentamente y le pegó dos veces en la cara.

– ¿No te dije que entraras? – le reconvino.

El chico lloraba asustado y sorprendido. Amparo lo dejó en el suelo, en la habitación, y el chico se fue llorando a un rincón y sentó allí, en el suelo, contra la pared, mirando a su madre, sin dejar de llorar, envuelto en la semipenumbra.

– Mocososo de porquería – dijo Amparo.

Encendió otro cigarrillo; sus manos temblaban. "Comer y dormir", pensó. "Mocososo de porquería". Después fue serenándose gradualmente. El chico continuaba llorando: después se calló la boca, pero permaneció sentado en el rincón, los ojos azules, como unas piedras húmedas y brillantes, mirando con insistencia a su madre para obtener el perdón y la reconciliación. Amparo ni siquiera lo miró. Con el cigarrillo en la mano, olvidándose del mal rato, se aproximó otra vez a la ventana apoyándose en el marco de la celosía. Ahora llovía intensamente, relampagueaba y tronaba. "Otra vez esta noche al cabaret", se dijo Amparo, mirando la calle con expresión melancólica. El agua le salpicaba el rostro: era una agradable sensación de frescura. Estuvo allí casi media hora, inmóvil, mirando el agua.

Cuando se volvió, el chico continuaba mirándola, los ojos azules abiertos en

una expresión de terror y sorpresa, sentado encogido, como si esperara un golpe, en el mismo rincón de la habitación al que la lluvia, desgarrando los pesados nubarrones de un color azul humo, había envuelto en una claridad singular, áspera, y verdosa.

1960

El taximetrista

a Frida y Federico Padilla

Para decir la pura verdad, y para hacer de paso algo de historia, habrá que declarar que él había manejado camiones antes de los veinte años, camiones grandes y pesados aunque capaces de movimientos dóciles, como los elefantes de los circos. En el ejército continuó manejándolos: entonces se trató de las mochas trompas kaki de los camiones militares, uno de los cuales estuvo a su cargo durante quince meses, al que con gran cuidado lavó, engrasó, raspó, pintó, probó y ajustó como preparándolo a caer ya para siempre en manos que no serían las suyas, tratando de dar a entender a la máquina que el minucioso cuidado que le prodigaba debía ser el aliciente de su resistencia futura, el fundamento moral de la misma. Lógicamente, el servicio militar terminó y, de vuelta a su pueblo, pudo comprobar que el pesado "Leyland" que había sabido manejar antes de los veinte años, tenía ahora otro conductor: un muchachón alto, dos o tres años mayor que él, decidido, charlatán, un tipo admirado en el pueblo que terminaría, sin duda alguna y, gracias a su siniestra actividad, convirtiéndose en el propietario del vehículo. Eso no lo desconcertó mucho; nada lo desconcertaba mucho. La nostalgia de la autoridad le hizo sentir durante dos o tres días el obscuro y apremiante deseo de regresar al cuartel, presentarse al jefe de compañía y ofrecerse para una conscripción vitalicia, arreglando por ese camino y para siempre todos los problemas. Un aviso en el diario de la capital produjo un considerable cambio de dirección: necesitaban un chofer con el servicio militar hecho. Él se encontraba en esas condiciones. Viajó a la ciudad y no dejó de experimentar cierto sentimiento de sorpresa al enterarse de que era el único postulante. Al parecer, Coria, el dueño del coche, tenía problemas con la administración del diario. Debido a un capricho, por una cuestión de bonificaciones (la bonificación pertenece al orden de la cortesía, no de las finanzas, porque casi siempre la cantidad que descarga la bonificación ha sido previamente recargada sobre el precio corriente de la venta), estaba debiendo unos avisos. No se trataba de un problema de pesos: era una cuestión de ética comercial y amor propio. Cuando el administrador del diario revisó los primeros ejemplares de la edición y vio el aviso, pasado al taller por un empleado de administración que recibió de rebote una considerable filípica, detuvo la edición y modificó la plancha. El administrador era un tipo empeinado y riguroso: no tragaba a Coria. La relación psicológica que mantenían, la relación fuera de comercio, se hallaba signada por una intolerancia recíproca, una antipatía siempre conectada que daba como resultado una especie de tensión chestertoniana-shawiana exactamente al revés. La primera tanda del tiraje, con el aviso insertado en ella, fue al interior de la provincia, a dos o tres pueblos a los que la edición se

enviaba antes de ser repartida en la ciudad, con el objeto de que la aparición del diario fuese simultánea en distintos puntos de la provincia. Siendo el único postulante, y demostrando pericia como conductor, y muchos conocimientos de mecánica, lo que significaría mensualmente un considerable ahorro en el rubro reparaciones, Coria le dio el empleo. Así fue en realidad cómo empezó la cosa.

Era alto, muy flaco, de piernas muy largas y brazos largos, y su cabeza era grande y huesuda: la frente, los pómulos, el mentón, las quijadas, la nuca. Algo en la atmósfera de su cara daba la impresión de que siempre se hallaba sonriendo o a punto de sonreír, pero eso era un espejismo producido por la expresión de sus ojos, algo saltones y sin embargo angulados, y de un modo bastante raro de arrugar la nariz, una nariz grande y filosa, pero no ganchuda, que caía a pique sobre unos labios finos y afables de campesino que al sonreír de verdad lo hacían de una manera delicada y demorada, a punto de ceder siempre ante el interlocutor, no tanto por falta de carácter como para sacárselo de encima, en un rasgo de cortesía interesada que le permitía ganar siempre de mano y regresar tranquilamente a sí mismo.

El trabajo terminó por gustarle: alquiló un cuarto con pensión completa en una casa de familia que daba hospedaje a dos o tres inquilinos más, no demasiado lejos del centro, y tomaba el servicio durante ocho horas, de día o de noche, según el aumento o la disminución del trabajo, ya que las noches de la semana sufren la desvaída invasión de esa especie parasitaria y desigual que son los calaveras recalcitrantes y que difícilmente separan del dinero conseguido para cada noche de juerga lo necesario para regresar en taxi a sus domicilios, y en cambio los sábados y domingos, cuando los empleados públicos o bancarios, o las chicas y muchachos de buena familia deciden tirar la casa por la ventana yéndose al cine, o a un baile, o a cenar afuera, o a los bares y confiterías del centro que los feriados permanecen abiertos un par de horas más, la calle se puebla de gente cansada y desilusionada de la expansión social que desea tomar un taxi aunque no sea más que para regresar rápidamente a su casa, desvestirse en medio de suspiros de desaliento y fatiga, y acostarse de una vez por todas para llegar cuanto antes a esa decepcionante tabla de salvación a la que se aferra todo ser humano mentalmente desocupado: el día siguiente. Su experiencia del trabajo diurno era la repetida visión del arribo de los ómnibus de todos los puntos del norte de la provincia, de Rosario, de Buenos Aires y de Córdoba, y los grupos apurados de sucios viajeros precipitándose a las colas de la parada de taxis, arrastrando valijas y criaturas asustadas y desconcertadas, despedidos por las bocas de los andenes de la estación sin una frecuencia regular, en un clima de inercia y desorden, análogo al que uno puede percibir cuando observa cómo se abre la rampa de un lanchón en el puerto para dejar caer una muchedumbre de mojarras todavía vivas en la canasta de una pescadería. En cambio, su experiencia de la noche era diferente y hasta opuesta: se daba el lujo de elegir las calles lejanas del centro para recoger de vez en cuando una pareja (un hombre y una mujer, jóvenes, caminando lentamente bajo los árboles, una noche de verano: un pantalón blanco deslumbrante, y un vestido

floreado, amplio y vivo, de colores atenuados por la penumbra, sobre los que cae, mezclándose al desorden artificial de la tela, la sombra diligentemente perforada de los árboles) y llevarla al discreto Averno de un hospedaje clandestino, o bien una familia completa (padre, madre, hijo, nuera, nietos) o un par de matrimonios jóvenes que han dejado por esa noche los chicos en casa de los suegros y que comentan entre bostezos el final del film que media hora después olvidaran como ficción e incorporarán como aspiración de logro imposible en el mínimo y mezquino tejido inseparable de sus vidas. A fin de mes cobraba su sueldo, separaba una cantidad determinada de billetes, iba al Correo Central, hacía un giro con ellos a nombre de su madre y esa noche, antes de acostarse, garabateaba unas líneas que adjuntaba al giro, ensobrando después con sumo cuidado, como lo hace la gente no acostumbrada a escribir cartas con demasiada frecuencia, la hoja escrita con una letra apretada y legible, propia del individuo que ha terminado de un modo normal y satisfactorio el sexto grado primario. A la mañana siguiente, cruzándose desde la parada de taxis hasta el Correo Central, un alto y moderno edificio alzado frente a la terminal de ómnibus, despachaba la carta de un modo frío y diligente al mismo tiempo, como puede hacerlo solamente una persona que cumple con una obligación que nadie, excepto ella misma, le ha impuesto. Su madre y su padre vivían todavía en el pueblo en compañía de la única hermana soltera que le quedaba, una chica menor que él que había tenido la desgracia de ser embarazada a los diecisiete años por un viajante de comercio. Después del incidente la chica había tenido la criatura y el viajante había cambiado de zona. Su padre era también camionero, por cuenta de un cerealista del pueblo que era el propietario del camión. Transportaba trigo y maíz a la ciudad y de vez en cuando se aparecía por la estación de ómnibus, donde el taxi tenía la parada, para entregarle algún paquete enviado por su madre. Si no estaba el coche, su padre lo esperaba. Era también un campesino, alto como él, pero grueso, de un rostro áspero y seco, de unas manos grandes, como de madera, ásperas y rojas. A raíz del incidente de su hermana con el viajante, su padre había adoptado una actitud sádica, que él no había podido perdonarle: determinó no mudarse del pueblo, y se empeñaba en mandar a la chica a todas partes, al almacén, al bar, a la carnicería, sobre todo en los meses en que los signos exteriores del embarazo se habían tornado más visibles. Su hermana había intentado envenenarse, y el chico nació muerto, al día siguiente, a raíz de un parto de emergencia. Eso había sido para la época en que a él lo incorporaron al ejército. Ahora, desde que estaba en la ciudad, su padre adoptaba una actitud tímida y vacilante cada vez que venía a visitarlo. Él intentaba darle un trato afable, pero esa marcada tendencia a la humildad y al reconocimiento de la falta cometida que su padre trataba de evidenciar a toda costa, lo inhibían mucho más que la maldad o el orgullo. Así que, por lo general, sus conversaciones no pasaban de ser trabajosos y pesados intentos de llenar lo mejor posible, sin ningún resultado positivo la mayoría de las veces, media hora de tiempo. Esa situación era el motivo por el cual no iba a su casa más que para las fiestas de fin de año a pesar de que el pueblo se hallaba a menos de cien kilómetros

de la ciudad.

De haberlo querido, en un solo día habría podido partir a la mañana en ómnibus, desayunar, almorzar y cenar en su casa, con su familia, y a medianoche acostarse en su cama de la pensión, en la ciudad. No lo había hecho nunca: de su padre no le molestaba tanto la falta cometida como los remordimientos y a esa tensión insoportable creada por la sumisión de aquel hombre que alguna vez le había enseñado con una plácida y orgullosa pericia a conducir aquellos pesados camiones que él había observado y admirado desde los siete u ocho años, se agregaba la conducta irregular de su hermana que se estaba cobrando, ya a perpetuidad, con esa característica usura para la venganza que es más frecuente encontrar en las mujeres que en los hombres, aquella crueldad circunstancial de su padre. Su madre permanecía ajena a todo, era una mujer silenciosa, tímida y anuente. Jamás discutía y lloraba a menudo tratando de que nadie lo advirtiera. Por esa razón él enviaba a su nombre el dinero, aunque estaba seguro de que era incapaz de gastar cinco centavos para ella y de que los billetes que separaba de su sueldo con naturalidad y cuidado cada fin de mes, y depositaba religiosamente sobre el mostrador del Correo Central, eran utilizados en su totalidad por su hermana, que alimentaba con ellos a un atorrante del pueblo, un hombre casado que, además de mantener relaciones con ella, equilibraba los gastos de su casa mediante ese dinero, recuperando de esa manera las horas que perdía haciendo el amor con su hermana (circunstancia que todo el pueblo conocía) en la casa de un amigo soltero.

De ahí que las visitas de fin de año le resultaran tan oprimentes e insoportables y que no permaneciera en su casa más que la Nochebuena y el feriado de Navidad y la noche de fin de año y el feriado del primero de enero. La noche del veinticinco de diciembre regresaba a la ciudad y volvía al pueblo la noche del treinta y uno. Llegaba alrededor de las once. Esperaba el fin de año junto a la mesa servida, tomaba una copa de sidra y comía un pedazo de pan dulce (había observado también que en su casa no encontraba gusto por la comida; que él, que no era goloso aunque sí frugal, no podía sentir en la mesa de su casa el mismo placer que sabía experimentar ante la mesa servida de la pensión en la ciudad) y se iba a dormir para apresurar el día siguiente, que ocupaba realizando visitas a sus viejos amigos del pueblo. Regresaba a la ciudad por la noche. Y ya en el ómnibus, más de una vez, al experimentar ese obscuro sentimiento de alivio que lo invadía apenas el ómnibus se ponía en marcha, había sentido una especie de nostalgia, algo semejante a la amargura, originada por el hecho de que no podía explicar a su familia aunque hiciera un poderoso esfuerzo para lograrlo, que él no se sentía ni ofendido ni enojado por esa situación irregular que ellos pretendían que él aceptara, que no había tampoco ninguna cuestión moral de por medio, y que él le habría permitido a su padre una sumisión mayor o un sadismo mucho más marcado, y a su hermana una disipación sin límites, con tal de que no pretendieran, como lo hacían, obligarlo a él a ser el juez en última instancia de esa causa perpetua que se estaba ventilando en su casa.

Por otra parte, y a diferencia de los otros choferes, no tenía franco. No lo había pedido. No habría sabido qué hacer con él. Es cierto que su trabajo no era estricto ni severo, que nadie controlaba su horario y que, si hubiese querido, habría podido hacer más de un viaje extra con el coche, pero ese no era el asunto. El asunto era que no tenía franco, que no disponía, por ejemplo, de todos los miércoles del mes, para hacer con ellos lo que le diera la gana. Durante los días de trabajo llegaba a la estación, se sentaba ante la mesa del bar, frente a la parada, junto con los otros choferes, y se quedaba oyéndolos hablar sobre mil cosas, los codos apoyados sobre la mesa, la cabeza sostenida por la quijada con la palma de la mano, o bien echado plácida e indolentemente sobre la silla, sin abrir jamás la boca. Nadie se dirigía a él cuando conversaban. No era más que un perpetuo oyente, silencioso, quieto, que ni siquiera ocupaba las manos en encender o sostener un cigarrillo, porque no fumaba, que nunca tomaba otra cosa que no fuese café, o una naranjada en el verano, porque tampoco bebía por iniciativa propia, y cuyo placer mayor consistía en eso: en estar ahí, sentado, en silencio, oyendo a los choferes parlotear sobre mil cosas, sin decir jamás una palabra. Cuando se hallaba en el coche, efectuando un viaje, si por casualidad recordaba el bar de la estación, donde se hallaban en ese momento los choferes desocupados conversando, le recorría la espina dorsal una especie de escalofrío de voluptuosidad, sabiendo que apenas dejara al pasajero podría dar vuelta la esquina, regresar, detener el coche frente a la parada y con un par de largos trancos aproximarse a la mesa, sentarse y permanecer en silencio el resto del tiempo. De haber sido condenado al día franco, habría resuelto el conflicto de la misma manera: se habría levantado temprano, a la hora acostumbrada, habría desayunado rápidamente en la pensión, habría tomado el coche con la banderilla enfundada en la sucia gamuza amarilla con que la cubría cuando se iba a comer y se habría dirigido a la estación; habría detenido el Chevrolet (con un ligero sabor de envidia o de nostalgia en el corazón) unos metros más allá de la parada para no confundir a los pasajeros y se habría quedado el santo día en el bar de la estación, esperando con una desmedida impaciencia la mañana siguiente, en que podría comportarse de un modo similar sin sentirse de ninguna manera un extraño o un intruso entre los otros.

A pesar de no haberle acordado día franco, Coria lo protegía, tratándolo con un aire jovial y paternal al mismo tiempo. Coria era un hombre bajo, algo grueso, de nariz quebrada, y unos ojos grises pequeños y rápidos como los de un pájaro. Había sido boxeador amateur durante un tiempo, hasta que, durante una discusión extraprofesional, le vació el ojo de una trompada a un entrenador, incidente que interrumpió su carrera justo cuando se hallaba a punto de incorporarse al profesionalismo. Su nariz quebrada era el saldo de su rápido paso por el deporte. El incidente con el entrenador lo favoreció en gran medida ya que, interrumpida su carrera, al quedarse sin saber qué hacer, se despertó en él una súbita inclinación por el comercio. Le fue al pelo. A los cuarenta y cinco años era propietario de un coche que explotaba como taxímetro y un puesto mayorista de verduras y frutas en el Mercado de Abasto, atendido por un ex inspector de policía que gozaba de una

parte de los beneficios del capital en carácter de habilitado. Coria era un hombre activo y enérgico. A medida que su capital fue creciendo fue haciéndose característico en él un modo de obrar rápido y terminante, con pretensiones de ecuanimidad, que lo hacía jactarse delante de sus amigos de la singularidad de su carácter. Para él las cosas debían hacerse en seguida o no hacerse. Debían, hechas en seguida, hacerse bien. Y hechas en seguida y bien, en la concepción del mundo de Coria, significaba oscuramente hacerlas con el máximo de provecho personal, la más límpida y rigurosa ostentación y el menor peligro posible de ridículo. Sin embargo, y a pesar de todo, en el fondo de su corazón Coria sustentaba una concepción trágica del pequeño comercio, y estaba seguro de que, en cuanto a capital y a posición social, no podría exceder jamás de determinado límite. Eso lo ponía en una situación análoga a la del condenado a muerte que sabe que ningún exceso ni ninguna salida de tono pueden hacerle el menor daño. Lógicamente, esa impunidad lleva en el fondo una carga de amargura muy grande, en especial dirigida hacia los responsables de la situación, e impele en gran medida a exhibir, con fines verdaderamente ambiguos, las causas que han llevado a ese aparente estado de privilegio.

De ahí que la vida de Coria fuese irregular, ociosa y desordenada. Por el Mercado de Abasto aparecía nada más que de cuando en cuando, y se pasaba la mayor parte del tiempo jugando al billar por dinero o bebiendo en los bares del centro. Tenía crédito en todos los lupanares de la ciudad. Como excepción hecha de un hermano que se hallaba en una situación económica todavía más sólida que la de él, Coria no tenía familia, iba muy poco a su casa, viajaba a menudo a Rosario o a Buenos Aires siguiendo la pista de alguna bailarina, o bien para asistir al hipódromo o a alguna pelea de importancia, durmiendo muchas veces donde la noche lo pescaba, incluso cuando se hallaba en la ciudad misma. A veces tomaba de más y entonces se ponía siniestramente sentimental: era capaz de matar al que no escuchaba sus quejas, sobre todo cuando hablaba de su finada madre. Cualquiera le habría tomado el pelo de no haber estado al tanto de que, hallándose fresco, Coria era rápido y astuto para los negocios, y que una súbita mirada de sus crueles ojos grises, en un momento de furia, era algo verdaderamente difícil de soportar.

2

El viento de octubre, cargado de polen, un viento espeso soplando en una atmósfera amarilla desde el principio de la primavera, se detenía solamente al crepúsculo, en una especie de palpitación tensa que disminuía con lentitud; hasta el oscurecer la ciudad permanecía quieta. De noche el viento recomenzaba, arrasando una niebla tenue que el largo atardecer formaba en el cielo, iluminado por una luna tibia y clara, y unas estrellas suaves y cálidas de un inquietante brillo verde. Soplabla hasta el crepúsculo del día siguiente: y entonces, nuevamente, a la

caída de la tarde, volvía a detenerse en medio de unos tensos aleteos cada vez más lentos, parecidos a los de una extinción gradual o a los de una derrota.

El viento agitaba los árboles cuando detuvo el coche frente al bar de la estación y vio a Coria en compañía de la mujer vestida con un suéter liviano de color rojo y una pollera negra, ajustada a los muslos. La mujer era joven, de baja estatura, bien formada, y apretaba un monedero y un pañuelo en la mano derecha. Lo miró atentamente, como para saludarlo, y no la reconoció en seguida, pero al poner la palanca de cambio en punto muerto, cerrar el contacto y comenzar a abrir la portezuela para descender, ya había recordado quién era. Coria se había vuelto hacia él, sin aproximarse, y la mujer quedó algo relegada. Dio dos trancos rápidos hacia la pareja mientras la portezuela del Chevrolet se cerraba con estrépito detrás suyo.

—¿Cómo vamos? —dijo Coria. Su nariz quebrada era una forma obscena entre sus duros y rápidos ojos de pájaro.

Respondió con un tono distraído.

—Bien —dijo, sintiendo que la mujer lo contemplaba.

No la miró. Miró hacia el bar, por encima de la cabeza de Coria. Las cabezas de dos criollos, de piel oscura y olivácea, bajo las alas de unos anchos sombreros de fieltro negro eran visibles a través del ventanal. Volvió la vista hacia la mujer: el viento le sacudía el cabello, levantándose por detrás, y ella se había puesto una mano sobre la coronilla de la cabeza para sostenerlo.

—Vamos al bar —dijo Coria—. Vení, Dora.

Caminaron él y Coria delante, detrás Dora. El reloj hexagonal del bar marcaba las cinco y veinticinco. Había mucha gente hablando en voz alta, de modo que un murmullo desordenado llenaba el recinto. Era un largo salón con un mostrador de tres alas, en forma de U, dispuesto en el centro. El rectángulo se cerraba en el fondo del salón con una heladera baja que exhibía tras su vidriera postres, pescados, frutas, aves muertas, quesos y fiambres. En uno de los extremos del mostrador un hombre manipulaba con cierto aire rutinario una caja registradora. Se sentaron en una mesa próxima a la puerta de calle, junto a la de los dos criollos. Ahora vio que llevaban anchas bombachas y zapatillas de goma blancas, nuevas.

Dora se sentó; él no la miraba. Coria se sentó con el brazo extendido hacia él, la palma hacia arriba, indicándole cortés y distraídamente que se sentara. Dora quedó a su costado, Coria enfrente, y por encima de su cabeza, a través de los anchos ventanales que daban a los andenes de la estación, podía ver los ómnibus pintados de diferentes colores, congestionados en los estrechos andenes, y una gran cantidad de gente revisando sus boletos, dándose besos de despedida, corriendo de un lado a otro o haciendo pacientes colas en los andenes correspondientes a los ómnibus suburbanos. Se oían la música y los avisos publicitarios a través de los altoparlantes de la estación, vagamente. Coria pidió cerveza para los tres.

—¿Ustedes se conocen? —dijo. Señaló a Dora. Él se puso de pie y le estrechó

la mano. Dora lo miraba; la miró fugazmente, por un momento y después miró a Coria que bebía un largo trago de fría cerveza dorada. Volvió a sentarse. Bebió un corto trago de cerveza y quedó con el vaso en la mano. El vaso de Dora continuaba intacto sobre su plato. Ella se hallaba rígidamente sentada en la silla.

– Tenés que llevar a Dora a esta dirección – dijo Coria. Comenzó a rebuscar en los bolsillos de su saco sport, de un color mostaza. Sacó un papel con unas anotaciones garabateadas a lápiz sobre su superficie – . A las nueve la traes aquí de vuelta. Yo voy a estar esperando.

Él leyó la dirección y la guardó en el bolsillo de su pantalón, estirando su larga pierna flaca a un costado de la mesa para facilitar sus movimientos. Coria se volvió hacia Dora. Le acarició el mentón haciéndole tiernas guiñadas. Dora le sonrió con pereza.

– Hay gente aquí, corazón – le dijo.

– ¿Esta noche sí? – dijo.

– Sí – dijo Dora.

– Toma un poco de cerveza – dijo Coria.

– No – dijo Dora – . No tengo ganas.

– ¿Aunque yo te lo pida? – dijo Coria. Ponía un rostro siniestramente tierno al decirlo.

– Sí, corazón – dijo Dora, con la misma pereza de antes – . Aunque vos me lo pidas.

Coria lo miró:

– Estoy por casarme – dijo – . ¿Qué te parece?

Él estaba bebiendo en ese momento; lo miró por encima del vaso.

– ¿Con quién? – preguntó. En seguida advirtió que su voz había estado demasiado mezclada con un tono de asombro – . ¿De veras? – dijo.

– Con Dora – dijo Coria – ¿No es cierto, Dora?

– Sí, corazón – dijo Dora.

– Dora no está de buen humor hoy – dijo Coria – . Vas a ver que es una chica excelente. Toma un poquito de cerveza. Sí. Sí. Un poquito – dijo a Dora.

Dora bebió un trago y dejó la copa sobre su platito, con una expresión de desagrado.

– No tengo ganas – dijo.

– Bueno – dijo Coria – . Vayan.

Él terminó de un solo trago su cerveza. Se pusieron de pie. Dora se alisaba la pollera con las manos. Recogió el pañuelo y el monedero de sobre la mesa.

– A las nueve – dijo Coria poniéndose de pie y dándole un golpecito en el brazo.

Salieron. El viento soplaba todavía afuera. Dora se llevó la mano a la coronilla de la cabeza, para no despeinarse. Desde la vereda sintió que Coria lo llamaba. Regresó. Coria lo esperaba en la puerta del bar.

– Dame un poco de plata – le dijo.

Él sacó la cartera y le dio todo lo que tenía en billetes grandes: doscientos

cincuenta pesos. Se guardó dos billetes de diez. Si Coria se encontraba en el centro sin dinero se llegaba hasta la estación y le pedía lo recaudado durante la jornada; lo hacía bastante a menudo.

— Perfecto — dijo Coria — Hasta luego.

Entró nuevamente en el bar. Él regresó. Dora lo aguardaba junto al Chevrolet. Él abrió la portezuela trasera, la hizo pasar al interior del coche, y cerró nuevamente la portezuela. Vio por última vez a Coria en el interior del bar, charlando y riendo con el cajero.

Dobló frente al edificio de Correos. Por el retrovisor veía a Dora contemplarle la nuca. Ella desvió la cabeza (detrás suyo, en el retrovisor, la ancha calle empedrada, la larga hilera de camiones estacionados, el sol dorando las copas de los árboles, iban alejándose, agrupándose en una abigarrada y viva mezcla de colores y de movimientos brillantes) y lo miró a través del retrovisor, sonriendo. Se apoyó en el respaldo del asiento delantero, de un cuero color café con leche. Le tocaba el hombro con el codo.

— ¿No te acordás de mí? — dijo, mirándole el perfil primero, y al verlo mirar con atención el camino, sonriéndole después por el retrovisor. Le dio un golpecito en el hombro con la mano libre. En la otra apretaba el monedero, un monederito de plástico floreado, y el húmedo pañuelo floreado —. ¿Me puedo sentar adelante?

El coche dobló frente al parque del Palomar y tomó por la avenida del puerto, hacia el río. La luz solar penetró en el coche con unos reflejos súbitos e intensos, a través del vidrio trasero, refractándose sobre el retrovisor. Lo movió para no encandilarse.

— Al principio no te reconocí — dijo, mirando hacia la calle y comenzando a sonreír. Delante del coche un camión tanque aminoró la marcha para doblar por la primera transversal, frente a la entrada del puerto. Él aminoró a su vez, cambió la marcha, y se colocó detrás del camión. El camión de "Shell" dobló lentamente pesado y cuidadoso y el Chevrolet lo sorteó por la parte trasera, acelerando la marcha junto al cantero central de la avenida. Las palmeras y las tipas se inclinaban agitadas y sacudidas por el viento. Al fondo de la calle, que hacía una curva varias cuadras más adelante, el viento incesante formaba unas vagas nubes de un polvo fino y blanco. El cielo se hallaba límpido y brillante.

— No te reconocí porque estás muy cambiada. Giménez me dijo la semana pasada que estabas otra vez en la ciudad.

— ¿Puedo pasar adelante? — dijo Dora —. Hay mucho sol aquí.

Detuvo el coche. Dora descendió mientras él abría la puerta delantera, pasó adelante y él, estirando el brazo por detrás de ella, cerró la portezuela nuevamente. No arrancó en seguida. La miró. Ella lo miraba sonriendo: ahora tenía los ojos pintados, azules, los labios pintados, y el pelo cortado de una manera diferente. Estuvo mirándola un momento, como para descifrar con lentitud el significado de aquel cambio. Ella se puso de costado hacia él, dejando ver los gruesos y duros muslos, las pétreas rodillas encimadas sobre el asiento. Tenía la piel del rostro algo quemada y tensa, algo gastada.

– Pavote – dijo.

El coche arranco. Él sonreía.

– Estuve por buscarte, – dijo Dora –. Le pregunté a Gabriel. Pasé un par de veces por la estación. No te vi.

– ¿Qué haces ahora? – dijo.

– ¿Ahora? – dijo Dora –. Nada. Lo de siempre.

– ¿Podes? – dijo –. ¿Podes ahora?

– Trato, – dijo Dora, secamente, sentándose derecha y mirando hacia adelante –. Dame un cigarrillo.

– No fumo – dijo, con gran calma. Está bastante enojada, pensó. Pero aquella noche no, aquella noche había estado silenciosa, cautelosa, había estado humilde y como derrotada. Aquella noche del final del último verano la había encontrado en la "Arboleda" sola y callada, cavilando bajo las casuarinas, sentada en un banco semicircular de piedra a una mesa redonda de piedra, junto a las cabañas donde las chicas recibían a la clientela. El propio Gabriel Giménez lo había conducido hasta ella. Le había puesto una fría copa de whisky en la mano, diciéndole: "Es una pobre chica; necesita ayuda; conviene que se vaya de aquí esta misma noche", y lo había sentado junto a ella en el banco semicircular de piedra. Lo recordaba: el final del verano bajo las casuarinas murmurando en el viento de la madrugada, entre los árboles, cuyo verdor refractaba apenas la atenuada y sucia discreción de las lámparas culpables. Ahí le contó ella que la oficina de Correos que atendía en el pequeño pueblo de Misiones había estado siempre exclusivamente a su cargo. Lo repitió varias veces, hasta que él, lo recordaba, supuso que en el corazón de Dora existía algo que le impedía olvidar ese hecho. Se lo dijo. Entonces ella le contó que se había tomado dos días de vacaciones, poniendo un reemplazante, y que al regresar se había encontrado con que el reemplazante había hecho un pago indebido, por cuenta de la Caja de Ahorros, a un hombre que había pasado en automóvil por el pueblo, siguiendo al norte, y que se había presentado con una libreta adulterada. "El reemplazante lo puse por cuenta mía – dijo ella –. Yo le pagaba. Dejé todos los papeles firmados, como si yo no hubiera faltado a la oficina". Cuando se enteró de la estafa pidió diez días de licencia antes de declararla, y se vino a la ciudad. Había viajado más de mil kilómetros hasta la casa de su hermana. Trabajaba en el prostíbulo para restituir el dinero. La hermana y el cuñado creían que ella dormía en la casa de una amiga. Ella no lloró ni adoptó un tono lastimero al contárselo; se lo contó sencillamente, jugando con los botones de su vestido, y casi sonriendo. En realidad no sonreía. Parecía estar sonriendo, pensó ahora, mientras lo recordaba. "Gabriel no sabe nada – había dicho Dora esa noche –, piensa que no sirvo para esto y me parece que tiene razón. No sabe nada y no se lo diría tampoco. No sé por qué se lo digo a usted". Entonces se había quedado mirándolo; ahora lo recordaba. "¿Qué tengo que hacer?". El había respondido sin vacilaciones. "Pierda el empleo o vaya a la cárcel". "Estaba pensando en eso", había dicho ella. "Antes de venir aquí, le aseguro, que ni siquiera con mi novio..." "Eso no importa", recordó que había dicho. "Eso no importa nada".

Las casuarinas silbaban y murmuraban en el viento. Ahora Dora se hallaba sentada junto a él en el Chevrolet. No la miraba: sólo se hallaba escrutando calmosamente la avenida soleada, las palmeras, percibiendo sin mirar, a su costado, la roja mancha del suéter, la rígida figura de Dora, tensa y al parecer ofendida contra sí misma. Había sido diferente aquella noche, pensó, rememorando el sabor de la fría bebida color té, las luces entre la pesada y murmurante vegetación de estío, las cabañas de madera ocupadas de vez en cuando por alguna pareja, la proximidad del río aromando el aire.

—¿Y con Coria? —preguntó— ¿Qué pasa?

—Lo conocí en la "Arboleda", la primera vez que estuve aquí. Nos encontramos de nuevo la semana pasada. Me quiere con preferencia y me dice que tengo que dejar de trabajar. Es una buena oportunidad, pero a mí no me gusta el trato porque yo quiero ser libre.

—Coria te conviene —dijo—. Para qué diablos querés ser libre.

—No me gusta. Me conviene, sí, y es bueno conmigo, pero no me gusta —dijo Dora, con fastidio—. Dame un cigarrillo.

Él sonrió.

—No fumo —dijo.

—Ah —dijo Dora—. Cierto. —Estaba contrariada. Súbitamente cambió de actitud, se pegó a él y le puso la mano en la nuca—. Cómprame un "Chester" corazón —rogó juguetonamente.

Enrojeció.

—No tengo plata —dijo carraspeando.

Ella volvió a separarse de él, ni enojada, ni ofendida, ni despreciativa, ni nada, "Se ha olvidado completamente de aquella noche", pensó sintiéndola cerca suyo. En cambio él se había acordado a menudo de ella: al pasar por determinado lugar, al percibir un olor cualquiera, a veces al llevar a una pareja al amueblado del sur, donde habían estado juntos aquella noche. Si hacía un esfuerzo a veces, si se entregaba a sí mismo con una lenta dedicación, y en estado especial de ánimo, era capaz de lograrlo: ahí reaparecían entonces los dos, mágica y atenuadamente, como enmarcados en un óvalo de polvo, en el bulevar, por ejemplo, junto al gigantesco palo borracho al que se habían acercado descendiendo del coche, en la madrugada, buscando hongos comestibles, porque los dos se habían declarado capaces de distinguirlos de los hongos venenosos; en el coche mismo, respirando el olor común de los cuerpos; aún en la estación de ómnibus, hacia el mediodía asociándolo al momento en que había ido a despedirla.

Ahora pasaban por la usina, separada de la calle por un largo muro oscuro. Sobre el borde de la vereda, los grandes árboles de fronda perenne reverdecida por la primavera se hamacaban en el viento. Una ráfaga de pronto los inclinaba hacia un lado y los mantenía así, temblando y resistiendo por un momento, como si quisiera quebrarlos o vencerlos. Recordaban una cabeza desvalida que una mano obstinada y rigurosa sumerge por la fuerza en el agua.

Dora habló pensativamente.

—Coria es demasiado nervioso —dijo—. Está decidido a darme todos los gustos.

—¿Cómo se arregló lo del correo? —preguntó.

Ella se alzó levemente la pollera y se hacía viento en la cara con la mano libre, mirando por la ventanilla.

—¿Qué correo? —dijo—. Ah, sí. Me dejaron cesante. —Lo miró—. Tu consejo —dijo.

Se sintió enrojecer nuevamente. Dora se volvió hacia él mirándolo con una sonrisa tierna y burlona.

—No es nada, corazón —dijo—. El empleo no me importa nada.

—Sin embargo —dijo él con lentitud—, me parece que sí, que te importa.

—Estás empeñado en demostrarme que tengo buen corazón —dijo Dora—. No te hagas problemas. No es así, y te puedo asegurar que vivo mucho más tranquila.

—Ya lo sé —dijo él.

Dora hizo unos gestos de pereza y aburrimiento consistentes en echar los brazos para atrás, tensamente, irguiendo el pecho y hundiendo en él el mentón.

—Para que tanto buen corazón —dijo.

La miró de reojo, sin que Dora lo advirtiera, deseándola. Recordó su vientre y sus senos, sus muslos, aquella noche, al final del verano, y Gabriel despidiéndose de ellos casi con alivio, bajo el letrero luminoso de la "Arboleda". Gabriel era un tipo bastante singular: metido en ese cuarto lleno de

libros al frente del motel, charlando el santo día con esos amigos que al parecer no hacían otra cosa que no fuera estarse echados bebiendo cognac o vino o whisky hasta la mañana. Todos tipos raros, ese Barco, por ejemplo, él lo conocía: un tipo simpático. Lo había llevado más de una vez hasta lo de Gabriel o en algún viaje por la ciudad. Un tipo alto y algo bocón, moviéndose lenta pero nerviosamente.

El vientre de ella, lo recordaba, redondo, atezado, y en el extremo, en la suave pendiente, entre las piernas encimadas en una actitud de abandono delicado, un mechón de vello rubio húmedo y suave. El alivio de Gabriel contenía una mezcla de piedad, de anuencia evangélica. Lo recordaba, bajo la luz verde y roja del letrero luminoso, alzando la mano, la melena rubia y desordenada, los ojos ocultos tras los anteojos oscuros. Podía recordar el trayecto desde la "Arboleda" hasta el amueblado del sur: una atmósfera de luces rojas y verdes mechando aquí y allá la oscuridad, y después, a lo largo de la avenida costanera, desde el camino, las luces de la ciudad, repitiéndose sobre la superficie del río; después el trabajoso puente de cables, hierro y tablones retumbando bajo las ruedas del Chevrolet, y por fin, llana y desierta en la madrugada, la inconvencible y solitaria ciudad.

Ahora doblaban hacia el Club de Regatas.

—¿Me vas a pasar a buscar a las nueve menos cuarto? —dijo Dora—. Es la casa de mi hermana.

—Ahí fuimos a buscar la valija aquella mañana —dijo—. Me acuerdo per-

fectamente.

Quedaron en silencio. El coche pasó frente al Club de Regatas, tomó hacia el paseo de la costanera, y allá adelante estaba de nuevo, el trabajoso y pesado puente de cables, hierro y tablonés. El sol declinante le daba al agua, de un modo misterioso, una tonalidad semejante a la del acero. Los árboles del parque, del otro lado del paseo, eran atravesados por una luz cuya consistencia parecía ser la de un metal duro, polvoriento y rojizo.

Pero ella se había entregado con una anuencia casi mecánica, silenciosa y perpleja, desnuda, sobre la cama, en el amueblado del sur, pensó recordando el incesante zumbido del ventilador, unos pasos retumbando tras la puerta, a lo largo del sombrío pasillo, el reglamento de la casa, con la cortés advertencia final "¿No se olvida usted de nada?", clavado sobre la puerta de salida. En un momento dado todo aquello había desaparecido, y el recuerdo se convertía en la imagen de un torbellino gradual de cantos afilados mezclándose, de sustancias húmedas y pesadas fundiéndose, para ir después ordenándose nuevamente, devolviendo cada cosa al reposo, a su lugar, moviéndose apenas, cada vez menos, hasta detenerse por completo, como en la fase final del ciclo entero de un tiovivo. Y después la melancólica voz de Dora: "Hace frío. Vámonos".

Pasaron junto a la entrada del puente y el Chevrolet continuó rodando por la costanera. Vio el puente alejarse, moviendo el retrovisor. Le costó hacer la pregunta; sentía la lengua pesada y un temblor en el corazón, así como también un calor especial en las sienes.

—¿Cómo estás ahora? —dijo. No era eso. Se había expresado mal, eligiendo erróneamente las palabras. Intentó hacerlo de otra manera.

—¿Te cuesta tanto todavía? —dijo.

Ella no lo oyó. Se hallaba al parecer pensando en otra cosa. Había estado mirando por la ventanilla: el paseo, el río, las islas, el terraplén del camino de asfalto serpeando hacia el este desde la salida misma del puente, entre los sauces, y ahora se volvía hacia él con lentitud, la voz todavía insegura y ensimismada, como si hubiera dispuesto sin demasiada decisión comunicar sus pensamientos:

—No me gusta estar con vos —dijo—. En serio. No es que no te quiera. Pensé mucho en vos mientras estuve fuera de la ciudad. Pero no quiero complicaciones. Quiero ser libre y no pensar en nada. ¿Entendido? Lo tengo así decidido. —Alzó una mano y la dejó caer sobre la negra falda de la pollera. —Coria me conviene, es otra cosa.

El sonreía, se sentía sonreír dulcemente, sin dejar de mirar la costanera: los álamos se inclinaban en dirección al río.

—¿Así que no querés complicaciones? —dijo.

—Así es —dijo Dora—. Ninguna.

—Vagueta —murmuró.

Ella se rió.

—Para un momento, corazón —dijo—. Vamos a bajar.

El miró su reloj pulsera y frenó. Descendieron del coche y caminaron hacia el

paseo. Sentía que el viento hacia flamear su corbata y sus pantalones. Dora caminaba adelante, a dos metros de distancia de él, sosteniéndose el pelo con una mano apoyada en la coronilla de la cabeza. El sol declinante emitía unos reflejos horizontales que pasaban sobre el río relumbrando más allá de la otra orilla, sobre el terraplén del camino. Frente a la costanera, sobre la otra calle, detrás de los álamos inclinados ahora hacia ellos, se *alzaba*, la larga hilera de chalets con sus tejas rojas, sus blancas paredes con ventanales abiertos a unos ordenados y tranquilos jardines de hierba transplantada artificialmente, atravesados por unos vivos y angostos senderos de polvo de ladrillo.

Iba detrás de Dora. Ella miraba con distracción el agua, el puente y el terraplén. Sobre el puente, ahora, pasaban lentamente dos camiones con acoplado y un coche verde. "Dora está hasta la coronilla de todo el mundo", pensó, y recordó el regreso del amueblado del sur: cómo no habían hablado una sola palabra, cómo ella parecía a punto de llorar, cómo fueron a tomar sopa a las cinco de la mañana, de aquella mañana cálida del final del último verano. "De todo el mundo, excepción hecha de mi persona", pensó, sin palabras, recordando más bien esas fugaces miradas de nostalgia y pesadumbre que ella había dejado entrever un momento antes, cuando le hablaba de su libertad. Ahora Dora se hallaba caminando a lo largo del paseo y él la veía yendo detrás suyo, viendo cómo Dora había dejado de sostenerse el pelo, y viendo cómo el viento se lo desordenaba. Su rojo suéter relumbraba concentrando la muriente luz roja de la tarde, y él veía las firmes piernas, la pollera ajustada al trasero redondo y a los muslos; las piernas se afinaban hasta desaparecer en sus zapatos negros, de tacos altísimos. "Está ahí", pensó. Se detuvo. Dora continuaba caminando. Viéndola alejarse regresó una vez más hasta aquella lenta madrugada del final del verano, y entonces comenzó en su interior la corriente cálida y obscena que, sin ninguna palabra, en medio de unos rápidos desasosiegos voluptuosos, lo inducía a pensar: "Habríamos tenido una suerte muy grande si no hubiéramos nacido, ni yo ni ella", hasta que unas tiernas y frágiles risas y voces de polvo y humo cobraron corporeidad en su interior, y lo ayudaron a pensar: "Pero existimos".

Dora se había detenido, apoyada en la baranda de cemento del paseo, mirando el agua.

— Eh — lo llamó.

Se aproximó con lentitud, sintiendo el viento que le daba en pleno rostro.

— Recién saltó un pescado — dijo Dora. El viento encrespaba nerviosamente la superficie del agua—. Lo vi lo más bien. Era dorado y brillante — dijo, y clavó la mirada melancólicamente sobre la superficie del agua.

"Ahora va a levantar la cabeza y va a mirarme", pensó él. "De golpe. Ahora". Fue así, en efecto, pero él se hallaba mirando ya hacia el río. Sintió el movimiento, y continuó sintiendo la mirada de Dora sobre su rostro.

— Ey — dijo Dora, suavemente.

— Era un amarillo — dijo él—. Es raro en esta época. Andan mucho más con el frío. — "Ahora va a tocarme el brazo".

Dio un paso hacia el costado, fingiendo hallarse distraído. Dora quedó con el brazo a medio camino. "Oiga, chófer" – dijo Dora –, "lléveme para mi casa". Él se volvió sonriendo, hizo una reverencia y Dora pasó junto a él, hacia el automóvil. La siguió de cerca. "A las nueve menos cuarto en punto, eh" dijo Dora sin mirarlo. "¿En punto flaco, eh?" – dijo.

– Perfecto – respondió.

La espalda de Dora era, como todo su cuerpo, firme al tacto y a la vista: una espalda algo hundida, flexible y corta, de saludable piel dura. Recordó a Gabriel, bajo la luz verde y roja del letrero luminoso. El había ido a llevar un pasajero hasta la "Arboleda". Gabriel se hallaba en la cocina, leyendo.

Gabriel no daba la mano como todo el mundo: te tomaba la mano entre las de él, oprimiéndola tiernamente, daba dos o tres pasos nerviosos sin soltarte la mano, como si le costara decidir en seguida de qué manera celebrar tu llegada, y recién después te soltaba. Estaba solo, no se hallaba con él ninguno de aquellos amigos desocupados que iban a visitarlo casi todas las noches, y él, pensándolo, estaba seguro de que ésa era la razón por la cual Gabriel le había confiado a Dora, además de intuir que lo que deseaba realmente Gabriel era poder continuar su lectura sin mayores complicaciones y con la conciencia perfectamente tranquila. Él había conocido a Dora por el hecho casual de que a Barco esa noche se le había ocurrido ir a dormir temprano, o porque se le había presentado la oportunidad de ir a matar el tiempo a otro sitio que no era la "Arboleda".

Subieron al Chevrolet. Arrancó y continuó avanzando hacia Guadalupe, por la costanera. Los techos rojos de los chalets, cuyas sombras se extendían hasta el medio de la calle, brillaban bajo el sol. El asfalto deteriorado de la costanera, lleno de cortes y grietas y manchas de lubricante, era atravesado por las largas y finas sombras de los álamos. Sobre la vereda, en el paseo, sentados en un banco de piedra sin respaldo, conversaban un hombre y una mujer jóvenes. Los vio al avanzar, desaparecieron por un momento de su vista, y reaparecieron en el retrovisor, uno junto al otro, cruzados de piernas, efectuando límpidos gestos en la tarde.

Dora estaba mirándolo; lo sabía. Recordó "Hace frío. Vámonos", y en seguida cómo se vistieron en silencio, rápidamente, y cómo salieron del amueblado comprobando que ya era el alba, un alba azul abierta y muy calma, ascendiendo en el cielo; cómo fueron al restaurante, en silencio también durante todo el trayecto. Tomaron sopa; comieron carne asada con vino tinto. Si a Barco se le hubiese ocurrido ir esa noche a la "Arboleda", pensó, él nunca habría podido recordar "Hace frío. Vámonos", ni la cena en el restaurante, ni tampoco a Gabriel de pie bajo el letrero verde y rojo de la "Arboleda", alzando la mano en un lento, demorado y distraído ademán de saludo; ni tampoco el Chevrolet ascendiendo al liso asfalto, él en el volante, con Dora a su lado, retomando el camino de la ciudad.

– ¿Vivís en casa de tu hermana? – preguntó.

Dora dejó de mirarlo.

– No – dijo –. Vivo en una pensión en el centro ahora. Mi hermana no sabe

nada. Mi cuñado sí sabe. No me dirige la palabra. Cuando está presente mi hermana disimula.

— ¿Qué hace tu cuñado?

— Trabaja en el ferrocarril — dijo Dora —. Es una porquería. Menos mal que se pasa la mayor parte del tiempo fuera de la casa.

— ¿Y tu hermana? ¿Qué se cree?

— Cree que trabajo en el hospital provincial, en la guardia nocturna. Soy enfermera. Tengo diploma.

— ¿Y de puta? — dijo —. ¿De puta también Tenés diploma?

Dora le dio un golpe suave en el brazo, con el puño. Él miraba el camino sonriendo reflexivamente.

— ¿Por qué me decís eso? — dijo Dora con tristeza.

— No me gusta que lo hagas — dijo, poniéndose rojo.

— Anda al diablo — dijo Dora.

— Dora — dijo —. Coria te conviene. De veras que sí.

La recordó inclinada sobre el plato de sopa. Un brazo no visible, sobre la falda, alzando una y otra vez, con gran lentitud, la cuchara hacia la boca. Detrás de ella, por la ventana abierta de par en par, la cálida mañana del final del verano ascendiendo en la plaza, como ahogada entre los árboles, el comienzo de una mañana extraña y mórbida.

El coche entró en la costanera nueva, una ancha carretera de asfalto, menos poblada que el tramo antiguo. Desde allí el río se abría, ensanchándose al pie de una barranca; la orilla opuesta desaparecía, todo era una vasta superficie de agua resquebrajada por el viento, un agua de un matiz ahora violáceo. El horizonte era una zona imprecisa y blanquecina envuelta por una tenue niebla inmóvil.

— Bueno — dijo Dora —. Terminémosla con Coria.

— No — dijo —. Yo decía.

— Sí — dijo Dora —. Dame un cigarrillo.

El no contestó. De haber estado ese Barco en la "Arboleda" aquella noche, pensó, y en seguida la corriente del obstinado recuerdo devolvió las casuarinas, murmurando en el viento débil, las cabañas de madera entre los árboles, el banco semicircular de piedra, la mesa redonda de piedra, las luces refractadas tenue y suciamente por la grave fronda. "Perder el empleo; ir a la cárcel", recordó. Y la lenta voz reflexiva de Dora: "En eso estaba pensando".

— Y tu cuñado — dijo —. ¿Cómo se enteró?

— Se enteró — dijo Dora.

— ¿De qué manera?

Dora se volvió hacia él.

— Se enteró. Qué sé yo — dijo —. ¿A qué viene el interrogatorio? Me hizo seguir. ¿Qué hay con eso? Él se cree que hace una linda vida. ¿Por qué tiene que meterse conmigo? ¿Qué le importa si yo me divierto a mi manera? Tiene más de treinta años y no sabe nada de nada. Se las tira de santo. La única vez que subió a un taxi en su vida fue para llevar a mi hermana a la maternidad. Pobrecito. — Hizo

silencio durante un momento; después suspiró—. Es comunista mi cuñado — agregó en tono explicativo.

—Quién sabe —dijo él, después de un breve silencio—. A lo mejor, tu cuñado...

—Bueno —dijo Dora—. Es mejor que la terminemos.

No respondió. Llegaron al final del ancho pavimento, cerca de la rambla, en la parada de los ómnibus y los tranvías. "Hace frío. Vámonos", recordó. "¿Ya?" "Sí. Vámonos. Vámonos". Y después, humildemente inclinada sobre el plato de sopa, Dora se lo había dicho sin que él le preguntara nada, quedando con la cuchara suspendida a medio camino entre el plato y la boca, con una expresión entre nostálgica y pensativa, en tanto la lenta y mórbida mañana ascendía gravemente detrás suyo, de modo que su oscura figura encogida resaltaba contra la creciente claridad: "Cuando pienso que tengo que acostarme con un hombre me entran unos deseos terribles de morirme: tengo tanto miedo. Me gusta la dulzura. Pero eso no puedo soportarlo. Creo que es algo físico. Una pluma me hace daño. No te lo dije por miedo de que me abandonarás en el camino". "¿Qué?" "Un miedo terrible de que me abandonarás". "¿Qué?" Con los ojos abiertos, la boca abierta, el corazón palpitando fuertemente, la había oído contarle que hasta diez días atrás había sido virgen. Un cliente la había tenido por primera vez en la "Arboleda". Había sangrado toda la noche, creyéndose a punto de morir. La hemorragia se había detenido sola. La mañana del final del verano ascendía lentamente detrás suyo mientras lo contaba, podía recordarlo ahora. Cuando ella terminó de hablar, de golpe, de la misma manera que había comenzado, él se había puesto a hablar confusamente, con gran rapidez, poniéndose colorado, y temblando, como a punto de llorar y había dicho muchas cosas de las que ahora sólo recordaba: "Tenés que volver hoy mismo a tu pueblo y declarar la estafa, aunque pierdas el empleo y vayas a la cárcel".

Dobló a la izquierda, hizo dos cuadras, y dobló a la derecha, internándose en una callejuela de tierra. El Chevrolet avanzaba lentamente, dando bandazos. La de la hermana de Dora era una pequeña casa, no muy nueva, de color amarillo desvaído, con un descuidado jardín al frente y un tejido de alambre que separaba el jardín de la vereda, desde donde se penetraba a la casa a través de un irregular sendero de ladrillos. El Chevrolet se detuvo.

—A las nueve menos cuarto en punto, eh —dijo Dora. Descendió. Él la miraba.

—Sí —dijo, mirándola—. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo Dora, rodeando el Chevrolet por la parte delantera y dirigiéndose a la casa.

Arrancó, avanzó en primera hasta la próxima esquina, dio la vuelta, lentamente, dando bandazos, en medio del polvo, y volvió a pasar frente a la casa del cuñado de Dora. Dora ya no estaba afuera; pero la puerta de hierro y vidrios granulados de un color dorado que daba al jardín se hallaba entreabierta. La casa quedó atrás, el Chevrolet llegó al asfalto de nuevo, doblando hacia la izquierda, y

de nuevo, entonces, pasó junto a la parada de los ómnibus y los tranvías, cerca de la rambla, entró en la costanera nueva con su ralo caserío a un costado y la vasta superficie violácea del agua en el otro, acelerando después en la recta de la vieja costanera: el paseo, los álamos, los brillantes y limpios chalecos de techo rojo se desplazaban a los lados del coche. El hombre y la mujer continuaban charlando sentados en el banco junto al paseo, impasibles en el viento, cruzados de piernas, haciendo gestos contra el pesado y trabajoso fondo del puente, cuya boca sorteó el Chevrolet en seguida, disminuyendo la marcha, pasando después frente al Club de Regatas, tomando la avenida del puerto con su lento y complicado tránsito de camiones, hasta que llegó al parque del palomar, avanzó por la Avenida Rivadavia pasando junto a los fondos del correo y después dobló, disminuyendo la marcha, arrió a la vereda y frenó en la parada frente al bar de la estación.

Descendió y penetró en el bar. Las agujas del reloj hexagonal marcaban las seis y diez. Coria no estaba. El cajero lo llamó desde detrás del mostrador: era un hombre de pelo rubio y piel blanca, de torpes manos rubias y un fino bigote dorado bajo la nariz.

—Dice Coria que se va a demorar. Va a estar aquí a las diez y media — dijo el cajero—. Dice que puede tomar lo que quiera a cuenta de él.

—Nada —dijo, llegando al mostrador y dando la vuelta en seguida, comenzando a regresar a la calle—. Gracias.

Una pareja acababa de subir al coche. Traían un par de bolsos y una valija. Se sentó frente al volante y volviendo ligeramente la cabeza hacia el asiento trasero preguntó la dirección. El hombre se la dijo. Por el retrovisor vio su rostro: era una de esas caras preocupadas, de color chocolate, llena de arrugas prematuras y de fluctuaciones sombrías. Estaba vestido con un traje marrón, y llevaba una corbata negra. La mujer se hallaba totalmente vestida de negro; era un poco gruesa, de unos treinta y cinco años, los senos desarrollados por la maternidad, abultados bajo el suéter negro. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando mucho, y los del hombre, brillantes e inquietos, evidenciaban un malestar algo vago que le formaba unas hondas arrugas en la frente; al hablar con la mujer movía nerviosa y lentamente la cabeza de un lado al otro. Hablaban de alguien que había muerto. Él podía oírlos; sólo veía el rostro del hombre a través del retrovisor, un rostro oscuro y preocupado. La mujer se echó a llorar. "Es injusto que se haya muerto así", dijo. "Bueno —dijo el hombre con voz tímida y dulce—. No llores". La mujer le respondió con un ligero aire de reproche en la voz. "Sí—dijo—. Es fácil para vos; es muy fácil". "¿No era también hija mía? ¿Acaso no era también hija mía?" dijo el hombre con aire paciente. La mujer se sonó la nariz. "Sabías desde hace tiempo que se iba a morir". El hombre suspiró. "Sí", dijo. "Lo sabía". Hicieron silencio. Vio el rostro del hombre a través del retrovisor: se hallaba a punto de decir algo, estaba al parecer tratando de redondear la frase; después comenzó a hablar. "Es cierto. Yo sabía" —dijo—. "Sin embargo..." —el hombre vaciló; por el retrovisor vio que sus ojos se tornaban brillantes ahora, inmóviles y húmedos—. Sin embargo todo este tiempo vos tenías alguna esperanza. No sabías. Ella estaba

viva para vos. Yo sufría porque sabía que la vida de Teresa era imposible. —Hizo silencio nuevamente, por un momento, y después continuó hablando en un tono delicado y reflexivo—. Más adelante, cuando esto pase, vos vas a recordar a Teresa como cuando ella vivía. Para mí, aunque te parezca horrible, no era más que una muerta, siempre, porque yo sabía. Y tenía que tratarla como si estuviera viva. Tenés que creerme", dijo el hombre. La mujer comenzó a llorar, dejando de escucharlo. El hombre se calló. Mirando por la ventanilla (lo vio a través del retrovisor), un momento después, suspiró con pesadumbre, y murmuró para sí mismo: "Es inútil intentar vivir".

Los dejó en una esquina del sur. El viento se había detenido. La ciudad parecía silenciosa e inmóvil. La esquina era una de esas casas bajas, de tipo colonial, sin ochava, pintada de amarillo, con rejas bajas y techo de tejas sucias por la intemperie. Una vieja casa a cuya puerta golpeó el hombre, separándose después de ella hasta quedar junto a su mujer, en medio de la vereda, aguardando que salieran a recibirlos. Él los miró antes de partir: la mujer tenía una mirada distraída, los brazos cruzados sobre el pecho, como si sintiera fiebre o frío, de pie junto a la valija y los bolsos apilados sobre la vereda. El hombre se alisaba nerviosamente el pelo, con una gran mano color chocolate, mirando hacia la puerta.

Arrancó y dobló en la esquina hacia el centro, alzando la banderita roja. La atmósfera estaba tornándose ligeramente azul; solamente al oeste, el cielo y el aire estaban tocados por unos plácidos matices color té. El Chevrolet rodaba lentamente, sorteando los pesados y ruidosos tranvías, a través de calles angostas de grueso empedrado. Los rápidos automóviles pasaban frente a él zumbando, adelantándose rápidamente hasta mezclarse con el abigarrado tránsito del centro. Recordó a Dora: "Hace frío. Vámonos". Pero él se hallaba ahora regresando a la parada de taxis frente a la Terminal: el claustro tranquilo del trabajo, sin un solo día franco (no le interesaba, nada le interesaba demasiado) y comer y dormir, y defecar y fornicar de vez en cuando en algún lupanar de la zona del puerto. Frenó en la esquina: un automóvil cruzó velozmente la bocacalle, desapareciendo en seguida, y entonces reanudó la marcha en segunda velocidad, y pudo asistir a la extinción en su memoria del nostálgico rostro de Dora, registrando en cambio el demorado sabor cálido de aquella voz sibilina, lenta y siniestra que sin palabras ni nada que se le pareciera (un palpitante y pesado coágulo húmedo color ocre estallando), repetía haciéndole entrecerrar los ojos de placer, aquellos inconfesables "no soy nada", "nadie es nada", mezclándose ahora, por primera vez, al recuerdo de aquel sombrío rostro color chocolate que acababa de murmurar, como sin inocencia: "Es inútil intentar vivir". El mundo era transparente y sólido como un diamante tibio, calentado entre almohadones de tibia lana; y el obscuro sentimiento ascendía y descendía modelándolo, alisando la superficie de su conciencia, una planicie semejante al desierto de los santos, vasta y vacua, pero voluptuosamente aceptada. Todo aparecía perfectamente claro y ordenado: levantarse temprano por las mañanas, ir al garage en busca del coche, trabajar

durante toda la mañana, hacer un paréntesis para almorzar, reanudar después el trabajo hasta la noche, cenar, y acostarse de nuevo para levantarse a la mañana siguiente: había que tener demasiada mala suerte para que le pasara algo diferente a eso; y cuando lo pensaba, cuando recordaba que hasta entonces, desde que llegara a la ciudad, él estaba viviendo en un mundo ordenado y claro, esas obscenas ondas cálidas lo inundaban una y otra vez, lenta y dulcemente, lo sumergían en una dulce nada que resultaba finalmente blanca y ciega como el limbo.

Llegó al centro. Fue entrando en él de un modo gradual, entre un tránsito cada vez más numeroso de automóviles, ómnibus, motocicletas, bicicletas, tranvías. En las veredas caminaba más gente, cada vez más a medida que se internaba en el corazón de la ciudad, gente entrando y saliendo de los comercios, yendo por las veredas o descendiendo a la calle para sortear grupos de caminantes menos apresurados, y ascendiendo después de dar cuatro o cinco pasos sobre las vías del tranvía, para continuar sobre la vereda su apurado paseo. A medida que se internaba en el centro también los comercios iban haciéndose más numerosos y elegantes: casas de venta de artefactos eléctricos, heladeras, lavarropas, licuadoras, máquinas de afeitar, cocinas, calefones; zapaterías, camiserías, tiendas, bazares, mueblerías, perfumerías de precarias vidrieras iluminadas con luces de colores o cortinados de terciopelo, confiterías, joyerías, armerías, cigarrerías, infinitos e inútiles comercios cuyos letreros luminosos se hallaban ya encendidos contaminando la atmósfera azul con resplandores violetas, amarillos, rojos, verdes y azules. El tránsito se desplazaba lentamente; un camión con altoparlante propalaba música brasileña, mezclándose al murmullo de la gente, a las bocinas de los automóviles, a los motores y a las campanillas de los tranvías.

Detuvo el Chevrolet con el motor en marcha, a mitad de cuadra, tras una larga hilera de vehículos. Vio entonces avanzar a Barco, desde la vereda, con un aire apurado y nervioso; le hacía señas. Se acercó al coche y su gran cara emergió sonriendo en el marco de la ventanilla.

—Hola —dijo—. ¿Está libre?

—Suba —dijo.

Barco abrió la portezuela delantera y se sentó junto a él. Vestía un traje claro y liviano de confección mediocre. Al parecer acababa de higienizarse minuciosamente, y desde su pelo asentado y húmedo una gotita de agua descendía por su frente, dejando sobre ella una pequeña estela brillante. Con un pañuelo immaculado que extrajo del bolsillo superior del saco se secó cuidadosamente la frente.

—¿Qué tal? —dijo guardando el pañuelo. En seguida le dio la dirección.

—¿Hace mucho que no va por la "Arboleda"? —dijo.

—Estuve anoche —dijo Barco—. Vine esta mañana.

El tránsito comenzó a moverse con lentitud. El Chevrolet avanzó en primera, pesado y lento como un escarabajo; un ómnibus dobló en la esquina, a la derecha, en dirección a la Terminal, descongestionando un poco la aglomeración, y los

vehículos comenzaron a apresurar la marcha. Cambió a segunda velocidad, detrás de una "Estanciera" azul, pasó la esquina, cambió a tercera sorteando la "Estanciera" que Barco miró distraídamente al pasar, y en la esquina dobló hacia la izquierda. Barco sacó un paquete de "Saratoga" sin abrir, tiró con minuciosa lentitud de la cinta roja, hizo una pelotita con el celofán arrojándolo por la ventanilla, abrió el paquete y le ofreció un cigarrillo.

—No fumo. Gracias —dijo.

Barco extrajo un cigarrillo, se guardó el paquete, y encendió el cigarrillo con un pequeño encendedor dorado. El coche pasó frente a la Jefatura de Policía y el Consejo de Educación, hacia el oeste, y después dobló a la derecha, hacia el norte, bordeando la plaza San Martín.

—Se olvidó de bajar la bandera —dijo Barco, señalando el taxímetro.

—No importa —sonrió—. Es un obsequio de la casa.

—Bueno —dijo Barco—. Gracias. Pero la próxima vez voy a tener que tomar otro coche.

Recordó a Gabriel, de pie bajo el letrero luminoso, alzando lentamente la mano en señal de despedida; y en seguida: "Hace frío. Vámonos", y el banco semicircular de piedra, la mesa redonda de piedra, las cabañas de madera ocupadas de vez en cuando por alguna pareja, las murmurantes casuarinas en el débil viento, la cálida mañana del final del verano ascendiendo tras la cabeza de Dora, entre la grave vegetación de la plaza junto a la cual ahora se hallaban pasando. Era sin duda preferible mil veces no haber nacido, pensó, mientras el Chevrolet dejaba atrás la plaza.

—Tengo una despedida —murmuró Barco en un tono melancólico.

Respondió algo que debía entenderse como una muestra de interés hacia lo que Barco estaba diciendo.

—Una mansión que se liquida —murmuró Barco, hablando como para sí mismo—. ¿Se acuerda de Tomatis?

—El periodista —dijo.

—Exactamente. El mismo. La vez pasada estuvo buscándolo para hacer un viaje a la "Arboleda". No lo encontró. Lo buscó a usted porque andaba escaso de fondos.

—¿Fue a la estación? Es una lástima. Yo podía haberlo llevado —dijo.

—No se preocupe —dijo Barco riendo—. No le va a faltar oportunidad. Nosotros siempre andamos escasos de fondos.

Siempre habla así, pensó, mitad en serio, mitad en broma y siempre desde afuera, y si por casualidad aquella noche no hubiera faltado, entonces él... Ahora estaba oscureciendo, las luces del alumbrado público se encendieron simultáneamente en toda la ciudad y podían verse ya los puntos rojos de las luces traseras de los automóviles.

—¿Y esta noche? —dijo—. ¿No va a la "Arboleda"?

—No creo —dijo Barco, mirándolo con alguna curiosidad en la penumbra del coche—. Esta noche tengo una despedida. Unas chicas amigas se van de la ciudad.

Creo que esta vez no vuelven, Dios quiera que no.

Él se rió.

—¿Por? —dijo.

—Nada —dijo Barco, mirando la brasa de su cigarrillo y echando un poco de humo hacia ella—. Dios quiera que se acomoden y puedan vivir —agregó, con un tono irónico.

—Vengo de llevar a un matrimonio —dijo—. Parece que se les había muerto una hija, o algo así. La mujer lloraba. El hombre dijo en un momento dado que no se podía vivir.

—En realidad —dijo Barco, moviéndose perezosamente sobre el asiento—, razón no le falta. Lo que me parece mal es que se den cuenta de eso cuando les pasa algo grave. Mientras tanto, viven haciéndole porquerías al prójimo.

—No me dio esa impresión —dijo—. Más bien me pareció que quiso decir que no se podía vivir de ninguna manera y... y nunca.

—¿Usted qué entiende por vivir? —dijo Barco, algo brutalmente y como si no esperara respuesta.

—No entiendo nada —dijo.

Barco se incorporó y lo miró. Parecía sorprendido. Arrojó el cigarrillo por la ventanilla y se cruzó de piernas. No dijo nada. El coche llegó al bulevar y dobló hacia la izquierda, en dirección al oeste nuevamente. Corrió cinco cuadras por el bulevar, hasta la feria rural, y dobló hacia la derecha entrando en una ancha avenida arbolada, cuyas manos de tránsito se hallaban separadas por las vías del tranvía.

—Después del pasonivel —dijo Barco.

El coche avanzó tres cuadras más, pasando las barreras y saltando sobre las vías del tren. Barco dijo: "Antes de llegar a la esquina" y el coche se detuvo frente a una puerta que comunicaba con un largo pasillo en cuyo fondo se hallaba encendida una lámpara de terrosa luz sucia.

—¿En serio que no quiere cobrar? —dijo Barco.

—No —dijo—. De veras. Quédese tranquilo. Vaya a buscarme cuando quiera, para ir a la "Arboleda" o a donde quiera. El periodista también.

Barco le estrechó la mano.

—Gracias —dijo.

Abrió la portezuela, a punto de descender, pero se volvió de pronto y se quedó mirándolo.

—Interprételo como quiera —dijo—. Nadie entiende nada. Pero llega¹ un momento en que a cualquiera se le puede presentar la oportunidad de vivir: si la deja pasar, o es un estúpido, o es un cretino, o es un santo. —Descendió y cerró la portezuela. Su cara reapareció por la ventanilla—. Hasta la vista —dijo, sonriendo. Se dirigió a la puerta y entró en el largo pasillo iluminado.

Miró su reloj pulsera: eran exactamente las siete y media; oscurecía. A las ocho abandonaba el servicio. Regresó a la terminal, recogió a un pasajero que aguardaba en el extremo de la cola, lo llevó hasta la estación de trenes, y después

se encaminó a la pensión. Estacionó, bajó de un salto, se metió en el cuarto de baño, se afeitó, se dio una ducha fría, se puso ropa interior y una camisa limpias, y el saco, la corbata y el pantalón de la tarde, recogió un poco de dinero y regresó a la estación. Eran las nueve menos veinte cuando estacionó unos metros antes de llegar a la parada, cubrió la banderita con la funda de gamuza amarilla y descendió del coche. Fue hasta la puerta del bar de la estación, miró largamente el interior como buscando a alguien entre la concurrencia, y regresó en seguida al Chevrolet.

Ahora el alto edificio de Correos se hallaba bellamente iluminado; dobló hacia la izquierda, pasando frente a los cristales de la planta baja del edificio, un interminable corredor adornado con columnas redondas y amueblado con un mostrador interminable. Había camiones—tanque estacionados en tres hileras, una junto a cada cordón de las veredas y otra en el medio de la calle, separando las manos de tránsito. Entre las frondas de los árboles del parque del Palomar se expandía el rojo resplandor del letrero luminoso de la agencia "Esso". Dobló hacia la derecha, tomando la avenida del puerto. Ahora las palmeras permanecían inmóviles, tocadas vagamente por la luz de los globos del alumbrado, una luz pálida, blanquecina, casi lunar. Dobló frente al Club de Regatas, avanzó paralelamente al paseo, sorteó la boca del puente colgante (las luces rojas de los altos mástiles, contra el cielo límpido, lleno de estrellas, cerca de la clara luna tibia, se encendían y se apagaban rítmicamente, sin cesar, como impulsadas por ráfagas regulares de tiempo) y aumentó la velocidad en la costanera vieja; dejó los faros encendidos. Alguna gente caminaba sobre la vereda del paseo. Había coches estacionados en medio de la avenida. Las blancas fachadas de los chalets fulguraban vagamente a la claridad lunar. Los jardines frontales habían sido casi borrados por la penumbra, que rescataba a la visión algunas puertas y ventanas iluminadas entre los árboles. A setenta kilómetros por hora entró en la nueva costanera. El Chevrolet dejó de vibrar y rodó silenciosamente sobre el liso camino de asfalto. La luna refulgía sobre la vasta superficie del río. Llegó a la parada de ómnibus y tranvías cercana a la rambla, desierta todavía en octubre. Disminuyó la marcha, frenó casi, y dando bandazos dobló hacia la izquierda, pasando a segunda velocidad al tomar la calle, y acelerando levemente. Hizo dos cuadras pasando junto a un ruidoso tranvía iluminado que hacía sonar su dura campanilla avanzando en dirección contraria, y dobló hacia la derecha, internándose en la calle de tierra. Avanzó con lentitud, de nuevo en segunda velocidad, para poder distinguir mejor en la oscuridad, entre los árboles, la casa del cuñado de Dora. Por fin distinguió la puerta de vidrios granulados dorados iluminada por una luz proveniente del interior y detuvo el coche; apagó las luces y descendió.

Caminó por el sendero irregular de ladrillos deteniéndose junto a la puerta; oía voces en el interior de la casa; golpeó las manos. Casi en seguida la puerta de hierro y vidrios granulados dorados se abrió y asomó un hombre joven, de unos treinta y cinco años de edad, bajo, delgado, con una gran cabeza piramidal cuyo vértice era el mentón, y un cabello abundante del color y la consistencia de la paja, mal asentado sobre la cabeza. Tenía una mirada baja y hosca, pero no

desagradable. Vestía una camisa de mangas largas arremangadas a la altura del codo y unos pantalones de ferroviario, de un azul descolorido.

– Buenas noches – dijo él –. Venía a buscar a la señorita Dora.

– Un momento – dijo el hombre, cerrando la puerta.

El vio su confusa figura alejarse de los vidrios granulados dorados, hacia el fondo de la casa. "Es para ella", oyó decir a la voz seca del hombre desde el interior. Oyó la voz de Dora sin entender lo que decía. "No sé", respondió la voz del hombre. En seguida oyó el taconeo apurado de Dora, sobre un piso de mosaicos, y de pronto la puerta se abrió, y Dora sonreía.

– Hola, flaco – dijo –. Adelante.

Dora abrió más la hoja de vidrios granulados dorados y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

– Hola – dijo, entrando –. Coria va a estar ocupado hasta las diez y media.

Se trataba de una galería de piso de mosaicos, de unos ocho metros de largo, con un techo de cinc sostenido por unas finas columnas de caño, y que terminaba en un alero de chapa con un motivo de flores de lis repetido a todo lo largo de la galería. Sobre la pared se abrían tres puertas iguales, y al fondo, al final de la galería, una puerta más pequeña, iluminada por medio de una luz débil y rojiza. La primera de las puertas a lo largo de la pared de la galería estaba abierta, el interior de la habitación iluminado. Se dirigió hacia ella, oyendo detrás suyo a Dora cerrar la hoja de vidrios dorados. Se detuvo de golpe en el rectángulo de la puerta. El hombre rubio se hallaba sentado ante una mesa leyendo un libro, de costado a la puerta; sobre la mesa había una pila de diarios y detrás, contra la pared, un breve anaquel con libros. El hombre alzó la cabeza y lo miró; estaba solo en la habitación. Se sintió enrojecer.

– Perdone – dijo.

– No es nada – dijo el hombre, sin dejar de mirarlo.

– No, ahí no, vamos para la cocina – dijo Dora, tocándole el brazo.

El hombre continuaba mirándolo, con tranquila impaciencia. Se volvió y siguió a Dora. La puerta del fondo de la que emergía una débil luz rojiza pertenecía a la cocina. En su interior se hallaba la hermana de Dora, una chica regordeta de unos veintiocho años, alta, de grandes senos, tímida, respetuosa y plácida. Había también una nena de cuatro o cinco años que comía un huevo frito arrodillada sobre una silla, sin cubiertos, cortando trozos pequeños de pan con los que absorbía la yema del huevo y se los llevaba a la boca. Ni siquiera alzó la cabeza cuando él entró. La hermana se puso de pie cuando Dora los presentó. Se estrecharon las manos.

La cocina era pequeña y oscura. Había un viejo armario y una heladera eléctrica, blanca, pequeña y reluciente, y sobre una repisa, en la pared, una pequeña radio de baquelita, de un color verde. La nena canturreaba ensimismada mientras comía el huevo frito. Sobre la mesa había una yerbera de madera, con un paisaje pintado sobre la superficie de los recipientes; el mate se hallaba apoyado contra ella pero la pava estaba en el suelo, junto a la silla de Dora, sobre una

revista.

Se sentó junto a Dora, frente a la hermana.

—¿Qué hora es? —dijo Dora.

—Nueve —dijo, mirando su reloj.

La hermana de Dora lo miraba con sonriente curiosidad.

—Hoy entro a las diez —dijo Dora.

—¿Así que usted va a buscarla todas las mañanas? —dijo la hermana de Dora.

—¿Eh? —dijo. Enrojeció—. Sí. Todas las mañanas.

—A las siete —dijo Dora—. Me lleva hasta la pensión.

—Mami —dijo la nena—. Quiero otro huevo frito.

—Sí —dijo—. Hasta la pensión. Todas las mañanas.

—Cállese la boca —dijo la hermana de Dora a su hija.

—Vámonos ya —dijo él.

Dora sonreía malévolamente.

—No —dijo—. Quedémonos un momento. Es temprano todavía.

Se oyó toser al hombre rubio en la habitación delantera; era un carraspeo obstinado y distraído.

Recordó a Dora, al final del verano, su encogida figura resaltando contra la mórbida mañana cálida ascendiendo entre los árboles: la cuchara detenida en medio del trayecto hasta la boca, el rostro tocado por una expresión reflexiva y nostálgica: "Sangré toda la noche. Pensé que iba a morirme", hasta que, desplazando el recuerdo, emergió de nuevo aquel calor obscuro y carnal, sibilino y murmurante: levantarse a las ocho de la mañana, detener el Chevrolet frente a la estación, el paréntesis para el almuerzo, el regreso a la parada de taxis, la cena y a la cama.

—Se hace tarde —dijo—. Tengo que ir al centro.

Dora continuaba sonriendo con malevolencia. La hermana desplazaba su mirada del uno al otro con expresión simpática.

—Quédense a hacerme un poco de compañía —dijo—. Antonio toma el servicio dentro de un rato.

De nuevo la lenta mañana cálida ascendiendo; y en seguida, "Hace frío. Vamonos."

Enrojeció. Creyó que iba a sentirse a punto de llorar.

—De veras —dijo—. Todas las mañanas, bien temprano. La espero en la puerta del hospital. Quédese tranquila. La semana pasada, cuando llovió, eso días de frío, nos íbamos a tomar un pocillo de café bien caliente antes de dormir. Yo hacía el servicio nocturno. Voy a tratar de conseguirlo de nuevo. Usted sabe. Al acostarme temprano pienso que Dora tiene que pasar en vela toda la noche y... bueno, no me parece justo. Su trabajo ya... ya hace que uno se avergüence un poco de lo que es, porque ser chofer no es nada comparándolo con el trabajo de Dora. Estar enfermo, moribundo, y sentir cerca de uno a una persona como Dora... Bueno. Usted sabe. Dora es lindísima. Es muy linda su hermana. Yo me... siento,

bueno, usted sabe, orgulloso de Dora. Piense en la gente que muere, a medianoche, en el hospital. La soledad es muy grande. Pero con Dora, que es tan linda, al lado de un moribundo... bueno... el hombre puede sentir que a pesar de todo, valía la pena, y se puede... y que se puede...

Dora había dejado de sonreír; lo miraba. La hermana de Dora lo escuchaba con cortés y satisfecha atención.

– Vámonos – dijo Dora.

El se tocó la frente con la mano; su mano temblaba.

– Que se puede vivir – dijo –. Es muy difícil hoy en día vivir. Hay que tener mucha suerte, usted sabe.

– Vámonos – dijo Dora, poniéndose de pie.

– Mami – dijo la nena –. Tengo hambre.

Él no se levantó – Continuó hablando.

– Por mi trabajo conozco a mucha gente – dijo –. Ando mucho. Le puedo asegurar que la gente no puede vivir, señora. Un trabajo como el de Dora es una suerte. No hay mejor momento del día para mí que cuando ella baja las escaleras del hospital y entra en el coche, todas las mañanas. Se lo digo a usted para que se quede tranquila, porque usted es su hermana. Y en esos días de frío, cuando tomamos una taza de café caliente, cansados, con sueño, todavía nos quedan ganas de estar despiertos, nos cuesta ir a acostarnos a dormir, porque de esa manera uno piensa que durmiendo pierde el tiempo, que hay que estar despiertos siempre, porque... parece que la vida no nos alcanzara.

– Es tardísimo – dijo Dora. Le tocó el hombro –. Vamos.

Se puso de pie, mirando a la hermana de Dora.

– Quédese tranquila, señora – le dijo.

– Alguna noche que Antonio esté franco – dijo la hermana de Dora – pueden venir a comer un asado. Nos gustaría mucho.

La nena canturreaba arrodillada sobre la silla. Se oyó de nuevo la tos de Antonio, una tos asentida, olvidada, concedida. Recordó a Dora: "Una pluma me hace daño." Y detrás, verde y cálida, lenta y constante, la mañana del espléndido estío agonizante entre los árboles.

– Cualquiera de estas noche, cuando yo tenga franco – dijo.

La hermana de Dora los acompañó hasta el Chevrolet. Recorrieron la larga galería (la nena quedó en su sitio repitiendo salmódicamente "otro mamá", "otro mamá"; la oía al avanzar hacia la puerta de hierro y vidrios granulados dorados) y cuando pasaron junto a la habitación iluminada pudo comprobar que Antonio había entornado la puerta; por la abertura se colaba una recta franja de luz amarilla de cinco centímetros de ancho. "Perdone", recordó, "no es nada", viendo otra vez en su interior la impaciente y tranquila mirada que el hombre le había dirigido un momento antes.

Subió al automóvil y encendió las luces y el motor.

– En serio. Vengan – dijo la hermana de Dora. Besó a Dora; ésta dio la vuelta por la parte delantera del coche y subió, cerrando fuertemente la portezuela. El

extendió la mano a la hermana de Dora, a través de la ventanilla. La hermana se la estrechó.

– Gracias – dijo él, apagando la luz interior del coche –. Hasta la vista.

– Adiós – dijo la hermana de Dora.

Pasó la palanca de cambios a primera velocidad y avanzó lentamente hasta la esquina apenas iluminada por el foco del alumbrado público. El foco emitía una tenue luz circular que destacaba una porción gris de tierra arenosa. Dio la vuelta, lentamente, y retomó la calle en dirección contraria, pasando frente a la casa de la hermana de Dora. Ésta se hallaba todavía en la vereda y los saludó con la mano. Los faros del Chevrolet alumbraban el irregular camino de tierra y desplazaban extraña y velozmente la sombra de los árboles.

– ¿Dónde está Coria? – preguntó Dora, con dureza.

– No sé – respondió con aire tranquilo.

Llegaron a la calle asfaltada. El Chevrolet dobló pesadamente a la izquierda, retomando la marcha por el asfalto con mayor rapidez. El tenue resplandor rojo de la luz del velocímetro tocaba de un modo vago y extraño el rostro de Dora, que se hallaba sentada rígida, sin apoyarse en el respaldar del asiento, las manos cruzadas sobre la falda ajustada de la pollera negra, mirando hacia adelante a través del parabrisas la calle iluminada por los faros desplazándose bajo las ruedas del vehículo. El Chevrolet llegó a la parada de ómnibus y tranvías y, disminuyendo la velocidad en segunda, avanzó hacia el asfalto de la costanera nueva.

– No quiero verlo – dijo Dora –. No quiero verlo más.

– ¿No? – dijo –. ¿Por qué no?

– Porque no, corazón – dijo Dora con dureza, suspirando.

– ¿Dónde aprendiste a decir corazón? ¿Por qué dicen todas corazón? ¿De dónde sacaste eso? ¿Por qué no querés ver más a Coria?

El coche entró en la costanera; aceleró pasando a tercera velocidad.

– De veras que te busqué la semana pasada – dijo Dora, acurrucándose sobre el asiento –. No pude encontrarte.

– Imposible – dijo –. Imposible que hayas ido a la estación de ómnibus y no me hayas encontrado.

– No vi tu coche – dijo Dora.

– Entonces no me buscaste – dijo –. Pasaste por la estación, te fijaste si estaba mi coche, y no estaba. Pero no me buscaste. Ni me esperaste siquiera.

– Bueno – dijo Dora –. Me hubiera gustado verte.

Ahora podía recordar cómo habían salido del restaurante, aquella mórbida mañana del final del verano, y cómo Dora había comenzado a reírse de cualquier cosa, excitada por la falta de sueño. Cómo la había traído hasta la casa de su cuñado, aguardándola en el coche mientras ella iba en busca de la valija (una valija de cartón, bastante vieja, asegurada con un hilo grueso a falta de correa, lo recordaba) cómo la había llevado hasta la estación de ómnibus, alrededor del mediodía, y la había hecho subir, instalándola en el asiento junto a la ventanilla y dándole un fugaz apretón de manos y un breve beso nervioso en la mejilla a modo

de despedida. Ella lo había retenido un momento: "Muchas gracias", le había dicho. "Gracias por todo. Si vuelvo alguna vez, espero encontrarte."

—Creo que a vos hay que correrle para el lado que disparas. Alcanzarte y ponerte en vereda —dijo él.

Dora se echó a reír.

—Coria dice que vos sos un poco idiota —dijo.

—Ya lo sé —sonrió.

—Me parece que el idiota es Coria —dijo Dora.

—No. Yo soy el idiota —dijo.

—¿Por qué le hiciste esa historia del hospital a mi hermana? —dijo Dora.

—Yo soy el idiota, no Coria, no te olvides, Dora —dijo.

—Estaciona por aquí —dijo Dora.

Frenó a un costado del camino, junto a unos pinos oscuros; detrás de su breve fronda brillaba la luna. Las sombras de los pinos se proyectaban sobre el coche y el río estaba lleno de unas cambiantes y frágiles manchas plateadas. Apagó los faros; la roja luz tenue del velocímetro permaneció encendida.

—¿Qué pasa? —dijo.

Dora no le respondió. Estaba llorando. Intentó acercarse.

—No —dijo Dora, rechazándolo con malhumor—. Déjame.

Esperó. Miró los pinos, la luna detrás, el agua. Respiró el olor de Dora, esperando: un olor cálido que emergía de sus ropas, de su cuerpo, tal vez de sus lágrimas. El mismo estaba todavía oliendo a limpio, y entonces pudo ver claramente la realidad como a un duro diamante indestructible: una piedra transparente, obstinada y sólida. Miró a Dora; continuaba llorando: tenía la cara entre las manos, se hallaba inclinada hacia adelante, encogida, y entonces, esperando todavía, plácido y tranquilo, volvió la cabeza, con aire paciente, dejándola llorar todavía, y de nuevo vio los pinos, serenos, oscuros, esparcidos contra la dura y clara brillantez de la luna. Fue una sensación cálida y breve: nada de movimiento. Era una paz activa y lúcida en medio de la cual las cosas existían, el mundo existía, había espacio y atmósfera que recorrer entre una cosa y otra; había que salir y andar. También él, Dora, Coria, Barco, eran algo y existían. Y ahora él estaba ahí, "estoy aquí", pensó, y volvió la cabeza, contemplando a Dora, miró hacia el río nuevamente, y se dijo: "Nunca olvidaré este momento".

Dora dejó de llorar y se volvió hacia él. El la contemplaba.

—Dora —dijo— Yo quisiera... este día... hoy...

Se calló la boca. El rostro le temblaba.

Dora se echó sobre él y comenzó a llorar nuevamente. La sentía temblar y palpar contra su cuerpo, apoyó la cara contra el cabello de Dora, palmeándola suavemente en el hombro.

—Bueno, Dora —dijo—. Bueno.

Dora dejó de llorar, no de golpe, sino lentamente. Un automóvil se aproximaba en dirección opuesta, los faros encendidos, cegándolo. Al pasar junto a ellos una voz de hombre gritó algo, una palabra que la velocidad y el ruido del

motor hicieron estallar y dispersarse en el mismo momento de ser pronunciada. Al final quedó inmóvil contra su cuerpo, sin llorar ni palpar, respirando profundamente.

– A Coria lo odio, le tengo miedo – dijo de pronto.

No dijo más nada. Después sencillamente se incorporó, se secó las lágrimas con el pañuelo floreado, sonrió débilmente colgándose de su cuello y lo besó en la boca. Lo besó varias veces: en la boca, en los ojos, en las mejillas.

Él reía y la besaba.

– Vamos a alguna parte – murmuró Dora mientras estaba besándolo –. No tengo miedo. Vamos al camino. No, al camino no. Tengo ganas. No tengo miedo. Por aquí nomás. Vamos a bajar a la playa.

– Sí, sí – respondió mientras la besaba, mientras la acariciaba, moviendo la cabeza como si las palabras de Dora interrumpieran la delicada tarea que estaba realizando al parecer con sumo cuidado. Apagó la luz del velocímetro, estirando el brazo por detrás del cuerpo de Dora, sin siquiera levantar la cabeza.

– Vamos – dijo.

Abrió la portezuela y descendió. Dora descendió por el otro lado. El aire estaba quieto y levemente grávido, algo tibio. Dora rodeó el Chevrolet por la parte trasera y se acercó a él; caminaron hacia los pinos. El cuerpo de Dora palpitaba y temblaba, despedía un aroma cálido, y él lo sentía caminando de su brazo hacia los pinos, detrás de cuya angosta fronda negra brillaba la luz blanca y dura de la luna.

– Estás temblando – dijo.

– Sí – murmuró Dora –. Estoy ardiendo.

El miró con lentitud hacia el río: una parte de su superficie refractaba el resplandor lunar. El agua parecía verde o negra, densa y pesada.

– Te quiero, Dora – dijo.

– Sí – dijo Dora. Lo abrazó y lo apretó contra su cuerpo. Estaban bajo los pinos.

– No – dijo –. Aquí no, Vamos a la playa.

– Donde sea – dijo Dora –. Vamos.

Los pinos se alzaban sobre una pequeña barranca. Unos metros más allá una ancha escalinata de concreto descendía a la playa, extensa y blanca. Descendieron la escalinata. Sobre la orilla se divisaba la silueta de dos o tres botes amarrados a la costa. El agua batía contra ellos produciendo un sonido breve e incansable, repetido rítmicamente. Algo se movió en la costa, en el agua: era un caballo que en determinado momento restalló al resplandor lunar; bebía en la orilla. Después se alejó por el agua, con un chapoteo lento y pesado. Hacia el sur eran visibles las luces rojas del puente y a través del

río, en la lejanía, las luces de Paraná, agrupadas a una regular altura, emitiendo un velado resplandor sobre el negro horizonte del cielo. El aire parecía más fresco cuando comenzaron a caminar sobre la arena. La barranca proyectaba una estrecha franja oscura sobre la playa. Caminaron hacia allí.

– Te quiero, Dora – repitió.

– Aquí – dijo Dora – . Sentémonos.

Se detuvieron bajo la sombra de la barranca. Ahora recordó a Coria, de nuevo. "Me va a quitar el taxi", pensó, y otra vez fue invadido por aquel aire cálido, envolvente, melifluo, expandiéndose por su pecho y sus brazos, un aire fluyendo sin ninguna palabra, y la corriente de la inundación, arrastrando animales ahogados, maderas podridas, tocando la inmóvil arena visible, dejó un cuerpo sólido antes de continuar; dejó escoria; y él pensó: "Al fin de cuentas no es más que una puta. Está caliente. Cuando vea que puede conmigo va a tratar de probar con cualquier otro". Ahora no temblaba; al parecer ni siquiera respiraba. Miró a Dora: el rostro ancho y carnal, la sonrisa rígida, abstraída pero ardiente, una sonrisa conteniendo provisoriamente el futuro inmediato, que parecía emitir en la penumbra unos destellos malévolos. Dora lo abrazó; lo ahogaba.

– Un momento, Dora. Por favor un momento, Dora.

Se separó de ella y se quedó mirándola.

– Sí – rió Dora, sentándose sobre la arena.

Estaba decidiendo. Era claro, había hecho un aparte para decidir, y aunque sabía que interiormente el conflicto estaba resuelto, y que él no era capaz de animarse a reconocerlo, debió todavía recordar a Dora llorando en el automóvil para comprender que era claro que la guerra había comenzado y que, haciendo un aparte para decidir, él había estado a punto de perder la primera batalla.

Comenzó a respirar jadeando y se aproximó a Dora. Dora se abrazó a sus piernas, se arrodilló, y apoyó el rostro contra su vientre. Dios mío, pensó, está de rodillas, quiere humillarse, me parece que yo debería... Se dejó deslizar hasta la arena, con rapidez. Tumbó con suavidad a Dora, jadeando, y se echó sobre ella. Comenzó a mover las manos de un modo valeroso, inevitable y frenético.

Más tarde se hizo a un lado, echándose boca arriba sobre la arena. Se hallaba en mangas de camisa, respiraba con lentitud. Dora permaneció echada a su lado, en silencio, las manos sobre el vientre, mirando al parecer pensativamente las estrellas. También él las miraba. Había tantas, muy encendidas, el cielo estaba tan próximo y espléndido que de pronto sintió ganas de llorar. Dora alzó lentamente el brazo hacia el cielo, estiró los dedos separándolos, y parecía contemplar el cercano cielo estrellado a través de los dedos. El caballo chapoteaba plácidamente en la orilla del agua.

– Me parece que voy a quedar embarazada – murmuró Dora.

– Me gustaría – dijo.

Dora se incorporó hacia él, apoyándose con los codos en la arena.

– Te gustaría, ¿eh? – dijo con una sonrisa malévola.

– Sí – dijo – . Aunque los chicos...

– Qué hombre estúpido – dijo Dora, tiernamente, echándose otra vez en la arena. Durante un momento permanecieron callados.

– Te quiero, Dora – dijo con voz grave – . Es difícil darse cuenta de lo que uno siente.

– Qué no daría por tener un cigarrillo en este momento – dijo Dora. Después

se volvió hacia él—. Estarás satisfecho ahora. Soy una estúpida. Estás hecho de la misma pasta que mi cuñado.

El sonreía en la penumbra.

— Dale — dijo —. Adelante. Escucho.

— ¿Qué es lo que escuchas?

— Lo que digas. Cualquier cosa. Adelante.

— Anda al diablo — dijo Dora—. Lindo problema si quedo embarazada. ¿Vas a dar la cara cuando tenga que ir de la partera? ¿No sos de los que se esconden? Me parece que sí; que sos de esa clase.

Se volvió hacia él; él la miraba sonriendo en la penumbra. Dora hizo silencio.

— Escucho — dijo él—. Adelante.

— Bueno — dijo Dora—. Ojalá revientes.

— ¿Terminó? — dijo él.

Dora hizo silencio durante un momento. Estaba plácida y tranquila. El la observaba.

— Mi cuñado la tiene abandonada a mi hermana con su dichosa política — dijo Dora de pronto.

— Sin embargo, me da la impresión de que tu hermana lo quiere.

— Y, seguro que lo quiere — dijo Dora—. Pero eso no quita que para mí siga siendo una porquería.

— ¿Yo también? — dijo él.

Dora no contestó.

— Sí — dijo él—. Yo también, un poco.

— Y bueno, sí — dijo Dora—. Me revientan los tipos que se las tiran de santos. Después de todo; ¿qué tiene de malo hacer la vida?

Él meditó un momento, después dijo:

— Nada, si el cuero no da para otra cosa — se rió—. Creo que tu cuñado tiene razón.

— Maldito seas — murmuró ella, riente y malévola. Se incorporó, se echó sobre él, y comenzó a darle golpes suaves con el puño cerrado en el pecho y

en el cuerpo. El apenas se defendía, entorpecido por la risa. Después ella quedó inmóvil, echada sobre él, apoyando la cabeza en su pecho.

— Ahora tenemos que decírselo a Coria. Pienso decirle que hemos decidido casarnos. ¿Está bien?

— Está muy bien — dijo Dora, distraídamente.

— Otra cosa — dijo —. Pienso dejarle el coche. Tenemos que irnos de la ciudad. Me gustaría saber ya la cara que va a poner cuando se lo digamos.

— Me parece que no va a poner ninguna cara — rió Dora—. Nos va a matar a golpes. Y me parece que lo merecemos. Dame un cigarrillo.

— No fumo, anda al carajo con el cigarrillo — dijo él.

— Ah, de veras — dijo Dora—. Pero tengo ganas de fumar.

— Estúpida — dijo él.

— Imbécil — dijo Dora.

Volvió a besarlo. Empezó a moverse sobre su cuerpo. El la dio vuelta, poniéndola de espaldas sobre la arena, y se echó sobre ella. El viento había recommenzado desde hacía unos momentos, y no era todavía demasiado intenso. Contra los botes, el agua golpeaba un poco más violentamente. El plácido cielo estrellado se veló un poco, hundiéndose en el espacio negro. Sus manos fueron a los senos, después al cuello, después tomaron con suavidad la cara, tibia y jadeante, y acercó con una lentitud amorosa su rostro al de ella. No la besó; con gran lentitud apoyó apenas su mejilla sobre la frente de Dora, la apoyó y la retiró en seguida con la misma lentitud, y en su memoria quedó para siempre el recuerdo de ese contacto, leve y preciso, un cuerpo sólido duro y suave como el nácar, que un río, el de los actos, dejaba, retirándose en seguida, sobre el promontorio del recuerdo. No había extrañeza, ni desesperación, ni nada que no fuesen los actos mismos, dotados ahora de una precisión singular, actos que realizaba con todo el cuerpo; con las manos, con el pecho, con las piernas, con las rodillas, con el sexo, con la cara. Fue Dora la que desabrochó, la que dotó ayudando, la que palpó y separó, la que acomodaba, tranquila y dada, presente, sin derramarse un milímetro más allá de la planta de los pies ni de la coronilla de la cabeza. No se besaban, ni siquiera se acariciaban; se tocaban sencillamente como tratando de corroborarse, obstinados en separar por fin y de una vez por todas (la perla refulgiendo sobre la arena cálida en el mediodía del trópico, recién depositada) la evidencia candente y áspera de la presencia. En seguida estuvo dentro de ella; y no fue a nada equívoco que se lanzó, a nada inalcanzable, sino que se deslizó con lentitud, y en seguida estuvo adentro; había sólo una permanencia, genuina, otra vez la brillante materia inquebrantable – sobre el promontorio, de manera que al regresar, con claridad y precisión, una podía reconocer esa playa y afirmar, entre todas las otras cosas que se filtraban como agua por entre los dedos y que impedían el lujo humano del recuerdo; "Yo estuve aquí. He estado aquí. Estoy seguro". No se movió, no hizo nada; estuvo adentro cayendo despacio, entre el silencio palpitante de Dora y su tranquila convicción de que no había abismo. No pensaba nada, había que estar adentro por un momento, sentirlo, y mantener el sentimiento durante el máximo tiempo posible, y cuando la línea se enganchara en el otro extremo y pegara el tirón poniendo la máquina en movimiento, haciendo estallar la inabarcable oscuridad, entonces podría dejarse caer y comenzar, podía dejar de saber que estaba adentro. Miró a Dora: tenía los ojos cerrados y aguardaba, respirando, jadeando. Cerró los ojos y la oscuridad empezó a temblar, invadiéndolo, y solamente cesó cuando él cesó, cuando él fue deteniéndose, dejándose deslizar nuevamente hacia otra cosa que no era la oscuridad. Quedó inmóvil. Buscó el rostro de Dora y la besó, pero jamás volvió a recordarlo, porque se trataba de nuevo de aquel río, al que antes se había negado, fluyendo monótono e inseparable.

Después se echó nuevamente de costado, estirándose sobre la arena y apoyando la cabeza sobre el antebrazo. Soplaban un viento leve, el viento verde y cargado de octubre, realizando un complicado trabajo nocturno; pudo oír echado

sobre la arena, el chapoteo rítmico y cada vez más rápido del agua chocando contra las pequeñas embarcaciones de la playa. Bajo la luz de la luna el agua se agitaba y se quebraba, de modo que el reflejo lunar era un atenuado chisporroteo en su superficie. Miró a Dora; su pecho se alzaba y descendía rítmicamente, su respiración emitía unos silbidos prolongados que excedían en longitud y persistencia a los movimientos respiratorios.

–Tengo frío –dijo Dora.

–Vamos –dijo él.

–No –dijo Dora–. Quedémonos un momento más todavía, pero no habremos.

El enderezó la cabeza contemplando el cielo velado. Oyó la voz pesada y trabajosa de un borracho en las cercanías, sobre la barranca; cantaba:

*Que el mundo fue y será una
porquería, ya lo sé...*

La voz se detenía, como si su dueño necesitara tomar impulso para continuar; era como si el acto de cantar absorbiera todas sus energías; su voz era cálida, espesa, llena de ecos, y conversaba casi la melodía. El abrió los ojos, escuchando:

*En el quinientos dos
y en el dos mil también...*

La voz volvió a detenerse, mucho más próxima. Ahora la sentía casi sobre su cabeza. El hombre se hallaría en ese momento pasando sobre la barranca. El silencio se hizo completo. Sólo oyó el viento y súbitamente, como si no viniera de ninguna parte el motor de un automóvil rodando sobre la avenida. Estaba con los ojos abiertos, afinando el oído, tratando de escuchar. El agua golpeaba los botes en la orilla. La voz del borracho se reanudó tan cerca, de golpe, sobre su propia cabeza que se incorporó de un salto. Quedó sentado con la cabeza vuelta hacia la barranca. La silueta confusa de un hombre con sombrero oscilaba en el borde; cantaba:

*Pero que el siglo veinte
es un despliegue de maldá insolente
ya no hay quién lo niegue...*

El hombre se calló. Su silueta se movió, sin desaparecer del borde de la barranca. Ahora la silueta abrió las piernas y comenzó a orinar, hacia ellos. El se corrió hacia Dora, oyendo el chorrillo al caer sobre la arena, cerca de ellos, recibiendo en el rostro las salpicaduras de la orina.

–Eh, diga, cuidado –grito al hombre. Dora se había incorporado, riéndose.

El hombre no le respondió. Terminó pacíficamente de orinar, hizo unos

gestos tranquilos, al parecer para abrocharse la bragueta, y, desapareciendo del borde de la barranca, retomó su pesada salmodia:

*Hoy resulta que es lo mismo
ser derecho que traidor,
ignorante, sabio, burro,
malandrín o estafador...*

–Vamos –dijo él.

Se pusieron de pie, sacudiéndose la ropa. Él levantó su saco de la arena, lo sacudió descuidadamente y lo dobló sobre su brazo. Dora se arreglaba mecánicamente el pelo. Se encaminaron con lentitud hacia la vasta escalinata de concreto. Ahora la voz, después de un silencio, se oyó bastante lejos. Fue más alta, casi un grito, y permaneció un momento, pareció suspensa, como la roca de Sísifo, vacilando en la cumbre antes de comenzar a rodar de nuevo hasta el llano:

*Todo es igual, nada es mejor,
lo mismo un burro que un gran profesor...*

Ascendieron la ancha escalinata abrazados, arqueados por el viento, pasaron de regreso bajo los pinos y subieron al automóvil, él desde la vereda, Dora rodeando el vehículo por la parte trasera, deteniéndose un momento sobre el pavimento, con la portezuela entreabierta y mirando hacia adelante, hacia el puente desde donde rodaban dos coches con los faros encendidos que pasaron a gran velocidad junto a ellos antes de que Dora subiera por fin al Chevrolet.

Dora se sentó y cerró de un golpe la portezuela, mientras él encendía la tenue luz roja del velocímetro.

–Tengo hambre –dijo Dora.

El miró su reloj pulsera, aproximando la muñeca a la luz del velocímetro. Eran las diez y doce minutos.

–Podemos comer algo frente al Club de Regatas –dijo—. Tenemos que estar a las diez y media en la estación.

Dora suspiró.

–Bueno, sí, al diablo, vamos –dijo.

Encendió los faros, y después de arrancar el coche avanzó con pesada pericia en primera velocidad, sobre el liso y oscuro asfalto. A setenta kilómetros por hora el Chevrolet entró en la recta costanera antigua, disminuyendo la velocidad a causa de los pozos y las grietas del asfalto. Después sorteó la boca del puente, recorrió dos cuadras pasando frente al Club de Regatas, dobló a la derecha y se detuvo junto al restaurante. Unos grandes árboles se movían con levedad iluminados por los globos del alumbrado que estaban sostenidos por blancas columnas sencillas revestidas de yeso. Apagó las luces. Descendieron. El salón era un recinto de forma irregular, un espacio de superficie mediana cubierto de sillas y

mesas de todos colores. El mostrador era de un encendido vicrí multicolor, ancho, alto y sólido. Las mesas carecían de mantel y se hallaban casi todas ocupadas por hombres solos, matrimonios, grupos de matrimonios, grupos de muchachos y chicos, que armaban en común un estruendo atenuado e incesante de risas y conversaciones. Dos mozos caminaban rápidamente entre las mesas, con las bandejas en alto.

Se sentaron en una mesa lejana a la puerta, junto al mostrador, una mesa cuya tabla era de un color rojo intenso veteado de blanco, rodeada de sillas de diversos colores. Al sentarse, Dora paseó su mirada distraída por todo el local.

– Quiero un plato de sopa. Nada más – dijo.

El comió fiambre, Dora su plato de sopa. En eso consistió toda la comida. No pidieron ninguna bebida, ni soda siquiera. El comió con distracción, con lentitud, dejando casi la mitad del contenido de su plato. Miraba a Dora: ésta alzaba con gran lentitud la cuchara llena, después de haber revuelto mecánicamente el pesado líquido de un color verdoso, la llevaba hasta la boca, encorvando el labio inferior, hacia un movimiento breve levantando el mango de la cuchara para vaciar su contenido, la sacaba de la boca, y con la misma lentitud y distracción, la mirada nostálgica tocada por una leve desesperación o tristeza, la sumergía en la sopa para llenarla nuevamente. Estaba mirándola. "Está ahí", pensó, sin ninguna palabra, con temblores, opresiones, con unas profundas corrientes cálidas que, si las arterias y los órganos, si los tejidos y los huesos lloraran, habrían podido tranquilamente parecerse a sus lágrimas.

Dejó de mirarla y comenzó a canturrear en voz baja; era como estar rezando. "Ahora debo preguntarle alguna cosa", pensó, pero no lo hizo. Se llevó un trozo de jamón a la boca (recordando "Hace frío. Vámonos"), masticó su consistencia fibrosa y fría, su gusto salado, canturreando con la boca llena, recogió con el tenedor otro pedazo y, canturreando, con gran lentitud y una sonrisa que sintió crispada, turbia, extendió el tenedor hacia Dora. Dora sumergió la cuchara en la sopa, sin soltarla, y mordió el jamón, sonriendo.

– Gracias – dijo.

Él no resistió.

– Deberíamos apurarnos – dijo –. Coria nos espera.

Dora se confundió levemente, inclinándose hacia el plato y comenzando a subir y a bajar la cuchara con mayor rapidez.

– Sí, en seguida – dijo.

Después salieron; cruzaron el salón irregular entre el incesante y monótono murmullo de la conversación, sorteando las mesas, los chicos, los espejos, andando con apuro sobre el mosaico manchado y pisoteado hasta que estuvieron en la vereda, en la noche, frente al automóvil, en tanto el viento creciente sacudía los árboles iluminados tenuemente por la vaga luz blanca de los globos del alumbrado público. Subieron al Chevrolet. Y de nuevo, otra vez, el viejo coche pasó junto a los interminables murallones de las usinas y de las pequeñas fábricas alineadas a lo largo de la avenida del puerto, las sombras de los árboles desplazándose sobre el

empedrado bajo la luz de los faros, la playa de maniobras de los pequeños ferrocarriles portuarios cuya penumbra era hendida aquí y allá por la luz roja o verde de un semáforo, otra vez junto al parque del palomar, cargado de árboles espesos y oscuros, los fondos del alto correo bellamente iluminado, hasta que dobló hacia la izquierda, disminuyó la marcha y aproximándose al cordón de la vereda se detuvo frente al bar de la estación, en la parada de taxis que a esa hora se hallaba completa. Desde el coche vio a Coria charlando con el cajero; Dora intentó abrir la portezuela.

– Yo se lo digo – dijo él.

Dora se volvió.

– No. No se lo digas todavía – dijo.

– ¿Por? – dijo.

– Todavía no. Yo te voy a decir cuándo. ¿De acuerdo?

– De acuerdo – murmuró.

Descendieron. Dora lo hizo primero, encaminándose con lentitud y desgano hacia el bar, y él se demoró todavía un momento en el interior del automóvil: sacó la llave de contacto, abrió y cerró la guantera, apagó las luces, volvió a encenderlas y las apagó nuevamente. Después alzó los vidrios y descendió, cerrando con un golpe suave la portezuela y encaminándose hacia el bar. Las rodillas le temblaban levemente, le pesaba el estómago. El viento hacía temblar también los ligustros raquíuticos de la vereda que proyectaban unas suaves sombras cambiantes y frenéticas sobre la vidriera del bar.

Entró: el reloj hexagonal de pared marcaba las once menos siete minutos. Coria había pasado el brazo por sobre los hombros de Dora y la atraía hacia sí diciéndole frases sonrientes en el oído. Se hallaban de pie junto a la caja. Además del cajero se hallaba con ellos un muchachón bajo, de nariz aplastada, con aspecto de boxeador, vestido con un pantalón angosto de gruesa tela color gris y un pullover celeste de cuello alto con un motivo geométrico de un tono ocre que se repetía una y otra vez a lo largo de una ancha franja que rodeaba su tórax. Coria se volvió hacia él sin soltar a Dora, de tal modo que Dora trastabilló y debió volverse junto con Coria. Reía.

– Adelante – dijo Coria –. Gracias, pibe. – Señaló al del pullover –. Este es el Ñato Garcilaso – dijo.

Le estrechó la mano.

– Garcilaso – dijo el Ñato.

Coria se volvió hacia Garcilaso. Miró a Dora.

– ¿A ustedes no los presenté? – dijo –. Dora; el Ñato Garcilaso.

El Ñato estiró mecánicamente la mano.

– Garcilaso – dijo.

– Encantada – dijo Dora, estrechándose.

Junto a la caja, sobre el mostrador, había dos copitas semivacías conteniendo un líquido color laca, que parecía cognac. Coria las agarró una en cada una de sus cortas y ásperas manos y le alcanzó una a Garcilaso. Este la recibió sin decir

palabra, la miró como con desconfianza y se bebió el contenido de un trago. Después dejó la copa sobre el mostrador y metiéndose las manos en los bolsillos se quedó inmóvil y en silencio, mirando el suelo.

—Se retrasaron veinte minutos —dijo Coria. Tenía un aire de satisfacción cuando dejó de beber y paladear la bebida depositando la copa vacía sobre el mostrador barnizado.

—Dora tenía hambre —dijo él—. Quería cenar y... —Miró al Ñato. Del bolsillo superior de su pantalón emergía un cabo de llavero: representaba una calavera, y parecía hecha de un material plástico amarillento. Continuó hablando con los ojos clavados en la calavera — ...fuimos a tomar un plato de sopa.

—No importa —dijo Coria—. ¿Trajiste la factura? Después te arreglo. —Miró a Dora—. No se anima a reclamarme lo que gastó. Así es este muchacho.

—¿De veras? —dijo Dora.

—No —dijo él—. No es eso. No vaya a pensar que yo... fue una invitación mía.

—Pero no, qué barbaridad —exclamó Coria—. No faltaba más. ¿No te parece, Ñato?

—Sí, sí, claro —dijo el Ñato con un aire muy distraído. Ahora cerraba y abría el puño y se observaba con gran atención los nudillos.

—Dale también una propina —dijo Dora.

Coria se mostró sorprendido. Miró a Dora y después comenzó a sonreír condescendentemente.

—Pero Dora —dijo—. Eso no se dice así. Ya sé que le tengo que dar una propina. Nunca olvido favores. ¿No es cierto?

El sintió que el rostro le ardía.

—No —murmuró.

—Ya lo sé —dijo Dora—. Pero dale ahora la propina. —Miró al cajero—. Usted está de testigo. El señor Rampazzo... digo Garcilaso, también. Dale cincuenta pesos.

Coria sonreía confundido.

—Por los servicios prestados —dijo Dora, y se quedó mirándolo.

Permanecieron los cinco inmóviles: el cajero detrás del mostrador, vuelto hacia ellos como empezando a sonreír, o dejando de hacerlo, como detenido en mitad de una sonrisa. Garcilaso estaba con la cabeza gacha, mirándose el puño cerrado, pero inmóvil, con el puño detenido próximo a la cintura, junto a la pequeña calavera amarillenta. Dora parecía arrepentida de lo que acababa de decir: quedó con la boca abierta y los brazos contraídos, mirando a Coria. Él la miraba. Entonces los ojitos de pájaro de Coria comenzaron a sonreír en un súbito golpe de comprensión, y con cuidadosos movimientos, sin dejar de mirar los ojos de Dora, metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó la billetera, extrajo un billete de cien pesos que ni siquiera miró, y lo extendió hacia él. Continuaba mirando a Dora.

—Coria —dijo él con voz vacilante, sin moverse, sin mirar el billete, sin despegar tampoco él los ojos del rostro de Dora—. Tengo que hablar con usted.

— Me llevó por la fuerza a un amueblado — dijo Dora, precipitadamente, y en seguida se puso pálida y se echó a llorar.

El cajero se volvió rápidamente, apretó un botón, la caja registradora produjo un súbito estrépito breve que culminó con un breve timbrazo.

— Vamos — dijo Coria.

En la vereda él se paró. Coria lo tocó con el pecho. También se detuvo.

— Aquí no — dijo Coria —. Aquí nada. Vamos al coche.

Dora continuaba llorando, él la oía. Coria se sentó frente al volante y Dora a su lado. El y Garcilaso se acomodaron en el asiento trasero. Garcilaso lo miraba en la penumbra del coche.

Coria se volvió hacia él, sin mirarlo.

— Dame las llaves — dijo.

Él las buscó en su bolsillo y se las entregó. Las llaves produjeron un suave tintineo.

— Y me amenazó — lloriqueaba Dora — y me llevó engañada al amueblado, y dijo que iba a pegarme.

Coria le dio un golpe en el hombro. El coche salió de la parada, pasó frente a los andenes de la estación y dobló a la izquierda junto al correo.

— Aquí nada — dijo Coria furiosamente —. Ni una palabra. ' Otra vez el coche comenzó a rodar por la avenida del puerto, y él suspiró, y se recostó sobre el asiento, y cerró los ojos. Los abrió cuando advirtió que estaba atravesando el puente colgante, oyendo el ruido peculiar producido por el Chevrolet al deslizarse velozmente sobre el maderamen. A través de la ventanilla vio el río, los reflejos lunares bailoteando locamente sobre la turbulenta superficie, y más allá las masas irregulares de las islas. Cuando dejaron atrás el puente y el automóvil ganó la lisa carretera abierta entre los sauces cerró los ojos nuevamente, volviendo a suspirar de un modo más inaudible esta vez, y nuevamente se recostó contra el respaldo del asiento. Por las vibraciones de la carrocería y el silbido del viento percibió que Coria aceleraba. "Es capaz de matarme", pensó, pero no con temor, ni con furia, ni siquiera con tristeza: de nuevo fue invadido por esa corriente sibilina y cálida, por ese suave y sibilino mar tibio y pesado en el que se sumergía, y cuyo contacto lo hacía repetir con la regularidad de un metrónomo algo que estaba más allá de todas las palabras y que, redondeando, separado, hecho frase, era parecido a "No soy nada, nadie es nada, todo es inevitable y merecido"; algo que él podía hacer retroceder de un solo modo (las vibraciones aumentaban, el viento silbaba) y entonces recordó a Dora: la cálida mañana del final del verano ascendiendo entre los árboles de la plaza detrás de su figura encogida, alzando la cuchara de sopa, la mirada tocada por unas olas tibias de nostalgia y unos destellos grises de desesperación o de tristeza.

El coche disminuyó la velocidad, fue casi deteniéndose. Con los ojos cerrados percibió unas luces rápidas iluminando el interior del automóvil y oyó un grito rápido y amable que llegaba desde el exterior. "El control policial", pensó. "Ahora va a doblar por el camino de Colastiné norte, va a ir para el lado de la costa".

En efecto, así fue. El Chevrolet salió del asfalto, cosa de un kilómetro más adelante, y tomó un sendero lateral lleno de pozos, avanzando pesadamente. En medio del campo, a unos quinientos metros de la carretera, Coria detuvo el automóvil.

— Abajo todos — ordenó, apagando los faros.

El viento era fresco e intenso. La noche estaba clara, aunque el cielo, estrellado, ahora se hallaba ligeramente velado. Los cuatro se pararon en círculo, dándose las caras apenas discernibles en la penumbra. A lo lejos se oían ladridos de perros y un perezoso acordeón tocando un valsecito. Él miró a Dora; no alcanzaba a ver demasiado. Sólo la oía llorar, quedamente.

— Dora — dijo.

— Ni una palabra — dijo Coria con dureza —. A ver Dora, qué pasó.

Dora dejó de llorar. Garcilaso miró a su alrededor y habló con un tono ligeramente preocupado y reflexivo.

— ¿Cómo vamos a dar la vuelta en un camino tan angosto? — dijo.

Nadie le respondió.

— Fue a buscarme a las ocho y media — dijo Dora —. Me llevó al sur. Me dijo que me estabas esperando ahí. Cuando llegamos me amenazó. Tuve que quedarme. Por eso demoramos.

Coria se volvió hacia él.

— ¿Es cierto eso? — dijo.

El no respondió.

— ¿Es cierto? — dijo Coria.

Entonces tuvo una ocurrencia feroz. Ni siquiera miró a Coria. Se volvió ligeramente hacia el otro, alzó con lentitud el brazo, y señaló el bolsillo superior del pantalón.

— Ese llavero, esa calavera — dijo —. ¿Es de plástico?

No sintió el golpe, supo que se trataba de un golpe entre el pómulo y la oreja, pero no lo sintió. El dolor tampoco. Voló dos metros y cayó sentado sobre la arena. Le chillaba terriblemente el oído. Los otros dos estaban todavía inmóviles, como si en vez de haberle pegado uno de ellos, una succión poderosa lo hubiera absorbido hacia atrás convirtiendo simultáneamente en piedra al Ñato y a Coria. Dora se volvía en ese momento hacia el lado opuesto en que él se hallaba, dándole la espalda. No le costó demasiado levantarse: se apoyó sobre uno de sus largos brazos huesudos, hizo presión y, hop, arriba. Comenzó a sacudirse la ropa, sintiendo la palma de las manos y los fundillos del pantalón llenos de arena. Avanzó hacia el grupo. Le chillaba terriblemente el oído.

— ¿Quién se estará acordando de mí? — murmuró, riéndose.

— ¿Eh? — dijo el Ñato con distracción, ocupado en lanzarse hacia adelante, el brazo derecho estirado y el puño cerrado. El golpe le dio en plena cara pero no tumbó: lo hizo elevarse un poco y caer de pie y trastabillar un momento, pero no lo envió a tierra. Con los ojos cerrados se llevó las manos al rostro y se tocó la boca y la nariz con la yema de los dedos, comprobando que sangraba. Todavía no había

comenzado el dolor. Retuvo por un momento la imagen del Ñato saltando para alcanzar su rostro: eso sí que era un plato: *había saltado* como una rana, debido a su baja estatura, para alcanzar su rostro. Estuvo a punto de decir algo, referido al asunto, porque en realidad *había saltado*, él lo había visto, pero de repente su pensamiento se ensombreció. No pensó nada, sólo cayó una sombra sobre su pensamiento, como una sábana corriéndose sobre un rostro que acaba de morir, y ahora lo estaban golpeando sin cesar en el rostro y en el cuerpo: en el pecho, en los brazos, en las piernas, en el estómago. Alzó los brazos frente a la cara, la palma de las manos vuelta hacia los golpes, no porque pensara o quisiera librarse de alguno, sino simplemente porque quería pedir una tregua.

– Un momento. Por favor. A ver, un momento – dijo.

Quería saber quién le había pegado primero. Por nada del otro mundo, pierdan cuidado, quería decirles, no para vengarse después ni para denunciarlo a la policía, sino porque en ese momento lo había invadido la duda, no se había fijado de dónde había provenido el primer golpe y ahora no podía sacarse la duda de la cabeza. Pero ahora no había sombra sobre su pensamiento, ni siquiera duda.

– El reloj – dijo –. Cuidado esa mano. Ojo la esfera.

– Hacete a un lado, Ñato – dijo la voz de Coria –. Hacete a un lado te digo.

– Deme lugar. Deme lugar, don Coria – dijo la atareada voz del Ñato.

La voz temblorosa de Dora resonó en la lejanía.

– Bueno, basta – dijo –. Basta de una vez.

– Ojo esa mano – dijo él –. Ojo Dora esa mano.

En el suelo siguieron dándole con los pies hasta que quedó inmóvil. No se desmayó. Él creyó que no, que no se había desmayado, porque pensaba "No me desmayé", pero cuando comenzó a incorporarse lentamente, cuando comenzó a abrir los ojos y quedó sentado en el suelo con las piernas estiradas, no había ni siquiera rastro de Dora, ni de Coria, ni de Garcilaso, ni del Chevrolet. Estaba solo. Había un silencio total a su alrededor. Soplaban un viento frío. El cuerpo le dolía terriblemente. "Ahora hay que levantarse despacito", pensó (y recordó hacía un momento: apoyar la mano en el suelo y hop, arriba), "y comenzar a caminar". No fue tan fácil como él creía. Volvió a caerse antes de ponerse por fin de pie. Así estaba al pelo, estaba de pie por fin: en la lejanía vio una luz amarillenta, móvil, desplazarse horizontalmente sin parpadear; eran los faros de un automóvil, aquello era el camino. "Bueno", pensó. "Ahora hay que ponerse a caminar". Otra vez cayó una sombra sobre su pensamiento. "¿Adónde?", murmuró apenas estuvo en condiciones de pensar nuevamente, y quedó inmóvil un segundo, cuando la última luz destelló en su interior y pudo sentir que las palabras se formaban sólidas, ásperas, inevitables, pensadas para siempre: "Ahora puede reventar toda la humanidad, conmigo a la cabeza. Ahora soy libre".

Pero ni él ni la humanidad habían reventado, afortunadamente, pensaba ahora, una semana más tarde, sentado frente al volante del Chevrolet: era un sábado, cerca del mediodía, y llovía sin cesar desde el alba, una lluvia fría, invernal, quebrantando el cálido y abierto esplendor de la reciente primavera. Se

dirigía hacia la estación de ómnibus llevando dos pasajeros, una pareja de jóvenes: el muchacho era bajo y grueso, de unos veinte años, y ella parecía casi de la misma edad. Les había ayudado a colocar las valijas en el baúl trasero, los ayudaría a bajarlas en la estación. No estaba obligado a hacerlo pero lo haría. Miró a la chica a través del retrovisor: era bellísima y llevaba un impermeable marrón que le iba al pelo, pero se hallaba recostada contra el respaldo del asiento con una expresión grave y pensativa. El muchacho escapaba al campo visual del retrovisor. Con disimulo hizo girar el retrovisor, fingiendo acomodarlo, para ver su rostro. El muchacho no lo advirtió, se hallaba sumamente absorto en sus pensamientos. En seguida puso el retrovisor en su lugar: el del muchacho era un rostro que parecía expresar excitación, desesperación y pesadumbre.

Entonces se entretuvo contemplando el monótono y regular movimiento del limpiaparabrisas arrasando el agua que caía sin cesar sobre los vidrios. La ciudad se hallaba casi desierta; el Chevrolet avanzaba lentamente. Era una mañana de atmósfera verdosa y extraña, muy fría, insólitamente invernal en medio de la primavera, pero él, avanzando en el automóvil, sentía una especie de satisfacción ante aquella obligada lentitud que prolongaba su día, las horas dentro del seno cálido, el envolvente mar que quedaba durante un largo día sin transcurrir, en suspenso, con él adentro. Afortunadamente ni la humanidad ni él habían reventado, pensaba ahora, recordando aquella noche en que llegó caminando con paso de borracho hasta el asfalto, sabiendo que iba a resultar imposible pasar en su estado frente al control policial sin que lo detuvieran, y recordando asimismo cómo vio, de pronto, volviendo la cabeza en dirección opuesta a la ciudad, los resplandores rojos y verdes del letrero luminoso de la "Arboleda". "Qué diablos, el cuerpo me dolía sin asco", pensó ahora, casi sonriendo. Todavía, y había pasado una semana, rengueaba ligeramente de la pierna derecha; todavía, si hacía cualquier movimiento demasiado brusco, el brazo izquierdo le daba tirones. El ojo y los labios se le habían deshinchado en gran medida, debido más que nada a los cuidados de

Gabriel Giménez, pero todavía poseían un color y un volumen demasiado sospechosos. Sin embargo, muchos de los moretones no habían desaparecido. En la frente le quedaban todavía escaras de sangre seca. Recordó cómo, a la luz de los faros de un automóvil, vio avanzar, por la banquina contraria, a dos agentes de policía que seguramente hacían ronda por el camino, y cómo se echó a cantar para que lo creyeran borracho y no herido. Los agentes se habían quedado mirándolo alejarse en la penumbra del camino: él había sentido sus extrañadas miradas clavadas en su espalda, alejándose cantando, debiendo hacer un esfuerzo para regular la voz con el objeto de que no saliera demasiado alta, por temor de que lo detuvieran por escándalo. "En este país no hay a quien recurrir", había pensado, irónicamente, avanzando hacia la "Arboleda". El campo lo rodeaba: sólo algunas casitas ocultas entre los árboles, de blancas fachadas lunares, a los costados del camino, de vez en cuando quebraban la soledad, pero se trataba solamente del campo, la llanura desierta y al mismo tiempo opulenta, aromada por el olor de la

humedad llegando en vaharadas desde los riachos tortuosos y ocultos de la zona, mezclado al viento frío; el campo y detrás suyo la ciudad, cercana como al alcance de la mano, un creciente y complicado monumento honrando la todavía absurda batalla ganada a la barbarie y al desierto.

Por fin comenzó a oír la música de la "Arboleda", recordó ahora, y en seguida llegó. Entró por el motel, no por el cabaret. Fue derecho a la habitación de Gabriel: la vasta biblioteca, las reproducciones de cuadros pintados por hombres que él no sabía que se llamaban Van Gogh, Picasso, Klee, Gambartes, el diván—cama lleno de papeles y libros, el suelo sembrado de copas, pipas, botellas vacías o semivacías, la pequeña cómoda con el tocadiscos encima, los sillones de línea moderna.

Gabriel se había puesto de pie de un salto, arrojando sobre el sillón el libro que se hallaba leyendo. Se había puesto pálido.

— ¡Pero si está lleno de sangre! — había dicho —. ¡Dios mío!

— No, no — había dicho él —. No es nada.

— Pero si tiene las manos y la cara llenas de sangre — había dicho Gabriel agarrándose la cabeza, yendo de un lado para el otro sin saber qué hacer —. Pero si tiene toda la camisa manchada de sangre. El saco, mire el saco cómo lo tiene.

— No, no — había dicho él —. Cuidado esa mano. No me toque. Cuidado. Ojo esa mano.

Eso era todo lo que recordaba de la noche. A la mañana siguiente había despertado en el diván—cama, junto a la biblioteca. Casi no podía moverse: sentía horribles dolores en todo el cuerpo. Tampoco podía hablar con facilidad: los labios se hallaban tan hinchados que le impedían emitir otra cosa que no fuesen unos trabajosos sonidos pesados. Gabriel se hallaba a su lado, extendiéndole un mate. Él había tratado de sonreír, haciendo un gesto negativo con la cabeza.

— Le lavé las heridas y le apliqué un poco de hielo en los chichones — dijo Gabriel —. No se preocupe. Nadie se muere de una paliza.

— Me atropello un camión — había respondido él, débilmente.

— ¿Cuántas veces? ¿Cuántos camiones? — había dicho Gabriel, sonriendo.

Todo ese día había estado echado de espaldas, sin moverse, dormitando de a ratos. De vez en cuando oía el bisbiseo de las chinelas de Gabriel y entonces se despertaba: le traía un poco de cognac, algo de comer. Recién al segundo día, a media mañana, había podido incorporarse: se arrodilló sobre la cama y espizó el exterior a través del amplio ventanal de la habitación viendo el liso pavimento azul, el campo hacia la costa, los suaves techos rojos de las casitas de Colastiné resplandeciendo al sol. Había niños y perros, jugando, lo recordaba. Desde el exterior le llegaba un opulento canto de pájaros. Ya no soplaba viento, se trataba de un día cálido y soleado. Gabriel había entrado en la habitación en ese momento, trayéndole una taza de café.

Él se sentó en el borde de la cama, trabajosamente, y bebió pensativamente el café. Se hallaba en ropa interior.

— No se levante — dijo Gabriel arrimando una silla y sentándose frente a él —. Quédese un día más en la cama.

Él lo miró.

—¿Por qué no me pide que le cuente todo? —dijo.

—¿Cómo se llamaba la novia del camión? —dijo Gabriel—. ¿Los detalles del triángulo amoroso? Siempre el tipo que menos la merece es el que tiene más medios para llevársela con él. Ellas lo prefieren. Menos responsabilidad, sabe. No tienen obligación de comportarse correctamente si él no las merece. ¿Para qué quiere contármelo? Bueno, cuéntemelo si tiene ganas.

Él sonrió.

—No —dijo—. No importa. Pensé que...

Detrás de sus lentes oscuros, el pelo rubio revuelto, el bigote rubio ligeramente achinado, Gabriel parecía observarlo con una perpleja y al mismo tiempo divertida atención.

—Pensó que soy curioso —dijo—. Bueno. No se equivocó. Soy curioso. En realidad, y a mi modo de ver (no lo tome a mal) usted es la última persona del mundo que habría podido meterse en un lío semejante. Yo habría dejado a mi mujer en su cama, me habría ido de parranda, y le habría dado las gracias por haberle hecho compañía durante toda la noche. Si mi mujer me hubiera dicho que usted le tomó la mano, le habría pegado a ella, por faltar a la verdad.

—Me tiene en un mal concepto —dijo él, sonriendo.

—Lo tengo en un excelente concepto —dijo Gabriel—. No porque mi moral rechace el adulterio, sino porque la mayoría de las barbaridades que cometemos con el prójimo son inútiles. La maldad no nos interesa. Mejor dicho la maldad no reside en el perjuicio mismo, sino en la indiferencia con que lo cometemos. Gabriel se había puesto de pie. "No es así, no es nada de eso", pensó decirle. "Si usted supiera: es algo tan diferente, algo que Dora no habría podido soportar", pero no lo dijo. Gabriel lo miraba con simpatía—: No se levante, quédese un día más en la cama. Quédese aquí todo el tiempo que quiera. No hay peligro. No soy celoso y mi mujer está en casa de su madre.

A la mañana siguiente se había levantado. Se afeitó cuidadosamente, en el patio, al sol, oyendo el ruidoso canto de los pájaros, se dio una ducha de agua tibia, se volvió a poner sus ropas lavadas y planchadas lo mejor posible por la lavandera del motel. Fue hasta el camino, paseó lentamente por los senderos amarillos, bajo el cielo azul, entre los árboles, pisó la hierba encendida por pequeñas matas de verbena roja y después fue al patio de la "Arboleda". Ahí estaban las casuarinas, quietas y negras a la luz del sol, las cabañas de dura madera laqueada por la intemperie, la mesa circular, el banco semicircular de piedra. Era casi el mediodía: sobre la mesa y el banco caía la sombra profunda de los árboles y los rayos del sol se colaban entre la fronda depositando sobre la mesa un quieto, extraño, y complicado dibujo. El sol parecía llegar al cenit en medio del silencio total del mundo. Los pájaros se callaron. La marea del recuerdo lo inundó todo, de pronto, la corriente fluyó en silencio dejando unos cuerpos sólidos sobre la ardiente y desierta arena de la playa. "Hace frío. Vámonos". "¿Ya? ¿Tan pronto?", "Sí. Vámonos. Vámonos". "¿No hay ninguna esperanza de...?" "No. No hay ninguna

esperanza".

Permaneció inmóvil, estuvo inmóvil durante un momento. Después pasó en seguida. Entonces regresó, moviendo con lentitud las largas y huesudas piernas doloridas y de nuevo recomenzó en su interior esa corriente cálida y obscena que él ya conocía, aquel sibilino llamado que recibió con alivio, aquella ola oscura y pesada, melosa y atrayente, que era el cimiento y el premio de su disponibilidad, y su alto cuerpo golpeado recorrió el patio, con placidez y paz, y pasó al motel, y se encontró con Gabriel en la cocina.

—No me cuente nada —dijo Gabriel, sin dejar de salar un trozo de carne—. Lo vi en el patio. Tengo buena memoria. Lo siento muchísimo. Yo se la presenté.

Él se echó a reír.

—No es nada, hombre —dijo.

—¿Fue de pesca alguna vez? ¿Le gusta pescar? —dijo Gabriel.

—No fui nunca.

—¿Quiere unas cañas?

—Creo que no tengo paciencia ni vocación para la pesca. —Lo miró pensativo. Gabriel continuaba salando la carne—. Dígame: ¿a qué se debe tanto cuidado?

Gabriel dejó de salar. Sonrió. Lo miró.

—La noche que usted llegó, después que se durmió, estuvo llamando a Dora a cada rato. A la madrugada vino Barco. Lo miró, se echó a reír, y me contó una conversación que habían tenido el día antes. Estuvo un buen rato al lado suyo. Le aplicaba hielo en los chichones. Dijo que usted es un tipo simpático. No me gustan las declaraciones, pero le confieso que a mí también me cae simpático.

Tomó un poco de sal y la desparramó sobre la carne.

—Un atorrante como yo siente placer de ser amigo de un tipo como usted. — Agregó, mirándolo—. Ahora vamos a comer un asado en el patio. ¿Qué le parece?

Al día siguiente, a la hora de la siesta, vino por fin Coria. Hacía calor. El estaba asomado a la ventana, en camiseta, mirando hacia el asfalto. Reconoció de lejos el Chevrolet. El coche se desvió del pavimento azul, salió a la banquina y se detuvo en medio del espacio de tierra arenosa abierto frente a la "Arboleda". Sobre la negra pintura del coche refulgía la luz solar. Coria venía en mangas de camisa, y estaba mirándolo desde antes de descender del coche, y mientras bajó, cerró la portezuela, y se encaminó hacia él, no le sacó la vista de encima ni un momento. Aquella mirada era una especie de bandera parlamentaria. Coria se detuvo junto a la ventana.

—Hola, pibe —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo él.

—¿Muy dolorido?

—Un poco todavía —dijo.

—Bueno —dijo Coria

Miró a Coria: "Debería desear matarlo", pensó. Y en seguida: "El debe creer que está perdonándome".

—Yo no quise perjudicarlo —dijo—. Créame.

Coria lanzó una carcajada. Sus ojitos de pájaro destellaron detrás de su obscena nariz quebrada. Lo palmeó. El lo miró con perplejidad.

—Pero sí —dijo Coria—. Ya sé que no pasó nada.

Él abrió los ojos, en un gesto de gran asombro. Quedó con la boca abierta.

—No vayas a pensar que creí lo de Dora —dijo Coria—. Pero si ella te acusaba de algo tan malo y mentía, quiere decir que había pasado algo mucho peor. Así que decidí cortar por lo sano. No me gusta esa clase de líos.

Primero cerró la boca, después volvió a abrirla para hacer la pregunta.

—¿Y Dora? —dijo.

—Dora quiere trabajar por su cuenta. Se fue ayer. No sé a dónde. No dejó rastro —dijo Coria. Lo miró un momento—. ¿Quieres seguir con el coche?

Él respondió con un aire de marcada distracción, pensando en otra cosa.

—Claro —dijo.

—Entonces vamos —dijo Coria—. Te espero.

El salió de la ventana, dispuesto a vestirse. Se calzó la camisa y comenzó a abrochársela. Se detuvo un momento pensativo. Se aproximó nuevamente a la ventana, arrodillándose sobre el diván. Coria se había sentado en el estribo del Chevrolet, del lado de la sombra, aguardándolo.

—Don Coria —dijo—. Venga un momento, por favor.

Coria se aproximó con un aire de marcado desgano. Se paró a un metro de distancia y lo miró inquisitivamente.

—Quiero un día franco —dijo él.

Coria respondió con rapidez.

—Los domingos —dijo.

—No —dijo él—. Los domingos hay poco trabajo. Los viernes.

Coria suspiró.

—De acuerdo —dijo.

Sonreía recordándolo. La humanidad no había reventado, gracias a Dios. Ahora se hallaba en el claustro, en el limbo aislado y tranquilo, y eso le gustaba. La lluvia continuaba derramándose sobre la ciudad, la lluvia incesante y fría, quebrantando la primavera inocente y plácida. Llegaron por fin a la estación de ómnibus. La chica y el muchacho discutieron un momento, porque ella insistía en pagar y él no quería permitirselo. "Ella no quiere deberle nada", pensó. "Así son algunas mujeres". Los ayudó a bajar las valijas, como lo había decidido. Todavía la chica insistía en no querer recibir favores porque estuvo forcejeando un momento con las valijas hasta que su compañero le dio un suave empujón y ella fue corriendo a refugiarse del agua bajo los andenes desde los que la gente, envuelta en abrigos o impermeables, miraba la calle melancólicamente. Cerró el baúl y subió al coche. Gotas de agua se deslizaban sobre su rostro, y tenía el pelo y el saco lleno de unas pequeñas perlas grises. Sentía las manos húmedas. Pero estaba bien, se sentía perfectamente bien en ese momento. Condujo un trecho con una sola mano, con la otra colocó la sucia gamuza amarilla sobre la caja del taxímetro. Se iba a comer. Era

el mediodía. El limpiaparabrisas recorría regularmente el amplio cristal donde las gotas estallaban sin descanso formando unas extrañas imágenes fugaces. Almorzaría para regresar inmediatamente a la parada frente al bar, porque en esos días de lluvia el trabajo abundaba. La herida de la pierna palpitó débilmente y dio un tirón no demasiado doloroso: él sonrió. La semana próxima se sentiría lo más bien, no iba a quejarse ahora por tan poca cosa. Él no era un tipo de esa clase, estaba perfectamente seguro, pensó, sonriendo, y el Chevrolet dobló frente al Correo, acelerando, en la ciudad desierta bajo la lluvia, aquel oscuro y frío sábado lleno de grises destellos mortales manchando de musgo y herrumbe la primavera quebrantada.

1961